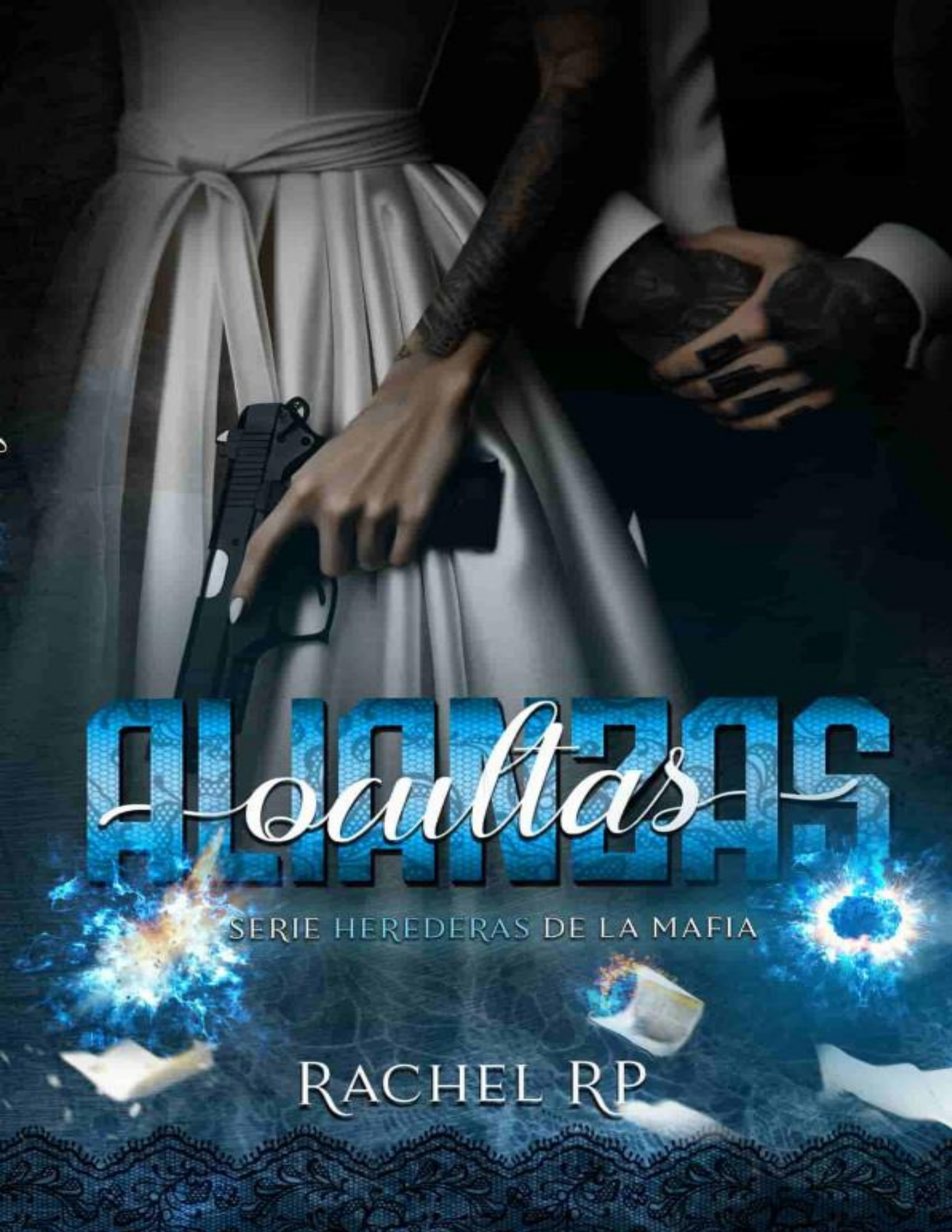

Ocultas
SERIE HEREDERAS DE LA MAFIA
RACHEL RP

Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Nota de la autora
Y ahora sí, el siguiente libro...

MAFIAVERSO

By RachelRP



TÍTULO: PROMESAS SECRETAS

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©RachelRP

Primera edición: 2025

Diseño de cubierta: Luce G. Monzant

Maquetación: RachelRP

Corrección: Nia Rincón

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Si quieres conseguir esta novela en edición especial haz click AQUÍ

Y para encontrarme en redes aquí está mi INSTAGRAM

Hermanas Farnese



Brunella

NELLA



Serenella

SEREN



Oriana

ORI



Fiorella

FIORE



Capítulo 1

Nella

Miro a mi alrededor y tiemblo. Hace frío, no veo nada y huele mal. Quiero llorar, pero no lo hago, porque las Farnese no nos rendimos y sé que Seren va a venir a por mí, ella no me va a dejar aquí.

Trato de respirar hondo para mantener la calma y pensar en cosas bonitas. Mi cumpleaños es dentro de poco, soplaré las velas y me comeré la tarta de pistacho que sé que Ori le ha pedido a la cocinera que me haga.

Escucho unos pasos y una puerta que no sabía que estaba ahí se abre, dando paso a la luz que me ciega unos instantes.

—Levanta —me ordena un tipo que me pone la piel de gallina por su aspecto desaliñado, y le obedezco.

—¿A dónde me llevas? —pregunto, acercándome con lentitud.

—Tu padre ha decidido que no mereces la pena lo suficiente como para hacer lo que le exijo, así que voy a grabar algunos vídeos para ver si logro convencerlo.

La forma en la que me agarra de la muñeca y tira de mí sin ningún tipo de cuidado me avisan de que lo que va a pasar a continuación no será divertido.

Abro los ojos y un terrible dolor de cabeza me golpea, haciendo que tenga que cerrarlos de nuevo. Estoy en movimiento, en un maletero, uno muy pequeño en el que apenas puedo moverme unos centímetros. Las imágenes del accidente vienen a mi mente.

Mi padre con un lanzamisiles, Fiore y yo saltando del coche, la explosión.

Joder.

Me concentro en mi cuerpo, el golpe contra el asfalto ha sido fuerte, pero creo que no me he roto nada, aunque es posible que tenga una conmoción.

No, no es el momento de estas mierdas. Tengo que concentrarme para salir de aquí y matar a papá por esto.

Muerte.

Fiore.

No puede haber muerto, me niego a ello.

El coche se detiene un instante y luego prosigue. Comienzo a tocar todo a mi alrededor para buscar algo con lo que salir de aquí o defenderme en cuanto abran. No hay nada, pero conozco a mi padre, él siempre usa BMW, son su debilidad.

Sigo palpando, me coloco a duras penas bocarriba y busco sobre mi cabeza, sé que tiene que estar aquí, en algún lugar.

Vuelvo a pasar mis manos una vez más y lo toco. Sonrío. He encontrado el mecanismo de liberación de emergencia dentro del maletero. Lo sostengo entre mis dedos hasta que noto que el coche se detiene. El conductor se baja, solo oigo una puerta, así que creo que tendré la suerte de que haya solo una persona ahí fuera.

Contengo la respiración cuando escucho pasos, agarro el tirador, cuento tres y lo acciono.

Con mis pies empujo el capó y salto, lista para enfrentarme a quien esté ahí fuera. Solo que no esperaba lo que me iba a encontrar: mi padre apuntándome con un arma y con pinta de vagabundo.

Huele como uno.

—Sabía que intentarías algo, por lo visto, las putas de mis hijas me han ocultado lo bien que se las saben arreglar solas —sisea.

Está enfadado, no sé si conmigo o con el mundo en general.

—¿Dónde está Fiore?

—Muerta.

Se me corta la respiración.

—¿Cómo has podido matarla?

—Para ser sinceros, yo no lo he hecho, aún respiraba cuando te llevé conmigo, aunque no creo que a estas horas siga viva.

Me aferro a esas palabras «aún respiraba».

—¿Qué quieres? —pregunto, mirando a mi alrededor para ver si me sitúo, es un almacén enorme abandonado por el polvo que veo acumulado en los cuatro muebles que quedan.

—Vosotras me lo habéis arrebatado todo y es mi turno, os voy a hacer sufrir tanto como lo he hecho yo por la muerte de Fabrizio.

Me quedo pensando unos segundos y eso le cabrea.

—¡Mi hijo! —grita encabronado.

—Ah, sí. —Sonrío—. Ese al que Ori mató de una forma muy humillante, ¿no?

Antes de que pueda darme cuenta, un disparo atraviesa mi hombro y caigo de rodillas por el dolor.

—Maldito hijo de puta. Si vas a matarme hazlo ya, paso de ver tu cara fea más tiempo —gruño enfadada.

—Oh, no, no van a ser así las cosas —se regodea—. Sé que tu hermana Serenella va a dar a luz en un par de meses. Ese será su castigo, perder esa criatura; a Ori le tengo reservado el mismo destino, por eso ellas de momento están a salvo.

Frunzo el ceño confusa.

—Ori no está embarazada.

Lo sé bien, hace un par de días se quejaba de su menstruación.

—Hay alguien a quien ella quiere como propia, a pesar de que es Seren quien la ha adoptado como suya.

Mierda. Irina.

Esa niña es la luz de los ojos de Ori.

—Por tu mirada veo que ya sabes de lo que hablo. Para Fiore tenía algo que hacer con su prometido, pero por lo visto ya no está en el juego —se burla, y se me revuelve el estómago—. Y para ti, para ti te tengo lo mejor.

—Vaya, me siento una chica afortunada —ironizo.

—Gracias a ti, tus hermanas sufrirán al no encontrarte y, además, conseguiré mi venganza entregándote por una buena cantidad de dinero a los rusos.

Las palabras aún se están filtrando en mi cerebro cuando escucho unos coches entrar en el mismo lugar en el que estamos. Me giro y doy unos pasos hacia un lado. No sé quién viene, pero si puedo, no me quedaré a averiguarlo.

—Un paso más y te pego un tiro en la rodilla —me amenaza mi padre, no, Tullio, este hombre

no se merece ese título.

Me quedo quieta y observo como salen de los dos todoterrenos que han llegado un total de seis hombres armados con metralletas y con los chalecos antibalas puestos.

Un séptimo tipo, el que parece estar al mando por la forma en la que se cuadran todos al bajar del coche, se sitúa delante de Tullio y se quita las gafas de sol en silencio mientras lo evalúa a él y después a mí.

—¿Es ella? —le pregunta, ignorándome.

—Sí, fue todo su culpa, aquí tienes las pruebas.

Tullio se acerca al coche y saca de los asientos traseros una carpeta gruesa que le entrega.

—Bien, te transferiremos el dinero ahora mismo —declara con un marcado acento ruso mirando hacia uno de sus hombres armados. Este saca un móvil y comienza a teclear.

Mira a otros dos y les hace un gesto con la cabeza, un segundo después vienen a por mí.

Estoy tentada en echar a correr, pero no tengo claro que no me peguen un tiro por la espalda. Y, aun si consiguiera salir de aquí, no sé lo que hay fuera. Así que decido quedarme quieta mientras me cogen uno por cada brazo y me llevan hacia el coche que ha entrado en segundo lugar.

El hombro me palpita por el disparo. Estoy perdiendo sangre, aunque no es nada grave, al menos nada que me vaya a matar.

—Bien, Giovanni, en cuanto el dinero esté en tu cuenta no quiero volver a verte en mi puta vida —gruñe.

—¿Giovanni? —digo en voz alta, y eso llama la atención del ruso.

—No le hagáis caso a esa perra, solo quiere escapar, por eso le he pegado un tiro.

El ruso mira entre ambos y sé que tiene dudas, no confía en ninguno de los presentes, así que me valgo de eso para tratar de mejorar mi situación o de joder la de mi progenitor.

—Él es Tullio Farnese —aclaro, y la cara que pone el ruso me dice que no le ha gustado nada de nada descubrirlo.

—Eso es mentira —ruge Tullio.

—No se parece en nada a las fotos —declara el ruso, aún mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Lo es, y puedo demostrarlo, mira en la pierna derecha. Tiene una marca de nacimiento con forma de pato.

—Eso no demuestra que sea Tullio Farnese —gruñe el ruso.

—Seguro que eres capaz de encontrar en algún lado fotos del archivo médico de cuando le pegaron un tiro hace años, justo a medio centímetro de la mancha —le explico, y la verdad, ya solo con la cara de culpable que ahora mismo tiene mi padre debería de bastarle.

—Tú te vienes con nosotros —ordena el ruso.

Tullio está a punto de echar a correr, y antes de que lo haga una jeringuilla en mi cuello hace que mi mundo gire y que se vuelva totalmente negro.



Capítulo 2

Lev

Miro cómo colocan mi nuevo trono, esta casa la he comprado hace poco y no tenía uno. Me encantan.

—¿En serio? ¿Otro? —pregunta Zakrone, pasándose la mano por la cara.

Sonrío.

—Sí, y sé que en el fondo te encantaría tener uno así.

—Si meto en casa algo de esto, Lucía me mataría y ni siquiera esperaría a que estuviera dormido.

—Oh, mi gran Lucy, una mujer hermosa que tiene tus pelotas en sus manos.

—No la llames así, lo odia.

Me río porque me encanta cabrear a la mujer de uno de mis mejores amigos. Lucía es española y cualquiera variación de su nombre la saca de quicio.

Mi hermano pequeño, Artem, entra y rueda los ojos. Mira a Zakrone y no hace falta que diga nada, sé que opinan lo mismo.

Hace años, cuando me hice con el poder, cuando tuve que matar a muchos para evitar que los míos murieran, dejé claro que me había ganado mi trono. Desde entonces, en cada una de mis casas tengo uno, cada cual más extravagante, que no es otra cosa que el recordatorio de que no he heredado nada, me lo he ganado.

—Tu primo Yuri está aquí —me avisa Zakrone.

—No es mi primo —le recuerdo—. Engañó a la tonta de mi prima para casarse.

Mi prima Alina era una mujer hermosa, demasiado joven para ser asesinada y demasiado dulce para lo poco que la dejaron vivir.

—Bueno, quiere verte, dice que te trae un regalo y yo tengo que estar en otra parte —gruñe Zakrone.

—¿Tu princesa mexicana?

—Sí, Tessa tiene que hacer no sé qué mierda en la frontera y necesita algo de ayuda.

—Todavía no sé cómo has tenido tanta suerte de que tu mujer y su marido os dejen ser amigos.

Y lo digo sin acritud. Tessa y Zakrone tienen historia de la que se cuenta sin ropa, sin embargo, son muy buenos amigos y todos están contentos de formar una extraña familia feliz. No sé, creo que en el lugar de Diablo, el marido de Tessa, le hubiera pegado un tiro a Zakrone solo por haberla visto desnuda.

—Porque mi mujer sabe que me tiene en cuerpo y alma. Y no me hagas hablar de mierda sensiblera que no entiendes —refunfuña—. Estaré fuera unos días fuera, si necesitas algo, ya sabes cómo contactar.

—Claro, entretendré a Lu mientras no estás —me burlo.

—Sentarte en el trono no te hace inmortal, y no me hace falta cortarte las pelotas porque será mi mujer la que lo haga personalmente.

—Lo sé, Lucía está deseando ponerme las manos encima. —Le guiño un ojo y Zakrone rueda los ojos.

Se despide de Artem, que ha estado mirando nuestro intercambio divertido, y sale por la puerta mientras Yuri entra como si tuviera algún tipo de derecho a hacerlo.

—Primo —saluda, y alzo las cejas.

—No he dicho que te fuera a recibir, sal, y cuando quiera hablar contigo te lo haré saber.

Su cara de odio me dice lo que ya sé: le jode trabajar para mí y si tuviera los huevos suficientes intentaría matarme. Solo que él y yo sabemos que eso sería un suicidio. Él no se ha ganado nada, solo supo decir las palabras correctas para que Alina se enamorara. Y si aún está por aquí es porque en cierto modo la hizo feliz, vivió una mentira, pero eso ella nunca lo supo.

—Eres duro con él —signa mi hermano mientras se acerca a observar mi trono.

Este es de acero, con un montón de serpientes y la cabeza de un león. Algo simbólico para mí, ya que mi nombre en ruso significa «león» y estoy rodeado de víboras que quieren lo que es mío.

—Es un idiota que no tengo claro que vaya a acabar el año vivo —gestualizo, y mi hermano se ríe.

Entre mis soldados no hay muchos, por no decir ninguno, que maneje el lenguaje de signos. Artem se quedó sordo con cinco años y no he querido obligar a nadie a aprenderlo. Sé que para él es duro, pero en esta vida, si quieres que te respeten, tienes que hacerlo por ti mismo. Zakrone es de los pocos que sabe comunicarse con él, además de que siempre lo mira al hablar para que pueda leerle los labios.

Pasamos la siguiente hora repasando unos temas de contabilidad. Mi hermano es un jodido cerebrito en cuanto a números se trata. Es poco más que un crío y me está haciendo ganar mucho dinero con criptomonedas.

Una vez acabo, y tras ver que han terminado de pulir mi nuevo trono, decido dejar entrar al idiota de Yuri.

Sus ojos me dicen todo el odio que me tiene, pero sabe que no puede cabrearme, soy de mecha corta y antes de acabar cualquier insulto estaría en el suelo con una bala en el cerebro.

—*Pakhan* —saluda, inclinando un poco la cabeza, demasiado poco para mi gusto si me preguntan.

—Tú dirás —le invito a que hable mientras me siento en mi nuevo trono, no es precisamente cómodo, pero es impresionante.

—Desde que me arrebataron a Alina hace más de dos años no he encontrado descanso. Y por eso nunca dejé de buscar a los autores intelectuales de su muerte.

La traducción a eso es: «Sin Alina como mi mujer, no pinto nada y me van a degradar a soldado raso en cualquier momento, eso si no me matan primero».

—¿Has encontrado algo?

Le pregunto por monotonía. Lleva meses trayéndome ideas locas sobre quiénes estuvieron detrás. Los italianos, con Nicola Baglioni a la cabeza y Roma Provenzano a su lado, nos aseguraron que fue el padre de sus mujeres el que estaba detrás. Aunque nadie puede aportar las pruebas suficientes y es una de las razones por las que me resisto a entrar en su alianza, la Élite creo que lo llaman.

También debo reconocer que los he estado observando y la unión de italianos con irlandeses ha hecho que ambos suban en el poder. Todavía estoy decidiendo si quiero formar parte de eso. Y la principal razón de ello es una italiana de ojos negros que tuvo los huevos de desafiarme, cuando me dijo «lo siento» se movió algo dentro de mí que no sabía que existía y me aterrorizó hasta la medula. No la quiero cerca.

—No solo algo, sino a alguien. Tengo las pruebas de quién orquestó todo. Los motivos que la llevaron a cometer los secuestros y asesinatos. No te lo vas a creer, pero fue todo por la envidia que tiene ella a su hermana.

—Espera, espera, espera. ¿Ella?

—Sí, Alina solo fue un daño colateral. Todos los secuestros y asesinatos se llevaron a cabo para encubrir el de su hermana; que fuera una más entre las demás. Por esta zorra he perdido al amor de mi vida.

Me cuesta no rodar los ojos ante lo dramático que es capaz de ponerse Yuri a veces.

—Entonces, a ver si me he enterado. Una mujer contrató a una panda de mercenarios para asesinar a algunas mujeres si no pagaban el rescate y de esa forma liquidar a su hermana, de la cual está celosa.

—Sí.

—Te diría que es una locura, pero tiene más sentido del que tienen muchas otras muertes en nuestro mundo.

No puedo evitar recordar cómo Zakrone le cortó el cuello a uno de los soldados que decidió que podía mear sobre las flores de Lucía.

—Muy bien. Entonces iremos tras ella, y en cuanto la tengamos pagará por lo que le hizo a mi prima —gruño.

Puede que Yuri sea un imbécil con *carnet*, pero Alina lo quería muchísimo. Siempre fue una flor delicada creciendo en mitad de una guerra.

Yuri sonríe con autosuficiencia y le hace un gesto a uno de los soldados que están a su cargo. Yo creo que se le pone dura al pensar que tiene algún tipo de poder.

La puerta de la sala se abre y un tipo enorme, Yadislav creo que se llama, entra con una mujer cargada en su hombro. Tiene el pelo oscuro y cuelga como si estuviera muerta.

—Espero que no hayas decidido tomarte la justicia por tu mano —siseo.

—Por supuesto que no, *Pakhan*. Y menos en este caso.

—¿Qué tiene este caso de especial?

—Es una mujer de nuestro mundo, su muerte va a traer consecuencias, pero es inevitable que ella no respire al finalizar el día.

Me bajo de mi trono y me acerco hasta tener a Yuri casi nariz con nariz, solo que yo soy como veinte centímetros más alto que él.

—Si vas a empezar una jodida guerra, espero que tengas todo muy bien atado —le gruño en la

cara.

—Sí, *Pakhan*, tengo todo lo que necesitas para asegurarte de que los italianos no puedan hacer nada.

Mierda.

—¿Qué italianos?

«Que no diga Baglioni, que no diga Baglioni».

—Nicola Baglioni.

Levanto la cara al techo y gruño de frustración.

Luego algo me viene a la mente y vuelvo a mirar a la chica. Me acerco y Yuri ordena antes de que pueda decir nada que la suelte. Yadislav la deja caer sin cuidado al suelo y entonces la veo, a mis pies, mi miedo hecho realidad: Brunella Farnese.

Mi vida se acaba de poner jodidamente interesante.



Capítulo 3

Nella

Me despierto con un tirón brusco en las muñecas, un dolor punzante recorre mis brazos y me obligo a abrir los ojos. Parpadeo, intentando enfocar la vista en la penumbra de la celda. La primera sensación que me embarga es el frío; la piedra bajo mi espalda está helada, como si estuviera diseñada para robarme cualquier rastro de calor que mi cuerpo aún conserve. Intento mover las manos, pero el sonido metálico del choque de las cadenas me detiene.

Estoy encadenada.

El aire se me escapa en un jadeo, y por un segundo todo a mi alrededor se desvanece. La oscuridad se apodera de mi mente mientras el mundo se reduce al eco lejano del metal contra la piedra, de la presión en mis muñecas y tobillos. Me duele respirar. Los recuerdos me golpean como una tormenta, un diluvio que había creído enterrado bajo capas de tiempo y voluntad. Pero aquí está, arrastrándome de vuelta a un pasado que nunca quise recordar.

Una niña pequeña. Yo.

Las imágenes son borrosas, como fotografías difuminadas por el paso de los años, pero los sentimientos son tan agudos, tan vívidos que me resulta imposible escapar. El olor a polvo y a tierra húmeda me rodea. Estoy en algún lugar oscuro, un sitio que se parece demasiado a esta celda. Me escondo, o eso creo. Las sombras danzan a mi alrededor y entonces escucho la risa. Esa risa espeluznante, ronca, que me hizo sentir tan pequeña, tan vulnerable.

El secuestro.

Recuerdo como me arrastraron lejos, cómo intenté gritar, pero no pude. Mi garganta estaba seca, las palabras atrapadas. Las manos, aquellas manos ásperas y crueles me arrastraron hacia el maletero de un coche. El miedo en mi estómago era tan intenso que casi vomité. Y entonces, el frío metal en mis muñecas y tobillos. Las mismas cadenas.

Siento que las paredes se cierran a mi alrededor. Cada vez que intento respirar, el aire se espesa más, como si hubiera desaparecido. Mis pulmones luchan, pero no logran extraer suficiente oxígeno. No hay forma de escapar. Mis pensamientos giran en espiral, más y más rápido. No estoy aquí, no soy adulta, soy esa niña perdida, impotente. Las lágrimas me llenan los ojos sin que me dé cuenta.

Los gritos vuelven a resonar en mi mente como ecos lejanos, distorsionados por el tiempo, pero aún tan presentes. El miedo me inmoviliza, las cadenas en mis muñecas me recuerdan dónde estoy, quién soy, o más bien quién era. Siento que mi cuerpo se deshace, como si volviera a esa etapa en la que no era más que una niña indefensa, rota por el horror.

Todo a mi alrededor parece desmoronarse. Ya no estoy en control. Ni siquiera sé si estoy en realidad aquí, en esta celda, o si mi mente me ha traído de vuelta a ese coche, a esa maldita bodega donde me encerraron la primera vez.

Intento moverme, pero cada tirón de las cadenas es un recordatorio de que no tengo poder sobre lo que está sucediendo. Y eso lo empeora. Mi corazón late con tanta fuerza que siento que va a estallar, mis oídos zumban y la visión se nubla. Me veo en el maletero de aquel coche, con los dedos temblorosos, arañando las paredes metálicas, rogando por escapar.

El sonido de la puerta de la celda al abrirse me saca del trance, pero el pánico sigue ahí, en mi pecho, haciendo que mi respiración se descontrole. Entro en modo de supervivencia, o al menos eso intento. Muevo los ojos de manera frenética, buscando una salida, un punto de escape, sin embargo, todo lo que veo es la figura oscura que se acerca. Una sombra entre las sombras. No puedo ver su rostro, solo puedo sentir su presencia. El miedo se convierte en un nudo tan apretado en mi garganta que no puedo respirar.

—Tranquila.

La voz es baja, casi suave, pero no me trae ningún consuelo. Mis manos tiemblan, las cadenas tintinean, pero no puedo hacer que el sonido pare.

—Déjame ir…

Mi voz sale rota, apenas un susurro.

La figura se acerca y mis recuerdos se funden con la realidad. Estoy atrapada. Atrapada como cuando era una niña. El pánico se apodera de mí con tanta fuerza que siento que mis pensamientos están atrapados en un bucle, repitiéndose una y otra vez. «No puedo escapar». «No

puedo escapar».

—Tranquila —repite, pero esta vez hay algo en su tono, un matiz de impaciencia que me hace recordar, esa voz no es desconocida, pero tampoco la sitúo ahora mismo en mi mente.

Se inclina sobre mí y veo algo brillante en su mano. Mi cuerpo se tensa por reflejo, esperando lo peor. Un arma, una inyección, cualquier cosa que me haga daño. Pero el objeto brilla bajo la escasa luz de la celda, y aunque no sé qué es, me doy cuenta de que no importa.

Mi cuerpo está en modo de emergencia, mi mente cerrada por completo. Estoy de vuelta en ese maletero, siento el movimiento del coche bajo mi cuerpo, el olor a cuero desgastado y gasolina. Mis manos sudan y trato de golpear, de luchar, pero mis movimientos son torpes, sin fuerza.

Unas manos me sujetan con firmeza. Intento zafarme, pero todo en mí es caos, confusión. Me muevo, tiro de las cadenas y el dolor en mis muñecas parece insignificante comparado con el terror que se apodera de mí. No puedo hacer nada, no puedo salir, no puedo respirar.

—Necesita el sedante ahora —dice una voz en algún lugar cercano. La figura se vuelve borrosa y luego, de repente, siento un pinchazo en el brazo.

—No… no…

Mi voz se apaga. Intento luchar contra la sensación de calma que comienza a extenderse por mi cuerpo, pero es inútil. Es como si estuviera siendo arrastrada hacia una oscuridad tibia y acogedora. Mi cuerpo se relaja contra mi voluntad. Mis pensamientos empiezan a ralentizarse, el miedo se disipa como humo bajo el viento.

La imagen de la celda se desdibuja. Las cadenas aún están ahí, pero ya no me importa. El peso en mi pecho se aligera y el frío de la piedra parece más distante, menos amenazante. Sé que estoy perdiendo la conciencia, no obstante, por primera vez desde que desperté aquí, eso no me asusta.

El recuerdo de mi secuestro de niña, el coche, las risas crueles, todo comienza a difuminarse, a perder fuerza. Siento mis párpados caer, pesados, casi imposibles de mantener abiertos. La última sensación que tengo antes de perderme en la oscuridad es la de las cadenas aflojándose, no en la realidad, sino en mi mente. Como si, por un breve instante, fuera libre.

Luego, todo se desvanece.



Capítulo 4

Lev

No dejo de revisar los papeles que me ha entregado Yuri. En ellos aparecen las pruebas de que fue Nella la culpable de la muerte de mi prima Alina. Está muy claro, es solo que no termino de ver ese odio necesario para cometer estos crímenes. Cuando las tuve ante mí, las cuatro Farnese parecían unidas. Solo con una mirada sabían lo que haría el resto. Y Nella… La forma en la que me dijo «lo siento» no fue por remordimiento, no, de verdad lamentaba mi pérdida. ¿Es una psicópata que sabe encubrir bien sus sentimientos?

Artem entra a mi despacho sin llamar y veo que lleva la cara roja, como si hubiera venido corriendo.

—¿Qué ocurre? —le signo a la vez que hablo en voz alta.

—Es ella, tienes que ayudarla.

—¿Quién?

—La chica que hay en la celda, tienes que ayudarla —me urge entre signos, y vuelve a correr fuera del despacho.

Lo sigo porque no me estoy enterando de qué pasa, solo que está relacionado con Nella. Tal y como bajo a la planta inferior, donde hay algunas habitaciones acondicionadas como calabozos con nada más que grilletes en las paredes y piedra revistiendo todo, la oigo.

Sus gritos son de auténtico terror, y eso hace que acelere y adelante a Artem. Cuando abro la puerta de la celda, lo que me encuentro es inesperado. No hay nadie con ella, no la están

torturando.

Trata de arrancarse las cadenas, y cuando Artem se acerca está a punto de asestarle un puñetazo. Logro retirarlo a tiempo.

—Quédate atrás —le ordeno—. Nella —la llamo, pero parece no oírme.

Dice cosas sin sentido, es como si no estuviera aquí, sino en una realidad que solo ella puede ver. Y entonces lo entiendo.

—Tiene un episodio de estrés postraumático —murmuro.

Le ordeno a Artem que me traiga un sedante y me pongo en su campo de visión con las manos en alto antes de hablarle.

—Tranquila —le digo lo más calmado que puedo.

—Déjame ir —me ruega con la voz rota, y algo dentro de mi alma se mueve.

En un descuido, cuando ella está de espaldas a mí, la rodeo con mis brazos. No quiero apretar demasiado, solo necesito que sienta que está en un lugar seguro.

«Claro, genio, una celda y amarrada con grilletes da esa sensación», pienso.

Le pido a Artem con un gesto que me dé la jeringuilla y trato de que no me vea acercarla, pero fallo. Empieza a moverse y Artem coloca sus manos, sujetándola con firmeza para poder clavársela.

Una vez que lo consigo, noto como su cuerpo comienza a relajarse contra el mío y me dejo caer sobre el frío suelo con ella en mi regazo.

—Quítale las cadenas —ordeno al soldado que ha estado parado todo el tiempo mirando como un idiota.

Lo hace y estoy tentado a llevármela de aquí, pero no puedo, no si ella fue la culpable de la muerte de Alina.

—¿La vas a dejar aquí? —pregunta Artem, signando con una furia que me deja claro que no le gusta esa idea.

—De momento sí.

—Pero —con un simple gesto trata de llevarme la contraria, le doy una mirada que sabe que tiene que callar y lo hace.

—Me quedaré con ella, tengo que hablar algunas cosas y el sedante que le he dado apenas la tendrá fuera una hora.

—¿La vas a matar? —signa.

—Seguramente. Y antes de que digas nada, recuerda que no soy solo tu hermano, también soy

tu *pakhan*.

No me gusta decirle esto, pero necesita entender que no puede faltarme el respeto y menos cuando hay soldados delante.

Artem gruñe y se va de aquí. Le pido al idiota que queda que cierre la puerta, sin llave, y me quedo con esta mujer que me provoca sentimientos y a la cual es probable que tenga que matar.

Cierro los ojos, apoyo la cabeza en la pared y me dejo llevar hasta el momento en el que mi vida cambió y gracias al cual sufrí estrés postraumático durante años.

La niebla espesa de la madrugada cubre el suelo como un manto, ocultando la sangre que empapa la tierra bajo nuestros pies. Tengo doce años, pero el peso de la pistola en mi mano me hace sentir como si hubiera vivido siglos. Estoy en medio de un infierno que apenas entiendo, solo que ya se ha convertido en mi realidad. A mi alrededor, los hombres gritan, disparan, caen. Los ecos de las ráfagas reverberan en mi pecho como un latido irregular.

Nikolai está a mi lado, respirando con pesadez. Tiene la misma edad que yo, pero sus ojos oscuros ya parecen vacíos, endurecidos por lo que hemos visto en estos últimos días. Ambos nacimos en este mundo. Hijos de vor*, descendientes de la violencia que nos rodea. Aquí no hay espacio para ser niños, ni siquiera para tener miedo.*

—Lev, ¿los ves? —me susurra, señalando hacia el otro lado del terreno, donde las sombras se mueven entre los árboles. La luna apenas ilumina lo suficiente como para distinguir figuras humanas, pero sé que están ahí. Lo siento en la piel, el peligro, la amenaza.

Asiento sin atreverme a hablar. El sabor metálico de la sangre en mi boca es más fuerte que las palabras que podría decir. Me arde la garganta por el humo de las balas y las llamas que consumen las ruinas de la casa cercana. Sin embargo, nada de esto importa. Todo lo que importa ahora es sobrevivir.

—No puedo creer que estemos aquí —murmura Nikolai, y por un segundo su voz suena más frágil de lo que jamás le he escuchado. Me giro hacia él, y aunque mantiene la pistola en alto, noto que su mano tiembla. Somos solo dos niños. Dos malditos niños en medio de una guerra que no nos pertenece.

—Nos enviaron, ¿no? —respondo, forzando a mi voz a mantenerse firme, aunque por dentro estoy tan asustado como él. Mi padre siempre dice que el miedo es una debilidad, que los hombres como nosotros no tienen el lujo de sentirlo. Pero ahora mismo siento que me quema por dentro, amenazando con desbordarse.

Un disparo resuena a pocos metros de nosotros. Ambos nos agachamos por instinto, pegándonos al suelo con los cuerpos tensos como cuerdas al borde de romperse. La adrenalina me llena de una energía extraña, casi salvaje, mientras contemplo las sombras que avanzan

hacia nosotros. No sé quiénes son, ni siquiera sé por qué estamos aquí con exactitud. Solo sé que hay que matar o morir. Así de simple.

—Lev… —la voz de Nikolai me llega rota, como si el miedo hubiera pasado por fin esa barrera invisible que ambos mantenemos. Lo miro, y en ese segundo veo algo que no debería estar ahí: lágrimas en sus ojos. Traga saliva y me mira como si estuviera viendo más allá de esta batalla, como si supiera algo que yo aún no he comprendido. Intento decirle que vamos a salir de esta, pero las palabras se me atascan en la garganta.

De repente, un destello brillante y el sonido de otro disparo rasgan el aire. Me doy cuenta de lo que está pasando demasiado tarde. Nikolai se desploma a mi lado, como una marioneta que ha sido cortada de sus hilos.

—¡Nikolai! —grito, arrastrándome hacia él. Mis manos se cubren de su sangre en segundos, cálida y pegajosa, manchando mi ropa, mi piel, todo lo que toco. Él me mira, sus labios se mueven, solo que no sale ningún sonido. Solo un gorgoteo suave, como si el aire mismo se negara a ayudarle.

No sé qué hacer. No sé cómo detener la sangre. Mi mente está atrapada en el pánico, el dolor y la incredulidad. No debería estar viendo esto, no debería estar sintiendo esto. Pero aquí estoy. Y él está muriendo.

—Aguanta… ¡Nikolai, por favor, aguanta! —Las palabras salen entrecortadas, como si al decirlas estuviera tratando de convencerme a mí mismo de que hay algo que pueda hacer. No obstante, en el fondo sé la verdad. Su vida se está yendo y yo no puedo hacer nada para salvarlo.

Sus ojos se clavan en los míos por un segundo más, y entonces, con lentitud, el brillo en ellos se apaga. El cuerpo de Nikolai se vuelve un peso muerto en mis brazos, y todo el ruido de la batalla parece desvanecerse a mi alrededor. No escucho nada. No siento nada. Solo está el vacío.

Miro su rostro, manchado de tierra y sangre, y siento que algo dentro de mí se rompe, algo que jamás volverá a ser reparado. No es solo mi amigo el que acaba de morir, es una parte de mí que se ha ido con él. Mis manos tiemblan al soltar su cuerpo, y una rabia fría y silenciosa comienza a crecer en mi interior.

Levanto la pistola. Los hombres que dispararon aún están allí, moviéndose entre las sombras. No sé quiénes son ni por qué lo hicieron, pero ya no importa. No pienso. No razono. Simplemente disparo.

Uno tras otro, los disparos salen de mi arma, y con cada estallido siento que parte de mí se desvanece más. No hay espacio para el dolor ni para el miedo. Solo hay espacio para la

venganza, para la furia que se apodera de mí y me convierte en algo que ya no reconozco.

Cuando al fin se hace el silencio, el campo está cubierto de cuerpos. Hombres, niños… amigos y enemigos por igual. Pero Nikolai sigue ahí, inerte, mientras yo, todavía de rodillas en el suelo, me doy cuenta de que esta noche ha cambiado todo para mí.

Porque ya no soy un niño. Y ya no queda nada que salvar.

Siento el cuerpo de Nella comenzar a moverse y vuelvo al presente. Ella empieza a abrir los ojos, y al verme tan cerca literalmente se tira a un lado, perdiendo todo contacto. Trata de ponerse en pie y cae sobre sus rodillas.

—Más despacio, el sedante aún está en tu organismo.

—¿Me has drogado?

—Parecía que lo necesitabas hace un rato.

Vuelve a intentar ponerse de pie y esta vez lo consigue. Tiene que abrir las piernas para mantener el equilibrio, sin embargo, eso no parece importarle porque ya veo en sus ojos que está buscando algo con lo que acometer. Me levanto divertido, esperando su ataque.

—No hay nada —le aclaro, y ella me mira furiosa al darse cuenta de que tengo razón y de que le he leído la mente—. Tampoco es que puedas hacer mucho en caso de quitarme del medio. Aún tendrías que salir de la mansión, recorrer todo el terreno que hay alrededor, llegar a una carretera, esperar a que alguien pasara y después probar suerte con que no fuera peor que yo. Todo eso si logras esquivar a mis hombres y no mueres congelada ahí afuera.

Frunce el ceño confundida.

—¿Dónde estamos?

Un gesto de dolor recorre su cara al mover el hombro que ordené que le remendaran. Una bala le había atravesado la piel de un lado a otro, por suerte, nada que no cure en pocos días.

—En la madre patria —contesto sonriendo.

—Mierda. De todas formas, me arriesgaré a ver si logro acabar contigo —suelta antes de echar su cuerpo hacia delante tratando de darme un puñetazo en la cara.

Cojo su puño y la hago girar sobre sí misma. Pego su espalda a mi pecho y esto la cabrea mucho.

—Suéltame, imbécil.

—Claro, para que puedas atacarme otra vez.

—No, es para ir a depilarme el parque de atracciones —contesta, sonriendo con ironía, y debo reconocer que esta mujer me divierte.

—A ver, vamos a dejar algo claro —comienzo mientras la suelto, notando que me molesta hacerlo y perder su contacto—. No estás aquí para nada divertido.

Se gira y me saca el dedo del medio. Es toda una dama.

—¿Qué hago aquí entonces?

Sonrío un segundo antes de contestar.

—Esperar a que decida la forma en la que vas a morir.



Capítulo 5

Nella

Ruedo los ojos. Hombres, son todos iguales, sobre todo en la mafia. Me observa esperando ver mi reacción y se la doy con gusto.

—No, por favor —le ruego, tirándome de rodillas cual escena dramática de una telenovela de época.

—¿Te estás riendo de mí? —inquiere entre curioso y divertido.

—¿Tú qué crees? Si estás esperando que suplique por mi vida o que llore porque el mafioso malvado me ha amenazado, será mejor que pilles una silla y palomitas porque la cosa va para largo.

Sonríe y quiero partirle la cara.

—Realmente no me tienes miedo.

—No particularmente. Podrías matarme, lo sé, pero también podría hacerlo la madre Teresa de Calcuta. Lo único que hace falta es un segundo de decisión y un golpe preciso. No es solo cuestión de reputación.

—¿También crees la teoría del color de la sangre como tu hermana?

Es mi turno de mirarlo sorprendida. Es una cosa de Seren, ella cree que las personas realmente malas tienen un tono diferente de sangre. No sé, es algo raro, pero también es privado. No es de dominio público.

—¿Cómo sabes eso?

—Sé muchas cosas.

—Ahora va a resultar que eres el *pakhan* Google.

Deja escapar una carcajada y menea la cabeza.

—Sabes, has crecido desde la última vez que nos vimos —suelta en un tono que me parece ¿*sexy*?

—Tú, sin embargo, has envejecido.

Se acerca un paso a mí y noto como esa aura de muerte y destrucción me envuelve.

—Más que envejecer, he adquirido experiencia —contesta, mirando un segundo mis labios.

¿Qué cojones está pasando aquí?

—¿Eso te funciona fuera del geriátrico?

Se ríe y logro levantarme para dar un par de pasos atrás y mantener así la distancia.

—Me va a fastidiar matarte, pareces divertida.

—¿Y puedo saber por qué me estás condenando a muerte? Y más importante, ¿por qué me torturas teniéndome en una habitación tan fea?

—Es una celda, no se supone que sean bonitas.

—Eso lo dirás tú. Nosotras tenemos una que está decorada con un gusto exquisito y en la que ponemos flores preciosas que hacen que huela de maravilla.

—Las Farnese sois raras.

—Edición limitada prefiero que me llamen.

—Respondiendo a tu pregunta, el motivo de tu muerte es Alina Zaraphova.

Lo miro un instante, tratando de recordar si he oído ese nombre antes, me suena algo, aunque no lo tengo claro.

—¿Tengo que saber quién es?

—Deberías, la mandaste matar —casi gruñe.

—Lo siento, me he dejado mi diario de asesinatos en el otro bolso, ¿podrías recordarme de quién se trata?

—Era mi prima, la mataron los mismos que secuestraron a tu hermana hace unos años.

Voy a contestarle una barbaridad cuando entra el chico que vi la vez que nos reunimos con este tarado ruso. Ha crecido, ya no es un adolescente.

Le signa que lo necesitan fuera y el ruso sale, no sin antes darme una mirada que va de mí hasta el chico.

Una vez que estamos solos, me pregunta con sus manos si estoy bien y sonrío, se le nota la dulzura a la legua.

—Sí —contesto, mirándolo para que vea bien mis labios—, aunque he decir que las habitaciones de este hotel son una mierda.

Se ríe y me señala el suelo para sentarnos. Supongo que podría ser peor.

—¿Tú estás bien aquí? ¿Quieres que te ayude a escapar? —inquiero, preocupada de que alguien como él, que no parece un psicópata, esté tan cerca de uno.

El chico alza las cejas y me río.

—Sí, ya sé que no estoy en mi mejor momento, pero no me subestimes. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Artem —signa—. Y, aunque no estoy mal, no podría, el que acaba de salir es mi hermano mayor.

Es mi turno de alzar las cejas. En realidad, si te fijas se parecen, son como la versión Disney y la del Cuervo de la misma persona. Además de los años de diferencia, claro.

Entra un tipo armado y le dice a Artem que va al baño, debe ser el guardia de fuera. Añade que no la cague y se va siseando algo de «puto crío retrasado».

Lo ha dicho en ruso, así que supongo que no saben que lo he entendido a la perfección. Miro a Artem y veo que tiene los puños cerrados. Él no ha oído lo último y el tipo estaba girado como para haberle podido leer los labios.

—Te ha llamado puto crío retrasado —le digo abiertamente.

Creo que necesita saber a quién tiene alrededor.

—Siempre lo hacen, mi discapacidad para ellos es una debilidad —me signa enfadado.

—¿Y por qué se lo permites? Eres el hermano del jefe, deberían temerte.

—No quiero que Lev lo tenga que solucionar por mí, lo ha estado haciendo toda mi vida.

—Estoy de acuerdo, tienes ya los huevos negros como para encargarte tú mismo de estas cosas.

Me mira sorprendido por mi respuesta. Soy la tercera de cuatro hermanas, siempre han cuidado de mí, sobre todo Seren y Ori, pero también me han dejado espacio para crecer. Para defenderme. Si no lo hubieran hecho, todo lo del secuestro me hubiera llevado a un lugar oscuro del que no tengo claro que hubiera salido.

—¿Alguna sugerencia? —signa divertido.

—Primero dejar de decir que tienes una discapacidad, no es tu carta de presentación, seguro

que eres mucho más. Y segundo, empieza a hacerles ver que tienen consecuencias sus faltas de respeto.

Sonríe y ahora sí que veo a su hermano reflejado en él. En el brillo de sus ojos. Vale, me he equivocado, quizás no tenga aquí a Bambi, más bien es como Hyde.

—¿No me vas a pedir que te ayude a escapar? —inquiere curioso.

—No tiene sentido, si salgo de aquí tiene que ser porque han venido a rescatarme, lo cual significa que donde quiera que estemos va a quedar reducido a cenizas. También podría ser porque tu hermano me suelte, ya que soy una joven encantadora, aunque me decanto más por la primera opción.

—Yo también.

Ambos nos reímos, y aunque la situación es complicada debo decir que el chico me cae bien. Salvo por ese defecto suyo de nacimiento: que su hermano es el idiota ruso.

Se oye la puerta y entra el tipo de antes, nos mira con asco y le avisa de que ya está fuera de nuevo. Es como si le jodiera la existencia de Artem. No lo conozco, pero parece que esto es una situación que lleva arrastrando mucho tiempo si se siente tan cómodo como para insultar al hermano del *pakhan* sin temer represalias.

—Entonces, ¿te ayudo? —le pregunto, y me mira con una ceja levantada.

—¿Ahora?

—¿Tienes algo más que hacer? Yo iba a depilarme, pero me da pereza, y aprovechando que ya no están las piscinas abiertas me puedo ahorrar el sufrimiento este mes —contesto, guiñándole un ojo.

—¿Y cómo lo hacemos? —signa, y niego con la cabeza.

—No te lo voy a decir yo, ese es tu trabajo, te puedo ayudar a llevarlo a cabo, pero no te servirá de nada si no eres capaz de ponerte al mando en esta situación.

Asiente y se queda pensativo un momento antes de comenzar a mover sus manos para explicarme lo que pasa por su cabeza.

—El de ahí fuera es Ivan, lleva años atormentándome porque no puedo oírle, aunque sí que le he leído los labios las suficientes veces como para saber las bromas que ha estado haciendo sobre mí con otros soldados de mi hermano.

—Muy bien, Ivan entonces tiene que ser castigado.

Me cuenta su idea y yo le explico cómo podemos ejecutarla. Estoy aquí sola, pero eso no significa que no pueda con un tipo como ese en un cuerpo a cuerpo incluso con la herida en el hombro. Artem sabe pelear, pero dudo que lo haya hecho mucho, es por eso que me ofrezco

como brazo ejecutor. Bueno, en este caso, como brazo apresador.

Se quita el cinturón y me lo entrega. También un pequeño cuchillo. Está confiando en mí cuando no debería, podría matarlo, pero soy más lista que eso. Pretendo salir de aquí con vida, además, me cae bien, me recuerda un poco a Fiore.

Fiore. Mierda, ¿estará bien?

Sale fuera, y cuando el tipo entra no se da cuenta de que estoy esperándolo detrás de la puerta, le coloco el cinturón sobre el cuello y estiro. Me estoy subiendo sobre él como si fuera la ladera de una montaña empinada mientras Artem le da patadas en sus rodillas y lo hace caer.

Lo retenemos el tiempo suficiente como para que la falta de oxígeno le haga perder fuerza, y es entonces cuando suelto mi agarre.

—Muy bien, pequeño Artem —lo felicito.

Siendo sincera, tenía dudas de que se fuera a asustar porque el tipo es grande y si toma represalias puede no acabar bien la cosa, aunque para eso es que vamos a acojonarlo lo suficiente como para que no tenga ganas de volver a decir nada contra él.

Con la ayuda de Artem ato al tipo con el cinturón de manos y piernas. También le pongo la argolla que llevaba yo en el cuello.

—Esto me da mucho asco sin guantes —me quejo mientras le saco la lengua al bocazas medio desmayado que va a aprender a respetar—. Recuerda, siempre lleva unos en el bolsillo. Los mejores son de cuero italiano.

Asiente sonriendo, como si le estuviera recomendando un regalo de Navidad y no un accesorio para mutilar.

—¿Preparado? —le pregunto mientras le devuelvo el cuchillo y él coloca la punta en la parte media de la boca del tipo.

Pongo mi antebrazo en la frente porque en el primer corte se va a despertar del todo y cuento hasta tres con la mano para que Artem la vea. Cuando llego a término, el chico me demuestra dos cosas: no le tiembla la mano para cortar y que tiene un cuchillo jodidamente bien afilado porque en un golpe secciona por completo el músculo.

El grito del tipo se debe haber oído hasta en el infierno y casi me avergüenza que lo haya hecho tan evidente, entiendo que no es agradable despertar sin lengua, pero hombre, un poquito de dignidad, ¿no?

—¿Qué cojones? —entra chillando el ruso, y yo suelto la lengua, que se estampa contra sus zapatos.

—Ups —me río, y Artem conmigo.

El ruso me apunta con un arma y el pequeño carnicero se coloca delante de mí y le signa algo a su hermano que no puedo llegar a ver bien, pero que no tardo en descubrir lo que es cuando el ruso lo repite.

—¿Cómo que deje de apuntar a tu futura esposa?



Capítulo 6

Lev

Miro a mi hermano con la boca abierta como un imbécil. Artem nunca había hecho algo así, y que la primera vez sea por ella me desconcierta. Sé por qué él podría quererla de esposa, joder, ese punto lo tengo muy claro, tanto como que su noche de bodas sería aburrida porque a Nella le falta algo en su anatomía para atraer a mi hermano. Aunque puede que le vayan los dos bandos, es una posibilidad que no me había planteado.

—Espérame en mi despacho —le ordeno.

Está a punto de signarme algo que no me va a gustar, y antes de que lo haga, levanto la mano y dejo que lea mis labios.

—No le va a pasar nada —le aseguro, mirando a Nella.

Él le da un vistazo y ella sonríe.

Aguardo hasta que sale y miro al tipo que ahora mismo tiene la boca llena de sangre. Alzo la vista y espero a que me cuente qué demonios ha pasado aquí. Nella solo se encoge de hombros y me da la espalda, como si esto no fuera con ella.

—No te vas a casar con él —aclaro, por si hay alguna duda.

—No jodas, Einstein, menos mal que estás aquí para decirlo porque, de lo contrario, ahora mismo estaría buscando vestidos de novia —se burla.

Me acerco y se vuelve a girar para encararme. Nuestros rostros quedan apenas a unos centímetros y le pongo una mirada dura, de esas que harían temblar a más de uno, sin embargo,

con ella parece no tener efecto.

—¿No me tienes miedo?

—¿Serviría de algo si lo tengo?

Ahora mismo no sé si agarrarla del cuello o meter mi lengua en su boca.

Mierda.

—Te voy a dar una sola advertencia, Nella Farnese, si tienes pensado usar a mi hermano de alguna manera, vas a pasar los días que te quedan de vida lamentándote por ello.

—¿Y cuántos son esos? Lo digo por ver si me sale a cuenta.

Su descaro me cabrea y pongo mis manos en sus brazos, apretando un poco para que sepa que no voy en broma. Un leve gesto de dolor en su cara hace que recuerde que estaba herida, y cuando miro me percato de que está sangrando de nuevo.

—Con este numerito se te han saltado los puntos.

—Ha merecido la pena cada uno de ellos —sisea.

La agarro del antebrazo bueno y tiro para sacarla de allí. La arrastro escaleras arriba hacia una habitación donde hacemos curas y hay una camilla en el centro.

Me doy cuenta de que no para de observar todo a su alrededor, absorbiendo cada detalle. Si fuera otra podría pensar que es curiosidad, con Nella estoy seguro de que está guardándose toda esta información para usarla en caso de que pueda escapar. No puedo evitar sonreír. Incluso tras mis amenazas no pierde la actitud y tiene claro que no va quedarse quieta sin luchar.

—Siéntate —le ordeno, y ella alza una ceja y echa todo su peso sobre su cadera derecha.

Me acerco en dos pasos, ella no retrocede ni un milímetro, pongo mis manos en sus caderas y la subo a la puta camilla.

—Qué amable por tu parte ayudarme.

Gruño.

Sabe cómo sacarme de quicio con unas pocas palabras.

Abro los armarios hasta que encuentro lo que necesito. Preparo la jeringa con algo para adormecer la zona, unas gasas, aguja e hilo que se reabsorbe. Pongo la bandeja con todo a su lado y me paro delante de ella, mirándola a los ojos hasta que abre sus piernas y me meto entre ellas, no sin antes darle una sonrisa triunfal que ella contesta rodando sus ojos.

Cojo la camiseta que lleva y la rasgo desde el cuello, dejándola expuesta con tan solo el sujetador. No se tapa ni hace mención de intentarlo. Sigue mirándome a los ojos, evaluando lo que hago.

Soy el primero en apartar la vista para fijarme en su herida, hay tres puntos saltados. Le echo agua para limpiar un poco la sangre, me coloco los guantes y cojo la jeringa con el anestésico local.

—Nada de agujas —sisea.

—Es algo flojo, solo para que no sientas la…

—He dicho que nada de jeringuillas.

La determinación en sus ojos hace que baje mi mano y deje la inyección de nuevo en la bandeja.

—Te dolerá un poco —miento, no será un poco ni de lejos.

—Lo sé.

Su cortante respuesta me dice más que cualquier cosa que haya podido leer en los informes que pedí de ella.

Enebro el hilo delante de sus ojos para darle tiempo a replantearse lo del anestésico. No duda en ningún momento, así que con mano firme junto la herida con mis dedos y comienzo a dar puntadas. Respira hondo y veo que sus nudillos se vuelven blancos al apretar el borde de la camilla en la que está sentada.

Su cuello expuesto frente a mí hace que por un momento piense en morderlo, no sé por qué ese pensamiento viene a mi mente, pero respiro hondo para alejarlo. Su piel se eriza cuando mi respiración la acaricia y casi me detengo para mirarla, solo que no lo hago y prosigo hasta que la herida vuelve a estar cerrada.

Cuando acabo, ella mira y estoy esperando algún tipo de mierda acerca de la cicatriz que le va a quedar, sin embargo, solo observa unos instantes antes de susurrar:

—Gracias.

—Esto no ha sido un acto altruista.

—Por supuesto, ¿qué quieres a cambio? —pregunta, y antes de que pueda contestar agrega algo que me hace sonreír—. Y espero que no digas nada sexual porque eso no acabaría bien para ti.

—No necesito obligar a las mujeres a que me la chupen.

—No lo dudo, seguro que todas lo hacen porque nos encanta cómo sabe…

—Me han dicho que la mía es dulce y amarga a la vez.

Suelta una carcajada y no sé si ofenderme o reírme con ella. Opto por lo segundo.

—Claro, Capitán Amaretto —suelta, y juro que intento contener la sonrisa, pero no puedo.

—¿Y tú? ¿A qué sabes? —pregunto, acercando mi cuerpo al suyo aprovechando que aún me encuentro entre sus piernas abiertas.

—A pólvora.

Su respuesta me gusta.

Demasiado.

—Bien, entonces *Porokhováya Féya*.

—No soy un hada de la pólvora —gruñe.

Sonrío.

—Sabía que entendías el ruso.

Y en su cara veo que no quería revelar ese dato.

Desde que llegó todos le hablan en inglés, es algo que exijo a mis soldados, saber al menos un idioma más. Con ella tenía mis dudas porque en los informes no aparece que lo haya aprendido, aunque tampoco dicen nada sobre el lenguaje de signos y la he visto relacionarse con Artem por las cámaras.

—Si has terminado, me gustaría volver a mi preciosa habitación —ordena, empujándome con sus dos manos sobre mi pecho.

Retrocedo, porque quiero, y ella se baja de la camilla.

La observo de cuerpo entero y mi polla quiere decirle «Hola». Su cuerpo no es de los que saldrían en un desfile de moda, es más de los que puedes ver en una revista de Fuerzas Armadas. Músculos definidos, abdomen duro y tatuajes cubriendo gran parte de la piel que veo expuesta. Vaya, nunca imaginé que debajo del aspecto delicado de una Farnese podría haber algo tan… mortal.

—Pensé que te gustaría darte una ducha.

—¿Contigo? —pregunta, cruzándose de brazos.

Sonrío de medio lado.

—No, ya te he dicho, *Féyechka*, que no necesito obligar a nadie a hacer nada conmigo.

—Si vuelves a llamarme hadita, te voy a meter un cuchillo por el culo tan profundo que voy a hacer que lo sientas en la garganta.

—Encantador, *Féyechka*, pero no tengo tiempo ahora mismo.

—Entonces, ¿cuál es el pago por coserme?

—Ya te lo diré llegado el momento.

—Odio deber un favor —gruñe.

Sonrío divertido.

—Lo sé.

Antes de que pueda llegar a la conclusión de que la jeringuilla en la camilla puede quedarme bien clavada en un ojo, abro una puerta a mi derecha y le muestro el baño.

Es una ducha y un lavabo, lo justo para asearte después de que te hayan curado.

—Cierra por dentro, mandaré a alguien con ropa limpia. Y no, no hay nada que puedas usar ahí para atacar o escapar —le aseguro.

—Nunca subestimes la capacidad de inventiva de una mujer.

—Créeme, no lo hago, y menos con una *Féyechka*.

Gruñe y coge la bandeja sobre la camilla, donde están las gasas con sangre y los utensilios que he usado para coserla, y me la tira a la cabeza. Me agacho a tiempo para que no me dé, pero no puedo evitar reírme, lo cual la enfada más.

—Te vas a arrepentir de haberme secuestrado —ruge.

—Oh, preciosa, no te equivoques, los secuestros son para pedir un rescate y devolver el paquete. Tú eres mi prisionera.



Capítulo 7

Nella

Mientras me enjabono el pelo no dejo de mirar la puerta. Por mucho que el ruso haya dicho que no le interesa, no voy a dejar que se la casque con una imagen mía en la ducha.

Escucho la puerta de fuera volver abrirse y cerrarse. Cuando me ha dejado dentro del baño y me ha pedido que cerrara, he oído como se iba unos minutos después. No he pensado en salir y buscar un arma entre los gabinetes de las medicinas. Todavía no tengo un plan, pero un mal paso ahora y me encerrarán de forma más contundente, y entonces sí que estaré jodida.

Tengo que ser paciente, me lo enseñó Seren.

Mientras me seco, me doy permiso para pensar en mis hermanas. Ahora mismo no sé los días que llevo aquí. Sé que Ori y Seren deben estar volviéndose locas. Y Fiore…

No, a ella la meto en mi mente de nuevo porque no puedo pensar ahora mismo en que cuando salga de aquí ella no estará para recibirme. En que no me insistirá más veces para que lea Acotar. En que no veré su pelo rosa Chibiusa aparecer por la puerta para meterse en la cama conmigo cuando tenga una mala noche.

Me doy cuenta de que no tengo nada que ponerme limpio y decido asomar la cabeza para ver si el ruso cumple su palabra y me ha dejado algo.

—Me voy a acercar para darte esto —dice un tipo que recuerdo del viaje con mis hermanas, cuando se suponía que Seren iba a por su vestido de novia.

—¿Zakranov?

—Zakrone —me corrige mientras me da algunas prendas sin dejar de mirarme a los ojos.

La cojo y me visto. Me queda algo grande, es de hombre, pero me sirve como para no tener que preocuparme. Incluso diría que los calzoncillos que ahora llevo son cómodos.

—Sí que debo ser importante si te manda a ti, me siento una prisionera VIP —suelto mientras salgo del baño.

El tipo sonríe y niega con la cabeza.

—Sabes, ahora mismo tenía que estar con mi princesa mexicana, pero creo que esto va a ser mucho más divertido.

Frunzo el ceño porque no entiendo nada.

—Vamos, sígueme y no hagas nada estúpido.

—O si no me matarás y todo eso, lo sé —termino por él, cansada de que crean que soy tan idiota que no puedo recordar las amenazas.

Me mira por encima del hombro, sonríe y niega con la cabeza.

Salimos y bajamos de nuevo a los calabozos o mazmorras o como demonios llame esta gente a este sitio. Solo que esta vez no giramos a la derecha, sino a la izquierda. Me quedo mirando el lugar por el que tendríamos que haber ido y por un momento dudo de que me haya ubicado mal. Al menos hasta que Zakrone abre la puerta y suelta una carcajada.

Cuando se aparta para dejarme pasar, veo el motivo de su risa.

—Bienvenida a Kansas, Dorothy —se burla Zakrone, y le doy una mala mirada.

Se va, dejándome ahí mientras escucho su risa alejarse en el pasillo. Compruebo la puerta por si acaso con las bromas se ha olvidado de cerrar, pero no, no tengo tanta suerte.

Una vez me quedo sola, no puedo evitar que una sonrisa aparezca en mis labios. El lugar tiene una cama cubierta por una colcha horrorosa rosa, con flores, volantes y un tacto suave de esos que te da grima tocar. También hay unas flores en un jarrón en el suelo, no las reconozco, pero huelen genial.

Además, hay una nota al lado:

Espero que está habitación tenga el suficiente glamour para ti, Porokhováya Féya.

Fdo: Capitán Amaretto

Me descubro sonriendo de nuevo y arrugo la nota, no quiero que me caiga bien este tarado que me tiene encerrada. No, no voy a tener el síndrome de Estocolmo.

Paso el resto del día, o la noche porque no tengo ventanas y ni idea de qué hora es, tirada en la cama. A ratos me duermo, creo, luego me giro y la herida del brazo me recuerda que no estoy

aquí para descansar.

Para cuando me traen algo de comer estoy muy cabreada. No sé si es desayuno, comida o cena porque nada me hace indicar algo de eso. Hay de todo, tengo que reconocerlo, pero no me fio, así que busco algún lugar por donde puedan colarse ratas u otro animalitos típicos de estos sitios y descubro en una esquina un refugio de roedores, a los que hago salir poniendo pan en la entrada.

En cuanto les dejo algunos trozos más de comida, al menos un poco de cada cosa que me han traído, cierro la entrada a su casa para poder ver si les ocurre algo.

Pasados los que creo que son unos veinte minutos, y viendo que al final van a subir a la cama a morderme a mí, quito la funda de la almohada del agujero que da a la cueva de roedores y dejo que se vayan.

Me como todo lo que me han traído porque tengo un hambre descomunal, y a saber cuándo le dará al ruso por cambiar de idea y joderme con la comida.

Escucho la puerta abrirse y espero al mismo tipo que me ha traído la bandeja, pero en su lugar aparece el gilipollas que me secuestró.

—Hola, preciosa —dice en un marcado acento ruso, y le saco el dedo del medio como contestación.

Cierra tras él y da una orden a alguien de fuera para que no nos molesten. No me gusta esto.

—Parece que te acuerdas de mí, soy Yuri, por si no sabías mi nombre —ronronea con poder, como si fuera el último vaso de agua del desierto.

Menudo gilipollas.

—Sí, tengo buena memoria para los idiotas que se dejan engañar por mi padre.

Mi comentario hace que se le cambie la cara.

—Tú fuiste la culpable de la muerte de Alina —gruñe.

Qué pesado con eso.

—Siento decirte que no es así.

—Encima eres una cobarde que no lo admite, deberías estar pagando por haberme quitado el poder.

Sus palabras me desconciertan. Pensaba que iba a decir algo así como haberle quitado a la mujer de su vida, pero no, parece que aquí el amigo tiene algunas cositas que esconder.

Me muevo hacia un lado, calculando la distancia entre él y yo. La cama con su ridícula colcha rosa está a un paso de mi derecha, y el jarrón de flores olvidado en el suelo es lo único útil en

esta celda; esto parece un mal chiste. No tengo tiempo de planear nada más. Yuri se lanza hacia mí.

Es rápido, pero no lo suficiente. Me aparto, aunque siento el tirón en mi hombro, donde los puntos sujetan mi piel como si fueran lo único que me mantiene entera. Mi espalda roza la pared, pero ya estoy girando para esquivar su siguiente movimiento. Él levanta un brazo, intentando atraparme, y yo aprovecho su impulso para lanzar mi rodilla hacia su costado. El impacto es sólido, solo que no suficiente. Me odia demasiado para detenerse.

Me tambaleo hacia el jarrón, lo recojo y lo estrello contra su hombro. No se rompe. El cristal grueso solo provoca un gruñido y lo hace retroceder un paso, pero no desisto. Con el siguiente golpe, esta vez directo a su cara, el jarrón se resquebraja y él cae de rodillas.

El dolor en mi propio hombro es insoportable, un latido constante que amenaza con romper los puntos, pero no puedo detenerme. Yuri se lanza otra vez, más desesperado, más salvaje. Me alcanza la pierna y caigo al suelo, sin embargo, en cuanto siento el frío del cemento contra mi espalda, uso ambas piernas para empujarlo lejos. El movimiento me envía una punzada de fuego por todo el brazo, no obstante, lo ignoro.

Nos levantamos casi al mismo tiempo. Él jadea, con sangre corriéndole por la nariz, pero no parece dispuesto a rendirse. Sus ojos están encendidos de rabia y la mía no se queda atrás. Esta vez soy yo quien ataca. Me lanzo hacia él con un puño dirigido a su mandíbula. Siento el crujido de algo al impactar, y aunque me devuelve un codazo en el costado, estoy demasiado centrada como para detenerme. Cada golpe que recibe lo hace más lento, más torpe.

Finalmente, Yuri cae. Su cuerpo golpea el suelo con un ruido seco, bocabajo, mientras jadea y escupe insultos entre respiraciones entrecortadas. Estoy sobre él antes de que pueda moverse, colocando mi pie sobre su cuello con fuerza suficiente para mantenerlo allí. Mis piernas tiemblan, mi brazo duele, pero estoy firme.

Miro el desastre a mi alrededor: las flores desparramadas por el suelo, los pedazos del jarrón, la colcha rosa que ahora tiene un rincón arrancado de cuando me agarré para impulsarme. Pero lo único que importa en este momento es que Yuri no se mueve. Lo he detenido. Por ahora.

Barajo la idea de matarlo, terminar de pisar su cuello como la cucaracha que es, sin embargo, no tengo claro cuál es su rango dentro de la organización, así que decido no hacerlo. Aunque no aparto mi suela por si se despierta, que no lo mate mientras está medio KO no significa que no lo vaya a hacer si trata de levantarse de nuevo.

En ese momento se abre la puerta y veo a Zakrone aparecer. Mira a Yuri, luego a mí y sonríe.

—Definitivamente, vas a hacer nuestra vida mucho más interesante.



Capítulo 8

Lev

Miro a Artem y sigo tratando de entender qué demonios le pasa por la cabeza para haber dicho que la quiere como su mujer.

—Deja de poner esa cara —gesticula enfadado.

—Pues entonces explícate porque no lo entiendo.

—No hay nada que explicar, quiero casarme con ella —signa de nuevo.

Respiro hondo porque estamos entrando en un bucle y no quiero que eso pase. Artem no es de los que hace declaraciones de amor, nunca muestra sus sentimientos o se acerca demasiado a nadie, sin embargo, con Nella…

—Pues siento decirte que ella no está de acuerdo, lo cual demuestra que al menos uno de los dos tiene cerebro —mascullo.

—¿Qué le has dicho para convencerla?

—¿Crees que he tenido que decirle algo? Joder, Artem, tiene la suficiente inteligencia como pasar de este trato de mierda que intentas hacer para salvarla o yo qué cojones sé.

Me mira, tratando de evaluar si le miento, y eso solo me demuestra que no conoce a la pequeña hada de la pólvora que tengo en mi poder.

—¿Y me vas a explicar por qué uno de mis soldados tiene la lengua separada de su boca?

Entonces hace lo mismo que Nella, se encoge de hombros y sonríe.

Supongo que esto es algo que ha hecho porque tenía que hacerlo. No lo cuestiono.

—Han llegado algunos cargamentos nuevos y tienes que verificar los números —le digo al fin, cambiando de tema—, asegúrate de que los eslovacos no quieren jugárnosla.

—¿Y ella? —signa, no queriendo dejarlo estar.

—Ella ha vuelto a su celda.

Me guardo para mí que la he acomodado en una con cama y que me he encargado de ponerle una colcha muy fea que había en la casa cuando la compré.

Lo de las flores tampoco lo explico, porque si no tendría que decirle que me huele a una flor japonesa, una que me escondió cuando lo necesité y que ahora ha vuelto a mi memoria por ella.

Llaman a la puerta y Artem aprovecha para salir cuando Zakrone entra. Está muy cabreado mi hermanito, pero no voy a dejar que se le vaya la puta olla por el hada de la pólvora.

—Vaya, parece que alguien se ha levantado con el pie izquierdo —se burla mi amigo.

—¿Y tú no deberías estar en algún lado en la otra punta del mundo con tu princesa mexicana?

—Sí —contesta, dejándose caer en el sofá orejero del fondo—, pero Dulce se ha puesto de parto y ha retrasado las cosas. Lo cual es bueno, porque así he podido averiguar quién es la rata eslovaca que nos ha intentado vender.

Eso llama mi atención, llevamos meses sabiendo que hay un topo en su lado, pero no había manera de encontrarlo.

—¿Y quién era?

—El marido de su sobrina.

—Por supuesto, siempre lo imbéciles que logran entrar en la organización por matrimonio son los que la lían.

—Sí, Michal Tóth está deseando que vayamos para pillar juntos a ese cabrón, lo tiene vigilado hasta que lleguemos.

—Pues vámonos ya, quiero quitarme esa mierda de encima cuanto antes.

—He supuesto que dirías eso y el avión está preparado y a la espera. También tienes que saber que Lucía no está nada contenta, no le gusta Michal, dice que tiene ojos de psicópata.

—¿Y quién de nosotros no? —me burlo.

Recojo algunos papeles de la oficina mientras Zakrone ultima los detalles del viaje con la gente del eslovaco y un hada me viene a la mente.

—Tengo que hacer una cosa más antes de irnos, espérame en el coche.

—¿Esa cosa tiene que ver con una italiana que tienes encerrada?

—No empieces.

—No lo hago, es solo que esto nos va a morder el culo.

—Estás viendo fantasmas donde no hay ni castillo. La retengo solo mientras averiguamos si ella tuvo algo que ver con lo de Alina.

—Claro que sí, lo importante es que tú te lo creas.

Gruño.

—No quiero mantenerla más de lo necesario, hasta Artem le está cogiendo demasiado cariño, y si resulta culpable…

—¿De verdad crees que ella quería matar a su hermana y de paso se llevó por delante a Alina?

Respiro hondo y no contesto, aunque no hace falta, me conoce demasiado bien. No, no creo que ella lo hiciera porque he visto el vínculo que tiene con sus hermanas y la lealtad de Nella hacia cada una de ellas.

—Por cierto, Yuri le ha hecho una visita a la italiana —comenta mientras juega con su móvil.

—¿Puedes repetir?

—No te preocupes, para cuando he llegado, ella ya se había encargado de darle una buena paliza al inútil de tu primo.

—No es mi primo, es el viudo de mi prima —replico, y Zakrone se ríe.

Desde que me ha soltado esto lo único que pasa por mi mente es ir a verla. Aunque es solo porque, si le pasa algo, los italianos van a estar muy cabreados.

Sí, es solo por eso…

—El coche ya está esperando fuera, voy para allí mientras tú vas a no preocuparte por la italiana —se burla, y le tiro la grapadora que tengo a mano—. Por cierto, bonitas flores.

Es lo último que dice antes de salir del despacho porque lo siguiente en mi mano es un abrecartas.

Aviso a Artem de que nos vamos un par de días como mucho y que no se acerque a Nella. Le he dejado claro que ella es solo una prisionera y hay que tratarla como tal.

Tiene que entender que no puede empatizar.

Mientras me dirijo hacia la celda de Nella a… no sé a qué, me viene a la mente el recuerdo de esas flores a las que ella inexplicablemente huele.

La sangre resbala por mi costado, tibia al principio, pero ahora helada mientras el aire nocturno me golpea con cada paso tambaleante. Mis piernas pesan como si el plomo las hubiera invadido y cada respiración es un recordatorio de que estoy perdiendo demasiada. Sé que me

siguen. Escucho sus pasos, las ramas rompiéndose a lo lejos. No tengo tiempo.

Tropezando, salgo del bosque y caigo en algo inesperado: un jardín. La luna apenas ilumina las formas, pero puedo distinguir los delicados pétalos de flores que no reconozco. Rosas, casi traslúcidas bajo la tenue luz, como si fueran demasiado frágiles para este mundo. Su aroma me alcanza de inmediato, un perfume dulce y embriagador que corta a través del dolor y el frío como un susurro de otro tiempo.

El invernadero aparece ante mí como un espejismo, una cúpula de cristal que promete refugio. Empujo la puerta con lo poco que me queda de fuerza y entro, cerrándola detrás de mí con un ruido seco que retumba en mis oídos. El aire dentro es más cálido, húmedo, impregnado de aquel aroma que ahora me envuelve por completo. Es la flor… ¿sakuras? No estoy seguro, pero su fragancia es inconfundible, casi tranquilizadora.

Camino unos pasos antes de desplomarme entre las plantas. Sus hojas suaves acarician mi piel, y los pétalos caídos se adhieren a mi rostro como si intentaran consolarme. Todo mi cuerpo protesta, un grito de dolor contenido en cada músculo, pero aquí, rodeado de estas flores, siento algo que no esperaba: calma. El cansancio es más fuerte que la amenaza de los pasos que aún oigo en la distancia y me rindo. Mis ojos se cierran, dejando que la oscuridad me reclame.

Cuando despierto, no sé cuánto tiempo ha pasado. El aroma sigue allí, más intenso, como si las flores mismas hubieran velado por mí. El frío que antes me había calado hasta los huesos ha desaparecido, reemplazado por una tibieza que no debería estar ahí. Intento moverme y siento las hojas que cubren mi cuerpo como un manto improvisado. Las heridas aún arden, pero hay algo diferente. No me siento vulnerable, sino protegido.

El cristal del invernadero refleja la luz de la mañana y los pasos de mis enemigos han desaparecido junto con la oscuridad de la noche. No sé por qué, pero las flores, con su perfume dulce y constante, parecen haber sido mi única barrera entre la vida y la muerte. Y por primera vez en mucho tiempo, me permito un momento para simplemente respirar.

Después de eso, en cada una de mis casas hay sakuras en el jardín o invernadero, dependiendo del clima.

Llego a la celda y abro sin avisar. Nella está tumbada en el suelo con las piernas sobre la pared, como si estuviera haciendo una L.

—Veo que estás poniéndote cómoda.

—Solo descansando un rato por si algún gilipollas ruso quiere intentar darme una paliza otra vez.

Gruño. Ella me mira y entiendo que no sabe que Yuri no tenía permiso de hacer eso. De momento, él tampoco lo sabe, pero cuando vuelva le voy a explicar cómo funcionan las cosas en

MI CASA.

—¿Tenías envidia? —pregunta, sentándose y mirando el corte de mi mano.

Me lo he hecho al tirarle la grapadora a Zakrone.

—Pareces preocupada, no me digas que estás empezando a quererme —contesto con sarcasmo.

—No sé, muérete a ver si lloro.

Me río porque cada conversación con ella es una mezcla de demostración de poder y de burla. Algo que me desconcierta porque normalmente a mi alrededor suelen estar cagados de miedo.

—Mátame tú —la instigo—. Ah, no, que ahora no puedes, con eso de que estás prisionera y tal…

—Mejor no dejes pólvora cerca —farfulla enfadada, y entonces algo me viene a la mente.

Uno de los tantos informes que he pedido de ella.

—Cierto, sabes cómo hacer explotar cosas.

—Es un arte —me corta.

—Muy bien, aquí te va un trato, enséñame tu lado artista y yo, a cambio…

—¿Me soltarás? —prueba, y niego con la cabeza—. Bueno, había que intentarlo. Pero hay algo que me han dicho que no sé si es cierto.

—Sí, la tengo como el mástil de un barco.

Rueda los ojos y me río de nuevo.

—¿Es verdad que usas estrellas ninja?

—Sí.

Nos miramos y espero a que ella hable primero.

—Bien, te enseño a explotar cosas que no sean tu culo y tú a mí me enseñas a tirar estrellas ninja.

Se levanta y me tiende la mano.

—¿Trato? —pregunta.

Sé que aceptar es un error, tenerla aquí también, y, aun así, extiendo mi mano y toco la suya en un apretón firme.

—Trato.

Salgo de allí sin saber si he firmado un acuerdo o una sentencia de muerte de la vida que conozco.



Capítulo 9

Nella

Han pasado seis comidas desde que vi al ruso por última vez e hicimos ese estúpido trato. Por algún motivo, siento que estoy a salvo aquí, que no quiere hacerme daño, y eso no me gusta.

Artem se ha llevado la bandeja de la cena, al menos él me dice las horas que son cuando viene, y me meto en la cama esperando poder dormir. El no hacer nada durante todo el día me está volviendo loca.

No sé en qué momento me duermo, pero algo me arrastra de vuelta a la realidad.

Primero, el dolor.

El hombro late con fuerza bajo la piel, un recordatorio constante de la herida que apenas empieza a cerrarse. Muevo la cabeza, inquieta, intentando sacudirme el malestar. Pero no es solo el dolor lo que me despierta. Hay algo más. Algo físico. Algo que me toca.

Manos.

Abro los ojos de golpe.

El mundo es un borrón, sombras que se mueven en la penumbra. Mi mente aún intenta aferrarse a los restos de un sueño que ya no recuerdo, pero el pánico comienza a abrirse paso entre la niebla.

Algo me sujeta, no, alguien.

Intento incorporarme, sin embargo, unas manos fuertes se cierran alrededor de mis brazos. La presión es firme, brutal. Uno de los hombres me agarra del hombro herido y un grito ahogado me

rasga la garganta. La punzada de dolor es tan intensa que todo lo demás se desvanece por un segundo.

Intento retorcerme, pero ellos no me sueltan.

—No… —balbuceo, aunque mi voz apenas es un murmullo seco.

El colchón bajo mí cruje cuando me arrancan de la cama sin ninguna consideración. La herida arde, cada movimiento es una tortura que me roba el aliento. El pánico se convierte en un peso aplastante en mi pecho, haciendo que me cueste respirar.

No entiendo qué está pasando.

¿Dónde estoy? ¿Cuánto tiempo he estado aquí? Mi mente es un caos, los recuerdos se mezclan con las sombras de la celda.

Antes de que pueda reaccionar, una mano me empuja la cabeza hacia un lado. Algo áspero y sucio se desliza entre mis labios.

Una mordaza.

Intento apartar la cabeza, pero uno de los hombres me sujeta con fuerza, asegurándose de que el trapo quede bien apretado. El sabor agrio y mohoso me provoca arcadas, no obstante, no puedo escupirlo. Mi propia respiración se convierte en un jadeo sordo, un eco ahogado contra la tela.

El pánico se convierte en terror.

Quiero gritar, quiero morder, quiero luchar, pero estoy atrapada. Las manos que me sujetan no ceden, y cada tirón hace que mi herida arda con más intensidad. Mis pies apenas tocan el suelo mientras me arrastran hacia la puerta de la celda.

Los latidos de mi corazón son lo único que puedo oír. Rápidos, irregulares, golpeándome las costillas como un tambor fuera de control.

La puerta chirría al abrirse, y entonces veo quién está detrás de todo esto, y el terror se convierte en rabia.

—Hola —saluda Yuri con su cara amoratada por la paliza que le di—. Supongo que no pensabas volver a verme, pero adivina, el *phakan* me ha dejado al mando y me ha pedido que te domestique un poco en su ausencia.

No puede ser, Lev no puede haberle dicho eso. Quizás no sabía… Sí, lo sabe, Zakrone es su mano derecha.

Estúpida.

Idiota.

Imbécil.

¿Cómo he podido creer que estaba a salvo? Joder, estoy secuestrada, y por muy amable que me haya parecido ¡estoy jodidamente secuestrada!, ¿en qué cojones pensaba creyendo que él iba a ser diferente?

—Verás, resulta que tienes al jefe cabreado con eso de creerte superior, así que, como su familia que soy, me ha encomendado enseñarte qué ocurre cuando un ruso se cabrea.

Alzo las cejas porque es lo único que puedo hacer, el sabor asqueroso de la mordaza me está dando ganas de vomitar.

—A la cama —les ordena a los dos idiotas que van a morir en cuanto pueda soltarme.

Tardo un segundo en darme cuenta de sus palabras y comienzo a retorcerme. No, no voy a dejar que me toquen, me da igual si me matan, pero nadie me va a violar.

Los tipos son fuertes, ponen una de las manos sobre los puntos de mi hombro y grito, aunque el sonido está amortiguado por la mordaza. Trato de zafarme, pero no puedo, me inmovilizan contra la cama mientras Yuri hace algo que no me espero: saca una vara de detrás de su espalda.

—Mira, este es un castigo muy típico de mi país —comienza a explicarme, y frunzo el ceño —. Oh, ¿pensabas que quería algo de tu sucio cuerpo italiano? Qué asco.

Su burla hace que los idiotas que me sostienen se rían como si fuera el mejor payaso del mundo.

Respiro hondo.

—Esta es una vara de ciprés, de una variedad que se cría en las afueras de donde crecí. Tiene la cualidad de ser firme, pero a la vez flexible.

No sé a dónde quiere llegar, no obstante, trato de transmitirle a través de mi mirada que creo que es un gilipollas con todas las letras.

Sin previo aviso, me da un latigazo en la planta del pie derecho. Grito. Joder, duele mucho. Luego sigue con el izquierdo. Los hombres se acomodan para que no pueda retirar los pies y me doy cuenta de que me bajan lo suficiente como para que queden fuera del colchón y darle así mejor acceso.

No sé el rato que pasa dándome latigazos, siento la sangre gotear de mis pies y me duele la garganta de gritar. Llegado el momento, pierdo el conocimiento, no sé cuánto tiempo, solo lo recupero unos segundos mientras noto agua helada sobre mis pies, veo a uno de los tipos limpiar el suelo mientras Yuri me tapa con la colcha horrorosa y me amenaza.

—Buenas noches, mañana volveré.

Mi cabeza se queda en silencio y mis ojos se pierden en la oscuridad mientras el dolor

insoportable de mis pies me recuerda que, de momento, sigo viva.

Noto que me zarandean y tardo un segundo en despertar y alejarme de quien quiera que esté en la celda conmigo. Al hacerlo, el dolor de las heridas de los pies me hace vomitar y apenas tengo tiempo de girar la cara para no hacerlo sobre mí misma.

Cuando levanto la vista, Artem está mirándome y me relajo, aunque no demasiado, ya no sé en quién confiar.

—Vete —le digo con claridad.

—¿Qué pasa? —me signa confuso.

—Esto pasa —contesto cabreada, señalando mis pies.

Cuando Artem sigue la dirección de mi mano se queda petrificado. No sé si puedo confiar en él, lo que tengo claro por la expresión de su cara es que no está de acuerdo con lo que me ha pasado.

—¿Quién ha sido? —inquiere con gestos furiosos.

—Tu hermano.

—Él no está.

—Bueno, él ha dejado que pase, es lo mismo.

Menea la cabeza, está seguro de que no ha sido Lev, pero es normal, al fin y al cabo, una cosa es saber que tu hermano es un monstruo y otra muy diferente es verlo con tus propios ojos.

—¿De verdad no crees posible esto? —pregunto, señalando de nuevo las plantas de mis pies —. Sé que ha hecho cosas peores.

Lo veo dudar, sabe que tengo razón.

Por un momento, miro mis pies y los veo en carne viva. Solo el pensar en levantarme hace que quiera llorar.

—¿Qué le has hecho? —signa Artem, tratando de entender los motivos de su hermano, y eso me cabrea.

—¡¿Crees que hay algo que pueda hacer que justifique esto?! —le grito a pesar de que la garganta me duele—. No contestes, por supuesto que lo crees. Eres un puto psicópata como él.

Veo en sus ojos que mis palabras le duelen. Sale de la celda sin decir nada, veo la bandeja de comida en un lado, pero ahora mismo no tengo ganas de comer nada, no puedo ni siquiera pensar en moverme.

Unos minutos después, Artem aparece de nuevo, trae una fregona y limpia mi vómito sin decir nada. Lo miro mientras lo hace y después vuelve a desaparecer.

Tras eso regresa, esta vez con cosas para curarme, se sienta en la cama y me observa. Deja todo sobre la colcha y es entonces cuando me demuestra mediante signos que quizás él sí es diferente:

—Déjame que te cure, cuando estés mejor y puedas caminar te ayudaré a escapar de aquí.



Capítulo 10

Lev

Michal Tóth me ha tenido demasiados días arreglando su mierda eslovaca y después celebrándolo. No es que me queje, invita a mujeres que saben chuparla muy bien, pero tener a Zakrone quejándose de que no puede estar con Lucía le ha quitado un poco de diversión al asunto. Eso y el hecho de que no me he atrevido a preguntar por el hada de la pólvora que tengo encerrada en mi castillo.

La puerta doble del salón se abre con un chirrido pesado. Mis pasos resuenan en el suelo pulido, el eco se propaga por la estancia. Todo está en su lugar. Todo sigue igual, excepto yo. Siempre cambio cuando cruzo esa frontera invisible entre la diplomacia y la guerra.

El trono me espera en el centro. Me siento en él. Aquí es donde mando. Aquí es donde todo empieza y donde todo termina.

Mis hombres entran detrás de mí, en fila, ordenados y silenciosos. Saben que no me gusta perder el tiempo con formalidades inútiles. Algunos tienen el rostro tenso, otros llevan la calma tatuada en las venas. No todos volverán a salir por esa puerta, pero eso no les preocupa. No debería.

—¿Informe? —pregunto, cruzando una pierna sobre la otra mientras me acomodo.

Sergei es el primero en hablar. Siempre lo es. Es mi sombra más fiel, aunque no por eso menos peligrosa, pero pasa poco tiempo por aquí ya que me es más útil en el terreno. Se adelanta un paso y me mira directo, sin vacilar.

—Los polacos aceptaron las condiciones —dice con voz grave—. Han cedido el paso por la frontera norte. No habrá interferencias con el envío de armas.

Asiento despacio. Era lo esperado, pero nunca confío en las expectativas. La traición nace del exceso de confianza.

—¿Y los italianos?

—Han pedido una reunión. Quieren renegociar el reparto en el puerto.

Sonrío de lado. Los italianos siempre quieren más de lo que les toca. Siempre han sido así, pero nunca les dejo ganar terreno. Al menos esto me demuestra que no tienen ni idea de que Nella está en mi poder.

Nella.

No, aparto su cara de mi mente.

—Diles que no hay nada que negociar. Que recuerden quién mantiene las aguas tranquilas.

Sergei asiente y retrocede. Otro de mis hombres toma la palabra, un novato al que apenas reconozco. Habla rápido, ansioso por demostrar que merece estar aquí.

—El negocio de las pieles está estable, pero tuvimos problemas con un proveedor local. Intentó sacar más beneficio del que le correspondía.

—¿Y cómo lo resolvisteis? —pregunto, afilando la mirada.

El chico duda un segundo. Error.

—Le enseñamos las consecuencias.

Sonrío apenas.

—Bien. La lección debe quedar clara. Si alguien desafía nuestras reglas, paga con sangre. No quiero excepciones.

El silencio se instala en la sala como una niebla densa. Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en mis rodillas. Los observo a todos, uno por uno. Algunos evitan mi mirada, otros la sostienen con desafío velado. Los que me conocen saben que no soy un tirano. No necesito gritar ni golpear para que me respeten. Mi poder está en lo que no digo, en lo que no hago… todavía.

—Estamos en un buen momento —digo, rompiendo el silencio—. Pero no os confiéis. La calma precede a las tormentas más letales. Y cuando esa tormenta llegue, quiero que estemos preparados.

Me levanto, y el movimiento parece liberar la tensión en el aire.

—Sergei, quédate. El resto, marchad.

Los hombres se dispersan en silencio. Solo Sergei permanece. Cierro los ojos por un instante

y dejo que el peso del liderazgo vuelva a asentarse sobre mis hombros.

—Tenemos mucho que hacer —murmuro.

Y la tormenta, gracias a cierta hada, lo sé, ya está en camino.

∞∞∞

Artem ha estado evitándome todo el día. Es como si no quisiera verme, supongo que todavía sigue enfadado porque no le dejo casarse con la italiana. Aunque han pasado ya demasiados días como para seguir con el berrinche.

Antes de darme cuenta, me dirijo hacia la celda que tiene a Nella retenida. Entro sin avisar y eso hace que ella se sobresalte. Estaba en la cama y de un salto ahora la misma se interpone entre nosotros.

—Hola —murmuro, sin tener muy claro que más decir.

—Vete a la mierda —suelta como si fuera su enemigo, y eso me descoloca.

A ver, entiendo que no somos amigos, pero pensaba que habíamos superado la fase de «te odio porque me has secuestrado».

—¿Me acabas de mandar a la mierda?

—Sí, ¿no sabes llegar?

Casi sonrío, su insolencia, a pesar de las circunstancias, me parece divertida.

—Supongo que estos días te han dado tiempo a pensar en lo mucho que me odias, pero te recuerdo que eres una prisionera, que el buen trato que estás recibiendo no te confunda —siseo.

—Tranquilo, tengo muy clara cuál es mi posición aquí.

Miro hacia la cama y veo una mancha de sangre, doy un paso hacia ella preocupado, pero retrocede como asustada, y eso me paraliza.

—¿Te has hecho daño? —pregunto, mirando la colcha roja y rosa.

—¿Hoy? No, se llama menstruación y viene una vez al mes normalmente.

Mierda, no había pensado en eso.

—¿Necesitas algo?

—La copa vaginal.

—Joder, ya os dan premios por todo.

—Eres un imbécil.

—Supongo que sí, pero averiguaré qué demonios es eso y te conseguiré una.

—No pienses que eso hará alguna diferencia. Me da igual mancharte las sábanas con mi sangre igual que a ti te da igual que se manche el suelo.

Sus palabras crípticas me dejan un poco desconcertado. ¿Se refiere a la pelea que tuvo con Yuri o a su herida del hombro?

—¿Cómo lo llevas? —pregunto señalando con la vista donde tiene los puntos que yo mismo le di.

—Que te jodan, no voy a hacer esto, si tengo que estar aquí no será manteniendo una conversación contigo. No eres más que un matón de tercera. Me das asco.

La forma en la que lo dice me cabrea sobremanera, no es que sea la mejor situación del mundo, pero hasta el momento he sido amable, más de lo que nadie ha podido experimentar en estas celdas. Y en vez de agradecerlo, en vez de pensar que quizás no soy un mal tipo, ella me trata como puta basura.

No, eso no está pasando. Hasta aquí llega mi amabilidad.

—Esta noche servirás la cena, y espero por tu bien que no hagas nada estúpido si no quieres que vaya a por tu hermana y le corte el cuello mientras duerme.



Capítulo 11

Lev

Decir que Zakrone no está contento conmigo ahora mismo se queda corto. Si no fuera porque Lucía, su mujer, está fuera por un tema de su ONG ni de coña estaría sentado a la mesa con nosotros.

—¿Vas a tener esa cara de pedo toda la noche? —le pregunto, y gruñe.

—Si hubiéramos vuelto ayer podría haber besado a mi mujer, pero no, teníamos que llegar hoy, justo después de que ella se fuera.

Puede que sea mi mano derecha, pero no es inferior a mí en cuanto a rango, también es *phakan*, solo que no le interesa competir en territorio y ambos convivimos felices. Es por eso que tiene libertad total de hablarme como quiera. Aunque en el pasado eso ha acabado con alguno de los dos con un tiro o un cuchillo clavado lejos de una arteria importante.

—¿Y tú? —le signo a Artem.

Me mira y no contesta. Genial, va a ser una noche divertida.

En cuanto Nella aparece junto al servicio, Zakrone y mi hermano me miran, ambos con preguntas en sus ojos, cada uno quiere saber una cosa, pero ninguno se atreve a verbalizarlo.

El cuchillo corta el silencio con un tintineo seco al chocar contra el plato. La cena está servida, pero nadie se ha animado a tocarla todavía. Nella se mueve por el comedor con una calma estudiada, cada uno de sus pasos perfectamente calculado, como si no le afectara la presencia de tres hombres que la observan en silencio.

Pero lo hace. Sé que lo hace.

Desde donde estoy sentado, puedo ver cómo sus hombros se tensan cada vez que Zakrone levanta la mirada hacia ella. Cómo sus manos, cuidadosas y precisas, tiemblan apenas al dejar la botella de vino sobre la mesa. Pero si hay algo que admiro de Nella es su capacidad para esconder cualquier rastro de vulnerabilidad bajo esa máscara de altivez que parece llevar tatuada en el rostro.

Se inclina un poco para llenar la copa de Artem, que la observa desde su lugar con esa mirada impenetrable que solo él tiene. Mi hermano es un muro. Nadie entra, nadie sale. Y, sin embargo, sé que percibe cada detalle de lo que ocurre a su alrededor, incluso lo que no se dice. En especial eso.

Nella termina de servirle y sigue con Zakrone. Él no le presta atención, concentrado en cortar la carne que tiene en el plato. Pero yo no me distraigo. La sigo con la mirada, atrapado en la forma en que se mueve, en la línea recta de su espalda y en el modo en que sus labios se fruncen cada vez que siente que la estoy observando.

Y lo sabe. Claro que lo sabe.

Cuando llega a mi lado, no necesito mirarla para sentir su presencia. Puedo oler el perfume suave que lleva. Un aroma floral con un toque dulce, sé que es ella, que no es una fragancia en un bote.

Deja la botella junto a mi copa y se queda un segundo más de lo necesario. Lo hace a propósito. Puedo sentir la tensión en el aire, la manera en que su proximidad electriza todo a nuestro alrededor. Es consciente del efecto que provoca y lo utiliza como un arma.

Mi mandíbula se tensa cuando veo como sus dedos rozan la mesa antes de apartarse. Es un gesto pequeño, insignificante, pero me hace pensar en cosas que no debería. En el roce de esos mismos dedos en mi piel. En cómo sería arrancarle esa fachada fría y altiva y descubrir qué hay debajo.

Nella se aparta y da un paso atrás. Sus ojos se alzan por un breve instante para encontrarse con los míos. No sonríe. Tampoco se inmuta.

La observo mientras se aleja hacia la cocina, la cabeza alta, la barbilla alzada. Orgullosa. Desafiante.

Zakrone corta un pedazo de carne y sigue comiendo como si nada. Artem no aparta la vista de la puerta por donde Nella ha desaparecido hasta que vuelve a aparecer.

Y yo me quedo en silencio, con los puños apretados bajo la mesa, preguntándome cuánto más podré soportar este juego antes de romper las reglas.

—Quédate ahí y rellena las copas que te pidamos —le ordeno a Nella cuando veo que, tras terminar de servir todo, se va a retirar a la cocina.

—Déjala ir —me signa Artem.

—Sí, señor —contesta ella a la vez.

Se miran y hay una complicidad que me causa curiosidad y también… ¿celos?

Hablamos de cosa banales, no voy a decir nada sobre mi trabajo que pueda llegar a oídos italianos. Me doy cuenta de que no quiero matarla, de lo contrario hablaría con libertad, pero por un momento me concedo el tiempo para pensar en ello. Hay algo que me atrae de Nella, algo sexual, está claro. Quizás sean las ganas de romper el orgullo de una buena chica italiana, no lo sé, solo que ahora mismo mi polla está demasiado dura como para pensar más allá de echar a todos de aquí y recostarla sobre la mesa para que ella sea mi postre.

No dejo de observarla. Lleva el uniforme del servicio, nada raro ni sexual, aunque queda extraño con las deportivas que luce, son de mi hermano si no me equivoco. Él tiene un pie relativamente pequeño y los pantalones del uniforme tapan por debajo de sus tobillos.

—¿Por qué lleva tus zapatos? —le pregunto a mi hermano después de tirarle un trozo de pan para que me mire por primera vez desde que se sirvió la cena.

—Eran los únicos que le cabían—signa, y frunzo el ceño.

¿Será que tiene los pies feos y enormes? No me he fijado, la verdad, no tengo ningún fetiche raro con eso.

—¿Estás bien? —pregunta Zakrone, y alzo la vista.

Nella está pálida y una gota de sudor recorre su sien derecha. Me levanto y voy hacia ella. Se encoge un poco, ¿me tiene miedo? No me gusta esa reacción en mí.

—¿Qué ocurre? —inquiero, mirándola cara a cara, le pongo la mano en la mejilla para obligarla a mirarme y me doy cuenta de que está ardiendo en fiebre.

Antes de que pueda decir nada, ella simplemente se desploma y la cojo para evitar que se estrelle contra el suelo.

Lo siguiente que ocurre es que escucho una silla caer al suelo. La levanto contra mi pecho y veo a mi hermano comenzar a signar tan rápido, cabreado, que apenas puedo seguirle el ritmo.

—Llama al médico —le pido a Zakrone—, y dime qué cojones está diciendo mi hermano.

Lo hago porque me dirijo hacia una de las habitaciones de arriba con Nella en mis brazos. Para ser exactos, la que está justo al lado de la mía.

—Dice que esto es culpa tuya.

—¿Cómo va a ser esto mi culpa?

—Por lo que le dejaste a Yuri hacer —prosigue Zakrone—. ¿A qué mierda se refiere?

—No lo sé —le contesto sin detenerme.

Cuando llego a la habitación, la dejo sobre la cama mientras Zakrone llama al médico. Estará en menos de diez minutos aquí.

Saco a mi hermano de allí, necesito un momento a solas con Nella.

Cojo una toalla del baño y la mojo. La pongo sobre su frente y trato de pensar. No estaba enferma cuando la he ido a ver. No sé qué ha podido pasar. Entonces recuerdo las palabras de Artem y decido comprobar los puntos de su hombro. Si se le han infectado podría ser la causa de la fiebre. Con las tijeras que saco del botiquín del baño le corto la ropa sin ningún miramiento. Le retiro la gasa y veo que están bien, un poco rojos, como si hubiera hecho algún esfuerzo, pero nada que me indique que hay sepsis.

Escucho revuelo fuera y Zakrone entra con el médico, mi hermano los sigue y pasa de todos nosotros.

Artem le quita los zapatos a Nella y veo que los tiene vendados. No entiendo nada, ¿cuándo se ha hecho esto?

Quita las gasas, que están llenas de sangre, y lo que veo hace que se me revuelva el estómago.

—Joder —murmura Zakrone.

—Esa puede ser la causa de la fiebre —medita el médico, observando lo mismo que yo.

—Es tu culpa, ahora no pongas cara de no saber qué pasa —signa Artem furioso.

—Explícate —le exijo.

—Tú diste permiso para esto, para que la adiestraran mientras no estabas aquí. Eres tan cobarde que no querías ni ver su cara cuando esto sucedió, me das asco —gesticula Artem, y todo es más confuso todavía.

—¿De verdad crees que yo he mandado hacer algo así? —le pregunto, dolido porque pueda pensar que soy capaz de esto.

—Has hecho cosas peores —lo justifica Zakrone.

Y sé que lo hace por mí, no es por hacerme daño, solo para que entienda que no es algo descabellado y que, aunque Artem no lo sepa, sí he hecho antes.

Aunque nunca a una mujer, nunca a un niño y nunca a nadie que no se lo mereciera.

—Artem, cálmate un momento y explícanos qué ha pasado —le pide mi amigo mientras no puedo dejar de mirar los pies destrozados de Nella.

No sé cómo ha sido capaz de mantenerse en pie siquiera.

No veo lo que le contesta, estoy demasiado ocupado lidiando con la culpa de lo que estoy viendo mientras el médico trata de limpiar el destrozo.

—Lev —me llama Zakrone, y levanto la vista—. ¿Te has enterado?

—No, qué ha dicho, ¿quién ha sido?

—Yuri.

Una sola palabra… Y ahora sé que la tormenta ha llegado.



Capítulo 12

Nella

La suavidad de las sábanas me envuelve antes de que pueda abrir los ojos. Es un tacto familiar, el de las telas caras, el de las camas perfectamente hechas, pero algo no encaja. Hay un peso extraño en mi cuerpo, un dolor latente que me recuerda que esta no es mi cama ni mi casa.

Me remuevo un poco y el ardor en mis pies me obliga a detenerme. La punzada es inmediata, filosa, como si la madera del látigo aún estuviera grabada en mi piel. Respiro hondo. No me atrevo a mirarme los pies. Sé lo que voy a encontrar.

El aire es pesado, cargado de ese silencio que solo existe en los lugares donde la gente poderosa duerme tranquila. Conozco bien esa calma. Crecí rodeada de lujo, en casas que olían a madera pulida y a perfumes caros. Pero lo que me rodea ahora tiene un peso diferente. Aquí la riqueza no es para presumir. Es una declaración silenciosa de poder.

Mis ojos recorren la habitación. Las paredes son oscuras, sobrias. Todo en este espacio es sólido, resistente, construido para durar. Alguien que nunca espera perder lo ha decorado.

Y allí está él.

Lev.

Está sentado en una butaca junto a la cama, inmóvil. El respaldo de cuero negro parece moldeado a su figura, como si esa silla fuera su trono, incluso en su descanso.

Duerme. La cabeza inclinada hacia un lado, la barbilla rozando su pecho. No hay rastro del hombre implacable que he visto tantas veces. Con los ojos cerrados y los músculos relajados,

parece alguien diferente. Más humano.

Pero sé que no lo es.

Incluso dormido, su presencia llena la habitación. La manera en que sus manos descansan sobre sus rodillas, grandes y fuertes, me recuerda que esas mismas manos han decidido el destino de otros hombres. Esas manos que ahora están quietas, en reposo, han empuñado armas y derramado sangre sin dudarlo.

Me cuesta apartar la vista de él. Hay algo en la quietud de su respiración que me atrapa. La forma en que sus hombros se alzan y descienden con lentitud, como si incluso en sus sueños cargara con el peso del mundo.

La manta sobre mí es gruesa y cálida, pero no lo suficiente para ahogar el frío que siento en el pecho. Porque sé que no debería estar aquí. Y, sin embargo, Lev está aquí también.

¿Por qué no se ha marchado? ¿ Por qué no me ha llevado de vuelta a mi celda?

Cierro los ojos por un instante, intentando ordenar mis pensamientos. Pero todo lo que siento es la quemazón en mis pies, el peso del cansancio en mis huesos y la incómoda certeza de que, por alguna razón que no comprendo, Lev no me ha dejado sola.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, aún sigue allí. Inmóvil. Silencioso. Un guardián en la penumbra.

Trato de moverme, me duele todo el cuerpo, pero intento salir de la cama, es el momento de escapar.

—No tienes fuerzas para moverte, no lo intentes —dice un soñoliento Lev sin siquiera abrir los ojos.

—Podría haberte matado.

Su respuesta es una sonrisa. Una de verdad, una que no había visto antes.

Abre los ojos y se despereza, su movimiento hace que me eche un poco para atrás, una reacción instintiva. La mueca de disgusto en su cara me dice que no le ha gustado.

—Llevas dos días en cama. Te han administrado comida por vena, también antibióticos. Tus pies están mejor, pero si te duelen el médico ha dejado unas pastillas —me explica como si fuéramos amigos.

No entiendo nada, podría estar en una dimensión paralela y todo tendría más sentido que esto, mucho más sentido.

Se acerca a la cama y se sienta sobre ella, sigo manteniendo la distancia, pero por algún motivo sé que estoy a salvo. ¿Qué demonios le pasa a mi cerebro?

—Artem me contó lo que ocurrió. Yo no fui quien ordenó que te hicieran eso.

—¿Por qué debería creerte?

—No lo sé, solo te pido que lo hagas. Te aseguro que no me tiembla la mano para rajarle el cuello a cualquiera que suponga un peligro para mí o mi familia, pero nunca atacaría a una mujer en mitad de la noche, y mucho menos ordenaría que alguien lo hiciera por mí.

—¿Ni siquiera si yo hubiera matado a tu prima? —le digo, tratando de llevarlo al límite.

Aunque no sé por qué trato de hacer eso, tendré instintos suicidadas o me estoy volviendo loca.

—Ambos sabemos que tú no fuiste.

—Entonces, ¿por qué sigo aquí?

—Porque de momento necesito que así sea.

—No es una respuesta.

—Lo es, aunque no una que te guste.

Alzo las cejas y vuelve a sonreír de manera genuina.

—Nella, quiero que sepas que siento lo que te ha pasado, aunque no fui yo quien lo ordenó, fue alguien bajo mi mando, y quiero pedirte disculpas por ello.

Sus palabras me dejan totalmente desconcertada. Nunca en la vida imaginé a un hombre como él pedir perdón. Me he criado entre machos alfa que creen que tienen una polla de oro que les concede el derecho de hacer lo que les dé la gana y no tener que pedir disculpas si se equivocan. Esto es algo nuevo para mí.

—Si pedir perdón era lo que hacía falta para dejarte sin palabras, lo hubiera hecho antes —se burla, y le saco la lengua.

—Me resulta extraño que lo hagas, no te voy a mentir.

—Cuando me equivoco lo reconozco, aunque eso sucede tan pocas veces que se podría considerar una rareza.

Ruedo los ojos y me recuesto en las almohadas. He de reconocer que son cómodas y que huelen genial.

—¿Cuándo volveré a mi celda? —le pregunto de forma directa y él niega con la cabeza.

—Se acabaron las celdas para ti.

—Si llego a saber que dejar que me torturen es la solución para cambiar de habitación…

Algo oscuro pasa por sus ojos y hace que me estremezca, pero no de miedo.

—Tienes que prometerme que no tratarás de escapar y puedes quedarte en esta habitación.

—Bien, si quieres que te mienta lo hago sin ningún problema.

Sonríe de medio lado.

—¿Siempre eres tan directa?

—¿Siempre esperas que la gente no lo sea?

—¿Entonces prefieres volver a tu celda?

—No, quiero saber por qué debería quedarme aquí cuando ya sabes que yo no tuve nada que ver con lo de tu prima.

Omito que desde luego que me da igual la razón, voy a tratar de escapar de cualquier modo, no soy gilipollas.

Voy a reconocer que este tío me pone cachonda, pero no estoy tan loca como para quedarme solo porque me apetezca que me folle hasta perder el sentido.

—¿Si te lo digo te quedarás?

—Prueba.

Me mira y trata de pensar en mis palabras. No me conoce lo suficiente como para saber que siempre voy a buscar un escape y volver con mi familia.

—Necesito que me enseñes a hacer algunos explosivos.

—¿No conoces a nadie más que pueda hacer eso?

—No del tipo que tú puedes.

Sonrío, sé a lo que se refiere.

—Fuego azul.

—Así es, *Porokhováya Féya.*

—¿Y yo qué gano enseñándote? ¿Cómo sé que no lo utilizarás contra los italianos o que me matarás?

—No lo sabes, *Porokhováya Féya*, en eso se basa la confianza. Como yo tampoco sé que no te vas a escapar o tratar de matarme. Además, me debes un favor —me recuerda.

Porque eres un idiota arrogante después de todo.

—Muy bien, pero necesito una prueba de buena fe —le digo, tratando de conseguir algo que no creo que me dé.

—¿Qué quieres?

—Hablar con mis hermanas para que sepan que estoy bien.

—No.

—Bien —digo, moviendo las mantas a un lado y dejando mi cuerpo casi desnudo, salvo por una camiseta, al aire—. Entonces me iré a la celda de nuevo, ¿por dónde se va?

Sus ojos se clavan en mis piernas y me siento más desnuda todavía. Pasa la lengua por sus labios y eso me pone cachonda. Joder, ¿qué me pasa con este tío?

—Está bien, una llamada, con altavoz, y si dices algo que no debas…

—Sí, lo sé, me matarás a mí, a mi familia, a la vaca y blablablá.

Suelta una carcajada que provoca que se me erice la piel.

Mierda, esto no es bueno.



Capítulo 13

Lev

Sé que puede ser una cagada enorme confiar en ella para esta llamada, pero en parte es cierto que necesito su ayuda con crear bombas de fuego azul. Aunque no me voy a engañar, el hecho de pensar en dejarla ir no me gusta demasiado.

El médico revisa sus pies y le cuenta que están mucho mejor, que aún le quedan algunos días para poder caminar sin que le duela, pero que la cosa va bien.

Todavía no he encontrado a Yuri, el muy hijo de puta salió corriendo, literalmente, en mitad de la noche. A los que sí pude dar caza es a los dos que la sujetaron. Esos llevan ya horas pidiendo que los mate, colgados de las celdas del segundo nivel, pero eso no va a pasar en un futuro cercano.

—Regresaré en unos días para comprobar que todo sigue igual de bien —dice el médico antes de salir, y la sonrisa que le da Nella me hace pensar en que es tiempo de cambiar de doctor a uno más viejo y feo.

—No, no me gusta —le dice Nella a mi hermano sonriendo.

—Él te ha puesto ojitos —le signa, y miro hacia la puerta frunciendo el ceño.

—Necesito que te encargues de lo que te pedí sobre los irlandeses —gesticulo hacia mi hermano, y él hace un pequeño mohín.

Nella es como un planeta, no, como un sistema solar, tiene la fuerza para atraer a muchos y hacerlos girar a su alrededor admirándola.

—Bueno, supongo que es mi momento de llamar —dice alegre.

Asiento. Le prometí que si aguantaba dos días en cama recuperándose y el doctor veía mejoras, tendría su llamada.

—Pero hay normas, unas que tienes que cumplir.

—Lo suponía, aunque no prometo nada —suelta tan directa como siempre.

Se ha criado en un mundo de poder, aunque uno muy diferente al mío. En el suyo se hereda, en el mío se gana. La crueldad de un tirano solo la supera el que lo mata y se hace con su puesto. En mi caso, en estos momentos, soy el tirano más grande de Rusia.

Es curioso como los recuerdos vienen a tu mente cuando quieren, por mucho que hayas querido enterrarlos al fondo de tus pensamientos.

El aire huele a humedad y a miedo contenido. La penumbra del almacén crea sombras alargadas en las paredes, como si incluso el espacio quisiera escapar de lo que va a suceder aquí. Todo está en silencio, salvo por el sonido del reloj en la pared. Tic. Tac. Como un recordatorio constante de que el tiempo nunca se detiene, ni siquiera para los que están a punto de morir.

El chico está sentado en la silla de metal. Las esposas le sujetan las muñecas con fuerza, pero no se mueve. Su ropa, antes impecable, ahora está manchada de tierra y sudor. Aun así, mantiene la cabeza alta. Orgullo. Es lo último que queda cuando todo lo demás te ha sido arrebatado.

Lo observo desde mi posición, con los brazos cruzados, inmóvil como una sombra más en la habitación. No debería importarme quién es ni lo que le va a pasar. Pero hay algo en su calma que me irrita. Nadie debería estar tan sereno en un lugar como este. Nadie debería mirar a la muerte de frente con tanta dignidad.

El phakan *se acerca a él. Siempre le ha gustado tomar el control de las situaciones. Yo, en cambio, prefiero observar desde las sombras. Aprendí hace mucho que el verdadero poder no está en las palabras, sino en los silencios.*

El chico levanta la cabeza y lo mira. Por un momento, sus ojos parecen vacíos. Perdidos. Pero entonces algo cambia. Su expresión se endurece y un destello de reconocimiento cruza su rostro.

Ese instante lo cambia todo.

El phakan *no lo nota al principio. Pero yo sí.*

Lo veo en la forma en que los hombros del chico se tensan, en el leve arqueo de sus cejas, en la mirada que pasa de ser neutral a cargada de algo más peligroso: conocimiento.

Sabe quién es.

El silencio que sigue es pesado. Sofocante. El phakan *le extiende el teléfono para la llamada de prueba. Es un gesto mecánico, uno que hemos repetido cientos de veces antes. El chico lo toma, pero sus ojos no se apartan del rostro de mi jefe.*

Cuando la llamada se conecta, el chico habla con calma. Las palabras son claras, precisas, sin rastro de miedo. Dice su nombre, confirma que está vivo. Pero no se detiene ahí. Su tono cambia, se vuelve más frío, más letal. Y entonces lo dice.

Dice su nombre.

El nombre del phakan.

Por un segundo, el aire se congela. Las palabras parecen rebotar en las paredes, resonando una y otra vez en mi cabeza.

Lo conoce.

El phakan *permanece impasible, pero yo sé lo que eso significa. No hay espacio para errores en nuestro mundo. No hay lugar para cabos sueltos. Si ese chico sabe quién lo ha tomado, si puede identificarlo, entonces está muerto. Y no solo él.*

La sangre llama a la sangre.

El phakan *me lanza una mirada rápida. No hay órdenes explícitas. No las necesito. Esto no es una decisión. Es una sentencia.*

Horas después, cuando la casa de los Vasiliev queda en silencio y el suelo está cubierto de cuerpos, entiendo la lección que el phakan *quería darme. No se trata solo de borrar al que habla, sino a todo aquel que pueda recordarlo.*

No dejo cabos sueltos. Nunca más.

Pero esa noche, cuando cierro los ojos, lo veo a él. El chico en la silla. Y la manera en que pronunció el nombre del phakan *sin temblar.*

A veces, incluso los muertos pueden perseguirte.

Miro a Nella y veo a ese chico delante de mí, y tengo miedo, porque si ella habla tendrá que morir. Esto es un salto de fe que no he dado antes, nunca secuestro y dejo que llamen, no desde ese chico, pero ahora… Ella lo hace diferente.

—¿Dónde has ido? —pregunta, devolviéndome al aquí y ahora.

—A un lugar que no querría haber visitado.

—Te entiendo.

Y no lo dice con burla, lo hace con el poder que te da haber pasado cosas complicadas. Sé

sobre su secuestro, eso jode la mente de cualquier niño.

—Entonces queda claro, ¿no? —pregunto una vez le explico cómo van a ir las cosas.

—Que sí, que no voy a delatarte ni a poner en riesgo a nadie.

—Bien.

Saco el móvil desechable y también mi pistola, le tiendo el primero y cargo la segunda. Ella me mira y entiende las consecuencias. Esto no es una broma. Acción reacción.

El tono suena tres veces antes de que la voz de una mujer se escuche al otro lado.

—¿Sí?

—Seren, soy yo, Nella.

—¿Nella? Oh, Dios mío, ¿de verdad eres tú? Pensaba que estabas muerta, joder, ¡Nico!

—Escúchame, no tengo mucho tiempo, pero quería que supierais que estoy bien. Papá nos tendió una emboscada, pero logré escapar. Me ayudaron algunas personas que ahora no puedo decir a cambio de un favor. Estoy trabajando con ellos.

—¿Quiénes son? ¿Dónde estás?

—¿Vendrás en el *jet* privado? ¿Y le dirás a Nico que vas a por tu traje de novia de nuevo? Porque con lo embarazada que estás dudo que te deje salir de casa —se burla—. Solo tienes que saber que os quiero, que estoy bien y que volveré pronto.

La miro y sé que hay algo más que quiere decir, pero no lo hace, espero que no sea nada que me delate.

—Llevamos buscándote…

—No digas el tiempo, prefiero no saberlo, así todo es más sencillo —la corta.

No tiene idea de cuánto tiempo lleva aquí.

El llanto al otro lado de la línea no tarda en llegar.

—Pensaba que tú también estabas muerta —solloza.

¿También?

—Entonces, Fiore…

Y me doy cuenta de que es esa la pregunta que no se atrevía a hacer.

—Encontraron un cuerpo calcinado con algunas cosas de ella alrededor, pero no se ha podido certificar que sea ella. Aunque la hemos enterrado, lo siento, no pudimos esperar…

—No es ella —dice Nella convencida—. Fiore no dejaría jamás que nadie la matara de una forma tan absurda.

—En el fondo quiero creer que no es ella, pero las pruebas…

—¿La habéis enterrado con sus libros?

Eso es raro.

—Sí.

—Bueno, pues cuando la encuentre tendréis que ayudarme a sacarlos de ahí.

La línea se queda en silencio y Nella me mira por primera vez. Tiene lágrimas en los ojos sin derramar, pero pone su mejor sonrisa.

—Te quiero mucho, dile a Ori que a ella también, y a Nico, e Irina, a todos menos a Roma, dile a él que no puedo quererlo después de que lo último que le viera hacer fuera a Dumbo.

Ambas hermanas se ríen. Se escucha el sonido de un hombre amenazando con matar a alguien por hacer llorar a su mujer y después Nella cuelga.

Sin que yo le diga nada, saca la tarjeta sim y la deja sobre la mesilla, me acerco y con la culata la destrozo.

Luego, no sé muy bien por qué, dejo el arma a un lado, me siento junto a ella y abro mis brazos.

Nella no lo duda y se mete en ellos, haciendo que mi corazón se acelere como si nunca hubiera dejado de latir por toda la sangre derramada que tengo en mis manos.



Capítulo 14

Nella

Vale, no sé en qué momento pensé que era buena idea meterme entre los brazos del ruso, pero joder, es que se está muy a gusto aquí.

Respiro hondo y me separo, no porque quiera, sino porque mi cabeza me dice que lo haga y ella suele ser la sensata en cuanto a hombres se refiere.

—Siento lo de tu hermana. —Y parece que lo dice en serio.

—No hay nada que sentir, ella sigue viva.

—Si tú así lo crees, entonces así será.

—No es que lo crea, es que ahora mismo no puedo permitirme que sea de otra manera o enloqueceré, y hazme caso, no me quieres ver perdiendo la cabeza.

Le sonrío mientras me desplazo al otro lado de la cama para salir de ella, necesito un poco de distancia de este hombre ahora mismo.

—¿Dónde vas? —pregunta alarmado mientras hace la croqueta en la cama para acabar al otro lado delante de mí.

—A mear —suelto sin ningún tipo de vergüenza.

Entrecierra los ojos y se da cuenta de que hasta ahora no había caído en cómo lo estaba haciendo hasta ahora.

—¿Te has puesto de pie?

—No, me dejo caer al suelo y ruedo como una patata hasta el baño —contesto rodando los ojos, y él gruñe.

Antes de que pueda decir nada, me alza en brazos y me lleva al baño.

—Ni de puta coña pienses que voy a hacer mis necesidades contigo delante, además, tengo que cambiarme la copa.

Hace un gesto como de asco y me río. Hombres, son todos iguales cuando hablamos de menstruación. Al menos no sabe que le estoy mintiendo, ¿cuánto cree que dura la regla?

—Te dejo aquí y cuando acabes te recojo, no quiero que camines, por favor.

Lo pide en un tono que me deja claro que el verme sufrir por su culpa no le gusta. Así que aflojo un poco.

—Hagamos una cosa, yo hago mis necesidades, me ducho y después empezamos las lecciones de psicópata con bombas nivel uno, ¿te parece?

—Solo si en la ducha te sientas en un taburete que te traiga y esperas a que te pueda coger para ir donde tengo instalado el taller de psicópatas.

Me río y asiento.

—Pero nada de llevarme como a una dama en apuros.

—Entonces, ¿cómo?

—A caballito —le suelto, él se ríe y asiente.

Parece que esto va a ser divertido después de todo.

Termino lo más rápido que puedo, no porque no quiera hacerlo esperar, sino por el hecho de que no quiero estar a solas con mis pensamientos.

Siempre he tenido una conexión especial con Fiore, adoro a Seren y a Ori, pero ella y yo, al ser las pequeñas, como que estábamos unidas de cierta manera. Estaba convencida de que si alguna vez le pasaba algo yo lo sabría, en plan conexión de gemelos y eso. Ahora…

El ruso cumple y me espera fuera de la ducha, se las arregla para traerme algo de ropa cómoda y me carga a caballito, lo cual es realmente divertido, sobre todo cuando pasamos por delante de alguno de sus hombres, que no saben cómo reaccionar.

Llegamos a una especie de taller, por donde está colocado creo que es un garaje o un anexo, no me queda claro.

—¿Esto es seguro? —pregunto mientras me deja sobre una enorme mesa de metal y me siento a lo indio.

Mis pies se resienten un poco, pero es la posición más cómoda para mí, al igual que para

Fiore.

No, joder, aparta eso de tu mente.

—Sí, en caso de que nos hagas explotar esto lo contendrá —contesta, golpeando la pared y después señala al techo—, y ahí tienes aspersores de diferentes sustancias, dependiendo de lo que detecte el sensor.

Asiento alucinando por lo que tiene aquí montado y me pregunto para qué lo mandó construir si yo no llevo aquí tanto como para haber podido hacerlo después de que Yuri me trajera.

—Muy bien, empecemos entonces.

No sé las horas que pasan allí dentro, pero nos traen la comida y la merienda, así que calculo que demasiadas.

—Esto es una bomba, Lev. No un *soufflé* —me burlo cuando trata de hacer arder una pequeña montañita de compuestos que he mezclado delante de él.

Me mira con esa expresión que siempre tiene: una miscelánea de paciencia infinita y «no me jodas», que parece tatuada en su cara. Pero hoy, por primera vez, veo que está confundido. Perfecto. Me encanta descolocarlo.

Sobre la mesa tenemos los materiales que he logrado reunir en este sitio. Una botella de plástico, cinta adhesiva, clavos y un puñado de químicos que parecen inofensivos, pero que juntos pueden convertir una puerta blindada en confeti. Lev cruza los brazos sobre el pecho y arquea una ceja, como si quisiera preguntarme si estoy bromeando.

No lo estoy.

—Vamos, no es tan complicado —le digo mientras recojo uno de los frascos y lo agito en el aire—. Es como hacer un cóctel explosivo. Solo que, en lugar de emborrachar a tus amigos, los mandas directos al infierno.

Su mirada se endurece un poco, pero puedo ver el brillo de curiosidad en sus ojos. Lo tengo.

—Primero, eliges el contenedor —explico, levantando la botella de plástico—. Esto es clave. Demasiado grande y llamas la atención. Demasiado pequeño y no hará ni cosquillas.

Lev asiente con lentitud. Está escuchando. Muy bien.

—Luego, los clavos. Porque, seamos honestos, una explosión sola no siempre es suficiente. —Dejo caer un puñado sobre la mesa, haciendo que resuenen con un tintineo metálico—. Esto es lo que convierte el estallido en una obra de arte.

—¿Arte? —pregunta, aunque más con los ojos que con la boca.

—Claro que es arte. Todo depende de la creatividad del artista.

Lev niega con la cabeza, pero su boca se curva ligeramente hacia arriba. No lo admite, pero está entretenido.

Tomo uno de los frascos de productos químicos y se lo paso.

—Esto es nitrato de amonio. Y no me lo vuelvas a confundir con azúcar glas porque podrías acabar sin cejas.

Lev lo inspecciona como si esperara que el frasco le hablara. Me muerdo la lengua para no reír. Es ridículo que alguien como él, que no tiembla al apretar un gatillo, se vea tan desconcertado por algo tan básico como esto.

—La clave está en la mezcla —continúo—. Si te pasas con los químicos, te explota en las manos. Si usas poco, será un fracaso. Todo es cuestión de proporciones.

Lev deja el frasco en la mesa y se inclina hacia mí, sus ojos fijos en los míos.

—¿Y el detonador? —pregunta, sin decirlo en voz alta, pero sé que está ahí en su mirada.

Sonrío. La parte divertida.

—Ah, el detonador es mi favorito. —Recojo una mecha improvisada y la coloco en la botella —. Este pequeño milagro es lo que le da vida al *show*. Sin él, todo esto es solo un montón de cosas inútiles.

Lev asiente, como si ya lo entendiera. Pero veo la pregunta en su expresión.

—¿De dónde aprendiste todo esto?

No lo digo. No hace falta. Crecer en una familia mafiosa tiene sus ventajas. Lo que sí hago es darle una palmada en el hombro y guiñarle un ojo.

—Bienvenido al mundo de las chicas peligrosas, Lev.



Capítulo 15

Lev

¿Es muy raro que me ponga cachondo ver a Nella manejar explosivos? Porque llevo como diez días con la polla como un mástil de barco y, por más que me masturbo en la ducha pensando en ella, no deja de volver a enderezarse en cuanto empiezan las lecciones de psicópatas con bombas.

Tengo que reconocer también que he disfrutado y aprendido en cada una de sus lecciones. Me parece increíble que entienda tanto de esta mierda. Joder, ni siquiera sabía que había tantas cosas que aprender.

Hoy es el día en que el maestro se convierte en alumno, bueno, alumna. Voy a enseñarle cómo tirar estrellas ninja, ya que sus pies están curados y su hombro prácticamente también.

Todavía me hierve la sangre cuando pienso en lo que Yuri le hizo. Cuando lo encuentre va a recibir el mismo trato en cada milímetro de su piel, hasta que se le caiga a tiras.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunta cuando ve las estrellas ninjas con *brilli* que le he preparado.

Nella me mira con los brazos cruzados y una ceja levantada, como si acabara de descubrir que le estoy enseñando a lanzar estrellas ninja por puro capricho. Y, siendo honesto, lo estoy disfrutando más de lo que debería.

—¿Qué? ¿No me digas que nunca has visto una personalizada? —pregunto, sosteniendo una de mis estrellas entre los dedos. Es de acero pulido, con las puntas afiladas a la perfección. Letal,

rápida, silenciosa. El arma perfecta para alguien que no quiere dejar rastro.

Nella se encoge de hombros.

—Es que la clase de ninjas estaba llena y solo me quedó hueco en la de *ballet*.

Esa imagen me hace reír. Nella en un tutú rosado, practicando piruetas mientras lanza estrellas ninja. Imposible. Aunque, por alguna razón, me gusta pensar que, si alguien pudiera hacerlo, sería ella.

Le lanzo una de las estrellas. La atrapa al vuelo, sin vacilar. Sus dedos la rodean con una naturalidad que me hace ver que esto le va a gustar más de lo que admite.

—Bien. Ahora, posición de ataque.

—¿Qué posición de ataque? ¿Me estás diciendo que hay una forma correcta de lanzar una cosa que parece sacada de una película de Bruce Lee?

—¿Quieres aprender o no?

Se queja en voz baja, pero da un paso adelante. Se coloca frente al blanco improvisado: un tablón de madera que he colocado contra la pared de la cocina.

—Pies separados, firme pero relajada. —Me acerco y le coloco las manos en los hombros para ajustar su postura. La noto tensarse al principio, no obstante, luego cede. Se acostumbra a mi toque más rápido de lo que esperaba.

—El truco está en el movimiento de la muñeca —le explico, sosteniendo su brazo para guiarla —. No necesitas fuerza. Solo precisión.

Nella me lanza una mirada por encima del hombro.

—¿Así que la fuerza no importa? Eso explica muchas cosas.

Sonrío. Siempre tiene que soltar alguna.

—Prueba.

Ella levanta el brazo, apunta al blanco y lanza la estrella. El sonido metálico corta el aire, pero la estrella pasa de largo, rebotando en la pared antes de caer al suelo con un golpe sordo.

Nella se gira hacia mí, frunciendo el ceño.

—Bueno… no ha sido un completo desastre —digo, conteniendo la risa.

—¿No ha sido un completo desastre? —repite, arqueando una ceja—. Ha sido un desastre monumental.

—¿Quieres rendirte?

—Ni hablar.

Recojo otra estrella y se la paso. Esta vez, sus movimientos son más precisos. La veo concentrarse, los labios apretados, la mirada fija en el blanco. Me gusta ese lado de ella. El lado que no se da por vencida.

Cuando lanza de nuevo, la estrella se clava en el tablón. No en el centro, pero suficiente para que sonría con satisfacción.

—Ahí está. —Cruzo los brazos y asiento—. ¿Ves? No es tan difícil.

Nella se gira hacia mí, sus ojos brillando de emoción.

—Puede que hasta me guste esto.

—Te lo dije.

—¿Qué sigue? ¿Katana? ¿Nunchakus?

—Paso a paso.

Pero mientras la observo recoger otra estrella, sé que ya la he perdido. Esto le gusta. Y a mí me gusta verla así.

Practicamos y nadie entra en la cocina, menos mal, porque se ha cargado un frutero, dos botes de pasta, uno de especias y la nevera ahora tiene un par de marcas extras.

—Se me da mejor que a ti hacer explosivos.

—Porque esto es más fácil —la pico, y ella cae.

—No es más fácil, es que soy más lista.

—Bien, entonces prueba a lanzar dos a la vez —la provoco, y ella accede de inmediato.

Se coloca en posición y lanza, pero no le da ni de cerca y la carcajada que suelto hace que me dé una muy mala mirada.

—Lo siento, es que ha sido penoso.

—Hazlo tú a ver.

Me reta, y asiento porque ella no sabe que he pasado horas practicando. Al principio era algo divertido, no sé, lanzar estrellas ninja como en las pelis. Pero he de reconocer que es un método efectivo y silencioso.

Me coloco y la miro, está parada delante de mí, desafiante. No dejo que mis ojos abandonen los suyos en ningún momento y lanzo ambas estrellas a la vez, justo por encima de sus hombros, y no tengo que mirar para saber que he dado en el blanco.

—Has acertado, ¿verdad? —pregunta, sabiendo la respuesta.

—¿Tú que crees?

—Que te lo tienes muy creído.

—¿Te enseño? —inquiero, y el brillo en sus ojos lo dice todo.

Se acerca a la tabla de madera y arranca ambas estrellas, luego llega y se coloca donde yo estaba y me pide que ocupe su posición.

—Quizás deberías subirte a algo —me burlo al ver que ella apenas me llega a los hombros.

—Tranquilo, que sé cómo alcanzar donde necesito.

—Bien, entonces colócate en posición —le pido, y abre un poco las piernas para estabilizarse.

Coloco mis manos en su cintura. La piel desnuda que queda entre la camiseta y el pantalón está caliente y es suave. No me resisto y la acaricio con el pulgar. Ella me mira, pero no dice nada. La acerco un poco más a mí y paso mis manos a sus muñecas. Le explico el gesto y el hecho de que nuestros alientos se crucen provoca que tenga ganas de besarla. Quizás si ella diera el paso…

—Solo tienes que balancear el peso justo aquí —le indico, y ella cae contra mi pecho.

Me mira desde abajo y mi polla salta en los pantalones queriendo decir algo.

—Bien.

—¿Preparada? —pregunto, y su sonrisa hace que me dé cuenta demasiado tarde de su jugada.

Antes de que pueda detenerla me da un rodillazo, me agacho y ella lanza por encima de mis hombros. Una de las estrellas acierta, la otra cae contra los azulejos.

—No ha estado mal, ¿no? —Se ríe, y la atrapo por detrás cuando pasa a mi lado, olvidando el dolor de huevos que tengo ahora mismo.

La levanto en el aire y ella patalea.

—Suéltame —gruñe.

—¿Ya no te ríes?

Forcejea conmigo y acaba dándole patadas a la encimera, tirando todo lo que hay encima hasta que grita.

—¡Ah! ¡Qué daño! —se queja, y la bajo de inmediato, asustado.

—¿Estás bien?

Ella aprovecha para cogerme la muñeca y retorcerla en un giro que, junto a una llave, me deja tirado en el suelo con ella bloqueándome el cuello con su pierna.

—Hay algo que deberías saber —comienza—, y es que todos los hombres creéis que somos damas en apuros, por mucho que os demostremos que podemos patearos el culo. Y yo siempre me aprovecho de ello.

Hago un movimiento que aprendí en el Ejército, y antes de que ella pueda darse cuenta la tengo debajo de mí, con mi peso sobre su cuerpo, obligándola a permanecer quieta y muy muy cabreada.

—Hay algo que deberías saber —la imito—, y es que no soy como los otros hombres que hayas conocido en tu vida.

Clavo mi entrepierna un poco para que vea lo dura que la tengo y ella abre los ojos sorprendida.

—Oh, joder, qué asco, ¿haces esto en la cocina?

La voz de una mujer que conozco muy bien me llega desde la derecha. Alzo la vista y la veo parada en la puerta con los brazos cruzados.

—¿Y tú quién eres? —pregunta Nella, todavía debajo de mí y sitiándome en su centro.

—¿Yo? Yo soy la mujer de su vida.

Genial, ahora sí que estoy jodido.



Capítulo 16

Nella

—¿Y se lo has dicho a su polla? Lo de que eres la mujer de su vida y eso, porque ahora mismo te aseguro que no está pensando en ti.

Lo suelto antes de que pueda pensarlo y me arrepiento de ello como dos segundos después.

Lev me mira divertido alzando una ceja y la mujer, que no tengo idea de quién es, pero luce como una modelo, se ríe y mueve la cabeza.

—Vaya, esta me gusta.

—Yuju —gruño mientras trato de que el ruso se levante.

Para cuando lo hace, Zakrone entra a la cocina y mira alrededor.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Estaba enseñándole a Nella a tirar estrellas ninja.

—En la cocina.

—Sí, en la cocina, hay tablas de madera y eso.

—¿Te has fijado que ahí fuera tienes hectáreas llenas de árboles? Sí, esas cosas de ramas y tronco que son de… Madera —se burla Zakrone, y sigo sin saber muy bien cómo comportarme ahora mismo.

Desde la llamada a mi hermana he tenido cierta libertad. No he vuelto a la celda, duermo en la habitación contigua a la de Lev y puedo moverme más o menos por donde quiera. No es que no

piense en escapar, lo hago, solo que en mi cabeza pasan cosas que no comprendo todavía y otras que no quiero enfrentar. Así que ahora mismo este es el mejor lugar para mí, al menos lo era hasta ahora.

—Hola, soy Lucía —se presenta, y me doy cuenta por como Zakrone pasa su brazo por la cintura de ella que debe ser su mujer.

Joder, soy idiota.

—Ella es Nella, aunque parezca que no tiene modales es una buena chica italiana —se burla Lev, y le doy un codazo fuerte en las costillas que hace que se queje y Lucía se ría.

—Necesito hablar contigo acerca de los adornos que vas a querer para la habitación que estamos preparando en la casa nueva para ti —le dice despreocupada.

—¿Qué más me da?

—Porque no te quiero oír llorar luego sobre que el cuarto es demasiado femenino, o que tiene mierda con puntilla o cosas así. Por lo que ahora mismo te vas a sentar conmigo a decidir los colores —le gruñe, y me doy cuenta de que la dinámica que tienen es como de hermanos.

Otra patada mental que me doy.

—Iré a practicar fuera —les digo a todos y a ninguno a la vez.

Por un momento creo que Lucía va a decirme que me quede, pero Zakrone le toca levemente el brazo y niega con la cabeza. Supongo que no me quiere cerca de ella.

∞∞∞

La madera del árbol está hecha trizas, pero no me detengo. Mis dedos aprietan otra estrella ninja y la lanzo con fuerza, con más rabia que técnica. El metal corta el aire, gira como una sombra plateada y se clava a un lado del blanco, fuera del centro.

No es suficiente. Nada lo es ahora mismo.

Recojo otra estrella del suelo y aprieto los dientes. La piel de mis manos está roja y los dedos entumecidos, pero no me importa. Necesito desquitarme, y este es el único modo en que puedo hacerlo sin quedar más en evidencia.

Lucía.

El nombre resuena en mi cabeza como un maldito eco.

La escena sigue fresca en mi mente. Lucía entrando en la cocina con esa sonrisa radiante, como si perteneciera a este lugar. Como si conociera cada rincón, cada secreto. La manera en que Lev la miró —relajado, cómodo— me hizo hervir la sangre. Yo no sabía quién era. Nadie me lo

explicó. Y, como la idiota que soy, me quedé allí, con los labios apretados y los puños cerrados, mirándola como si quisiera borrarla del mapa.

Parecía demasiado cómoda con él. Como si fuera algo habitual que entrara sin avisar.

Y yo… yo reaccioné.

El simple recuerdo me hace lanzar otra estrella con más fuerza de la necesaria. Se clava en la madera con un golpe seco, pero no me calma.

No lo voy a admitir en voz alta, pero lo sé. Me ardía la piel al verla allí, cerca de Lev. Al verla sonreírle como si él le perteneciera.

Y luego…

Luego Zakrone entró en la cocina y la abrazó por la cintura. Su mujer.

Debería haberme reído de mí misma, aliviada por el malentendido. Pero no. Todo empeoró cuando vi como Lev la miraba.

No con deseo ni con interés, sino con algo peor: cariño.

Él la trata como a una hermana, y ella a él como a un hermano mayor. Y eso… eso me deja a mí como la lunática que habló de la polla de Lev porque estaba ¿celosa? No puede ser.

Recojo otra estrella ninja y la giro entre los dedos. La sensación fría del metal me calma un poco. Respiro hondo, tratando de despejar mi mente, pero no funciona.

¿Por qué estoy así?

No debería afectarme. No debería importarme quién lo rodea ni a quién le sonríe. Lev es Lev. Frío, calculador, distante. El hombre que mata sin pestañear y que guarda secretos como si fueran monedas en un cofre. No debería querer nada de él.

Y, sin embargo, aquí estoy.

Lanzo otra estrella, esta vez con más control. Se clava justo en el centro del tablón.

Perfecto.

Me agacho para recoger más estrellas, pero mis pensamientos siguen golpeándome. La forma en que Lev se relajó cuando Lucía entró en la habitación… yo no lo he visto así conmigo. Siempre está tenso, siempre alerta. Como si esperara que yo haga algo impredecible.

¿Es porque no confía en mí? ¿O porque no le importo lo suficiente para bajar la guardia?

Esa última pregunta me quema más que cualquier herida.

Recojo otra estrella, pero esta vez mis manos tiemblan ligeramente. El metal resbala entre mis dedos, y la dejo caer al suelo con un golpe seco.

No debería importarme.

Pero me importa.

Reprimo un suspiro y me dejo caer contra el tronco. El frío de la corteza me atraviesa, no obstante, lo agradezco. Necesito algo que me haga sentir otra cosa que no sea esta rabia, este estúpido dolor en el pecho.

Me siento como una niña pequeña, enfadada porque alguien no la ha mirado como ella quería. Ridícula.

Cierro los ojos por un momento y dejo que el silencio me envuelva. Pero incluso con los ojos cerrados, veo su rostro. Esa mirada intensa, esos ojos que parecen ver más de lo que deberían. La forma en que sus labios se curvan apenas, como si nunca pudiera relajarse del todo.

Me pregunto cómo sería si alguna vez me mirara a mí así. No con frialdad, no con distancia, sino con esa misma calidez que le mostró a Lucía.

Me levanto de un salto, como si ese pensamiento me quemara.

No. No voy a caer en eso.

Recojo la estrella que dejé caer y la lanzo con precisión. Se clava en el centro del tablón, pero esta vez no siento satisfacción.

Porque sé que, por más estrellas que lance, por más que intente distraerme, no puedo borrar lo que siento.

Y lo peor es que, por mucho que lo niegue, cada vez que pienso en él, cada vez que me habla o me mira, una parte de mí desea algo que nunca debería desear.

Algo que no puedo tener.

—¿Interrumpo?

La voz me sobresalta y me vuelto lista para atacar, pero veo a Lucía y me calmo. Ella no parece ser de las que… ¿Qué demonios sé yo sobre ella?

—Solo estaba desahogándome.

—Te entiendo, estos hombres a veces pueden ser muy intensos.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Solo quería conocerte, eres la primera mujer en la que Lev se interesa.

—Es más como que me tiene secuestrada, no sé si eso cuenta como interés —suelto, tratando de disminuir la carga del ambiente.

—Créeme, cuenta. Además, sé por lo que estás pasando y no dudo en que estarás buscando la manera de escapar de aquí.

La miro tratando de ocultar mi desconcierto. Esta mujer apenas me conoce, pero tiene claro

qué pasa por mi mente.

—¿A qué te refieres con que sabes por lo que estoy pasando?

—Eso es historia antigua —se ríe—, pero solo he venido a pedirte una cosa.

—Tú dirás.

—Cuando te vayas, cuando lo hagas y nota que no digo si lo haces, sino cuando lo hagas —aclara—, trata de que sea lo menos doloroso para él.

Sus palabras se meten en mi mente.

—¿No me vas a pedir que me quede o alguna mierda de esas?

—Lev es uno de los mejores hombres que conozco, no necesita que nadie le diga a la que sea su mujer que debe quedarse, si ella no se da cuenta de lo que vale entonces no lo merece.

Lo dice con naturalidad, como si no estuviese refiriéndose a que podría pasar algo entre él y yo. Y lo peor es que sé que tiene razón en dos cosas: que él es un buen hombre y que yo voy a irme de aquí pronto.



Capítulo 17

Nella

El aire frío del jardín me golpea la piel, pero no me importa. Prefiero quedarme aquí fuera, en la oscuridad, donde el viento helado me hace sentir algo diferente a la confusión que llevo dentro. Me siento agotada. No física, sino mentalmente. De mí misma.

No sé en qué momento empezó esto. No sé cuándo comencé a mirarlo de otra manera. Pero lo siento en cada fibra de mi cuerpo, y es algo que me revuelve por dentro. Lev es mi secuestrador. Es el hombre que debería odiar. Y, sin embargo…

Me paso las manos por la cara, tratando de sacarme esa idea de la cabeza, cuando noto una sombra que se mueve entre los árboles. Levanto la vista y veo a Artem acercarse.

—¿No puedes dejarme sola cinco minutos? —le señalo en lengua de signos, mis dedos moviéndose rápido.

Él no se inmuta. Se limita a mirarme con esa calma que siempre tiene, como si estuviera acostumbrado a lidiar con personas como yo: rotas, enfadadas consigo mismas, incapaces de escapar de sus propios pensamientos.

Cuando está a unos pasos de mí, señala hacia la casa.

—Vamos dentro. Hace frío —me signa.

Suelto un bufido y niego con la cabeza. Pero Artem no se mueve. Se queda ahí, firme, con los brazos cruzados y una mirada que dice que no piensa irse hasta que lo acompañe.

—No necesito que me cuides —le contesto, pero él solo levanta una ceja.

No, no me va a dejar. Igual que su hermano.

Con un suspiro frustrado, me levanto y camino hacia la casa, dejándolo seguirme de cerca. Entramos en silencio y él me guía hacia la cocina. La calidez del interior me golpea y el olor a chocolate caliente flota en el aire. No puedo evitar mirar el suelo, ese en el que antes estaba tirada con Lev sobre mí.

Artem señala una silla y luego la tetera en la encimera.

—Siéntate. Voy a prepararlo —me indica.

Me siento, cruzando los brazos sobre el pecho, todavía enfadada conmigo misma. No sé por qué sigue intentándolo conmigo. No sé qué ve en mí. Pero lo que más me molesta es lo que su hermano ve… o, mejor dicho, lo que no ve.

Lev no me mira con interés. Me observa como un jefe a alguien de quien no se fía del todo. Y eso debería tranquilizarme. No obstante, en lugar de eso, me desespera. Está claro que le atraigo, su amiguito duro y enorme me lo hizo sentir cuando estaba sobre mí, pero nada más allá de eso.

Artem coloca una taza frente a mí y se sienta al otro lado de la mesa.

—Puedes contarme lo que te pasa —me signa, y siento una dulzura enorme por este chico que se convertirá en un hombre increíble algún día.

—Echo de menos a mis hermanas —miento.

No es que no las eche de menos, lo hago, pero no es el motivo principal del humor que me gasto hoy.

—Háblame de ellas —me pide, y sonrío.

—Seren es la mayor, siempre ha cuidado de nosotras como una mamá gallina. Es divertida y parece toda una señorita de la realeza. No creo que jamás pudiera ser tan elegante como ella.

Artem me mira divertido.

—Luego va Ori. Ella es la más impulsiva. Siempre ha vuelto loco a nuestro padre, nunca ha dejado de hacer lo que ella quería. De hecho, el que llevemos tantos tatuajes es en parte su culpa.

—¿Y eso? —pregunta con señas, curioso.

—Mira mis manos, mis dedos son extrañamente largos —le cuento.

Esto es algo que antes me avergonzaba, incluso me ponía guantes en verano para que nadie se fijara en ellos.

—Como las pianistas —signa, y sonrío.

—Créeme, no podría tocar una tecla ni para salvar mi vida. Es un rasgo genético heredado de mi madre, ella por lo visto tenía las manos igual. Ori sabía de mi vergüenza y me convenció

cuando nos fuimos a tatuar de que no las tocara, que las dejara como con porque ya eran especiales de por sí.

Artem alza las cejas.

—Ella nos sugirió tatuarnos a modo de acto de rebeldía. Teníamos que casarnos, nos iban a vender en algún momento, y lo que nos hicimos no se iba a poder tapar con un vestido de novia.

Artem suelta una carcajada.

—Vaya, parece que Ori es una mujer interesante.

—No sabes cuánto.

No hablo de Fiorella porque no puedo, un nudo en mi garganta me lo impide. De momento no soy capaz de enfrentarme al hecho de que es posible que jamás la vuelva a ver.

Un recuerdo viene a mi mente y dejo de estar en la cocina para volver a aquel jardín de mi casa de la infancia.

Corro descalza por el sendero de grava con el vestido ondeando a mi alrededor. El viento en la cara me hace sentir libre. Más rápida. Más fuerte. Por un momento, no soy la hija de un capo ni la hermana mayor que siempre tiene que proteger a los demás.

Soy solo una niña.

Hasta que todo cambia en un segundo.

Mi pie tropieza con una raíz que no veo y el mundo se inclina de golpe. Mi cuerpo cae hacia adelante, las manos, por instinto, buscan amortiguar la caída, pero el impacto es brutal. Siento el crujido antes del dolor.

—¡Ah!

El grito me sale sin control. Me giro en el suelo y abrazo mi brazo izquierdo contra el pecho. El dolor sube como una ola, punzante y caliente. Sé que algo está mal. No puedo mover los dedos.

Muerdo el labio para no llorar. No llores, Nella. Las lágrimas son una debilidad y yo no tengo permitido ser débil.

Pero antes de que pueda levantarme, escucho pasos apresurados. Cuando alzo la mirada, veo a Fiore corriendo hacia mí. Su cabello oscuro se mueve como una nube alrededor de su cara.

—¡Nella!

Se arrodilla a mi lado, sus ojos enormes y preocupados recorriendo mi rostro. Antes de que pueda decir nada, ya ha visto mi brazo.

—Te lo has roto.

Asiento despacio, tragando el nudo en mi garganta. No quiero parecer débil frente a ella. Pero Fiore, como siempre, sabe más de lo que dice.

—Sentí que te pasaba algo. Por eso vine.

Sus palabras me detienen. La miro sorprendida.

—¿Sentiste que me pasaba algo?

—Sí —responde con la voz tranquila, como si fuera lo más normal del mundo—. Estaba en mi habitación y, de repente, supe que te necesitaba.

No sé si creerla o no, pero una parte de mí quiere hacerlo. Hay algo en Fiore que siempre ha sido diferente, como si tuviera una conexión especial conmigo.

—Te llevaré dentro.

Fiore me ayuda a levantarme con una fuerza que no parece corresponderle a su tamaño. La dejo guiarme, apoyándome en ella más de lo que quiero admitir.

Y mientras caminamos hacia la casa, una idea se instala en mi cabeza: tal vez Fiore siempre me encontrará, no importa dónde esté, y yo también la encontraré a ella

—Quiero contarte algo —me signa—. ¿Sabes cómo me quedé sordo?

Niego con lentitud, sintiendo que el aire en la habitación se vuelve más pesado.

—Tenía unos cinco años.

Sus dedos se mueven con precisión, cada gesto cargado de significado. Me pierdo en su historia, incapaz de apartar la mirada.

—Una bomba. Estalló cerca del coche en el que iba. No me mató, pero me dejó así.

Mis labios se tensan. Puedo ver la escena en mi mente: un niño pequeño, ensordecido de golpe por la explosión.

—En la mafia, ser defectuoso es ser inútil.

La crudeza de sus signos me golpea. Entiendo lo que dice, he crecido en ese ambiente.

—Querían matarme. —Mis ojos se agrandan. No esperaba eso—. Pero Lev no lo permitió.

La mención de su hermano hace que algo en mi pecho se comprima.

—Se hizo cargo de mí. Me protegió. Aunque significara arriesgarlo todo. Me escondió hasta que pudo tomar el control. Hasta que fue lo bastante fuerte para que nadie cuestionara mi lugar.

Siento un nudo en la garganta, pero intento tragarlo. El chocolate frente a mí se enfría, olvidado.

—No le agradezco suficiente. Pero sé que él haría cualquier cosa por mí. Por cualquier

persona de la que considera su familia.

Artem me mira con intensidad, como si quisiera asegurarse de que entiendo cada palabra. Y lo entiendo. Lo que Lev hizo no fue un acto de poder, sino de amor. De lealtad. De protección.

Y ese mismo hombre es quien me tiene prisionera. Quien se ha metido bajo mi piel sin que yo lo permita.

Artem hace una pausa y luego signa algo más, lento, como si eligiera bien sus palabras.

—Te observa más de lo que crees.

Mi corazón se acelera.

—No me interesa —respondo en signos, rápida, tratando de parecer segura.

Artem sonríe apenas.

—Puede que no oiga, pero sé lo que veo.

Mi pecho se aprieta aún más. Estoy enfadada. No con él. Conmigo misma. Porque sé que tiene razón.

El problema no es que Lev me observe.

El problema es que yo quiero que lo haga.



Capítulo 18

Lev

Zakrone me mira desde el otro lado de mi escritorio y sé que no van a ser buenas noticias. Artem, como siempre, está a mi derecha, callado, pero atento. Su mirada sigue cada movimiento, cada gesto, como si estuviera descifrando un código oculto en nuestra reunión.

—Tenemos un problema —dice Zakrone al fin, dejando el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

Mis ojos se fijan en los suyos.

—¿Qué clase de problema?

Zakrone toma una última calada antes de apagar el cigarro en el cenicero. No tiene prisa. Es su estilo ir desgranando las malas noticias con calma, como si el tiempo estuviera de su lado.

—Uno que solo se resuelve con fuego azul.

La tensión en mi mandíbula se endurece al escuchar esas palabras. Fuego azul. El tipo de explosivos que no dejan rastro, que borran todo lo que tocan y convierten los problemas en cenizas. Solo hay una persona que sabe fabricarlos con precisión quirúrgica.

Nella.

Zakrone me observa en silencio, esperando que diga algo, pero no lo hago. No necesito preguntar a qué se refiere. La situación está clara: si queremos salir de esto, necesitamos a Nella.

—Lo resolveré —digo, con la voz firme. Pero incluso yo sé que suena vacío.

Zakrone se recuesta en su silla y me mira con esa mezcla de desafío y comprensión que

siempre tiene cuando sabe que estoy esquivando algo.

—No solo es cuestión de resolverlo, Lev. Es cuestión de que hables con ella. De verdad.

Artem asiente con lentitud a su lado.

—Deja de tratarla como una prisionera —signa, sus movimientos precisos y cargados de intención—. No lo es. No lo ha sido desde hace tiempo.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que deberían.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunto, sin mirarlos directamente.

Artem me observa con la misma paciencia con la que siempre me ha mirado, pero esta vez su mirada está cargada de algo más: expectativa.

—Sé directo. Necesitas su ayuda. Pero también necesitas otra cosa. Y lo sabes.

Me paso una mano por el rostro, intentando ahogar el peso de esas palabras. Sí, lo sé. Nella ha dejado de ser solo una pieza del tablero. Ha dejado de ser un problema que gestionar.

Es mucho más que eso.

Pero admitirlo es otra historia.

—Nella no es como nos imaginamos que sería —dice Zakrone con un tono más suave—. No está aquí por obligación. Si se queda es porque quiere quedarse. Hazle saber que la quieres aquí. Y no solo para fabricar tus malditas bombas.

Levanto la mirada y veo la verdad en los ojos de ambos. No puedo seguir ignorándolo.

Nella no es mi prisionera. Nunca lo fue.

La pregunta es: ¿cuánto tiempo más voy a fingir que no me importa?

—¿Qué es esto, el consultorio de Zaki y Arti? —pregunto cabreado.

Me levanto y salgo de allí, no sin antes oír a Zakrone una última frase.

—Arregla tu mierda con la chica antes de que golpee el ventilador.

No me giro, solo sigo andando hasta mi habitación. Me paso de largo y apoyo mi oreja en la puerta de la de al lado. No se oye nada. No estará aquí.

Joder, ¿en qué momento me he vuelto un psicópata que escucha detrás de las puertas?

Me meto en la ducha directamente y hago lo que llevo dos días haciendo sin parar, desde que tuve a Nella debajo de mí en la cocina y casi lo llevo al siguiente nivel.

Agarro mi polla con fuerza y empiezo a bombear pensando en ella. En sus labios, en la forma de su culo, en lo suave de su piel, en ese olor a flores que me vuelve loco.

Ni tres minutos duro antes de manchar la pared con mi semen.

Mientras me seco, me doy cuenta de que ellos tienen razón. Necesito poner mis cartas sobre la mesa. Necesito que ella me ayude y no lo va a hacer si no le doy algo de libertad, si no le dejo claro que no es mi prisionera, sino mi invitada. Para qué engañarnos, nunca ha llegado a serlo del todo. Desde aquel maldito día en el que me dijo que lo sentía por Alina se ha colado en mi cabeza cada vez que ha querido.

Bien, es el momento de actuar.

Espero a que nos retiremos después de cenar. Es como un ritual que se ha establecido entre nosotros. Desde que la saqué de la celda y la puse en la habitación contigua, cenamos cada noche juntos con Artem, a veces Zakrone, incluso Lucía parece haberse hecho amiga de ella. Luego la acompaño hasta su puerta y nos vamos a dormir. Bueno, la mayoría de noches me ducho porque necesito desahogarme bajo el agua y no soy un adolescente como para andar usando un calcetín.

—Necesito que hablemos un momento —le pido cuando pasamos por mi puerta y se detiene.

—¿Sobre qué?

—Llevas aquí mucho tiempo.

Algunos dirían que un año es mucho tiempo, otros que lo es un mes, todo depende de la perspectiva de cada uno. Ella no me contesta, así que no sé si para Nella ha sido demasiado o no.

—¿Vas a empezar a cobrarme la estancia? —se burla, y sonrío.

Suelo hacerlo cuando ella está alrededor.

—Entra a mi habitación un momento —solicito, y ella alza una ceja—. Te aseguro que estás a salvo aquí dentro.

Suelta una carcajada.

—Como si me hiciera falta estarlo porque no me sé defender. Más bien deberías ser tú el que piense si está a salvo conmigo a solas.

Pasa a mi lado y su perfume a flor natural hace que se apriete mi pecho.

Cierro la puerta y el verla aquí dentro, en este lugar en el que ninguna mujer ha entrado, hace que algo en mi cerebro se cruce y sin pensarlo demasiado cojo su mano y de un tirón la pego contra mí. Ella se queda estupefacta, no se lo esperaba, tampoco lo tenía en mente.

Nos giro y la pego contra la puerta, sigue sin decir nada y yo ahora mismo no puedo pensar demasiado. Bajo mi boca a su cuello e inhalo el olor a flores que adoro. Ella se estremece y hace un pequeño ruido que me excita.

—Déjame lamerte —ronroneo en su oreja, y asiente.

No lo dudo y saco mi lengua, la paseo por todo su cuello, y cuando clava sus uñas en mis

hombros estoy a punto de perder el control, pero no lo hago porque quiero que grite mi nombre y para eso tengo que estar calmado.

—Ahora voy a bajar mi mano por tu cuerpo —le susurro mientras lo hago—. Voy a tocar tus tetas y pellizcar tus pezones porque llevo días soñando con ellos.

—Sí —suspira.

Hago justo lo que le he dicho y los noto duros en el momento. Mi lengua sigue trabajando su cuello y su oreja, por la forma en la que su piel se eriza sé que le gusta.

—Y ahora voy a deslizar mi mano por dentro de tus bragas y pienso meter mis dedos muy profundamente.

Lo hago muy despacio. Primero acaricio todo su coño con mi mano, una vez que está empapada meto un dedo, luego dos y cuando siento que empieza a mecerse agrego un tercero mientras que con mi pulgar acaricio su clítoris.

—Agárrate —susurro, y ella asiente.

Pero no tiene los ojos cerrados, cuando la miro los tiene abiertos y los clava en los míos. Comienzo a bombear dentro y fuera, su mirada y la mía no se apartan en ningún momento. Me clava las uñas, su respiración se acelera y jadea con cada estocada de mis dedos. Estoy a punto de correrme solo con verla.

—Lev, joder, sí —susurra cuando la penetro con fuerza y aumento mi velocidad.

No tardo ni dos minutos en notar que sus paredes se contraen y entonces la abrazo contra mí para sujetarla mientras ella muerde mi oreja gritando mi nombre y nos corremos a la vez, ella sobre mi mano y yo en mis pantalones.

Espero para hablar hasta que nuestras respiraciones se calman y entonces me doy cuenta de lo que acaba de ocurrir.

—Mierda, lo siento.

—Te puedo asegurar que yo no —se burla, y me relajo—, y por la mancha en tus pantalones diría que tú tampoco.

Me río porque lo que podría haber sido una situación incómoda ahora es algo que quiero volver a repetir.

La alzo y la llevo hasta mi cama.

—Ponte cómoda, voy a limpiarme —le digo y ella sonríe.

—¿Es una forma de decirme que me desnude?

—Créeme, quiero follarte, y eso es una de las cosas que tengo que decirte, pero antes de que

eso pase tenemos que hablar.

Frunce el ceño confundida, espero que no le moleste porque quiero hacer las cosas bien y que ella decida cuándo tendremos sexo una vez que sea libre de irse. Aunque también sé que no soy tan buen hombre, y si cuando vuelva Nella me mira con cara de que quiera que se la meta hasta el fondo, lo voy a hacer sin dudarlo.

Cuando vuelvo ella está recostada en el cabecero, tiene el libro que había en mi mesilla y lo está hojeando.

—Espero que no te moleste que mire tu libro, como has metido tus dedos dentro de mí he pensado que lo mismo ya estábamos en ese punto de compartir intimidades —suelta con una sonrisa, y me tiro a su lado como si fuera lo más normal del mundo.

Y lo raro es que se siente como si así fuera.

—Es un libro de tácticas de guerra rusas, aburrido, aunque bastante divertido en cuanto a torturas —le explico, y ella asiente.

—No hay nada como un poco de sangre enemiga para relajarte antes de dormir. Bueno, ahora ¿qué?

—Siempre tan directa.

—No me gusta perder el tiempo.

—Muy bien, entonces te corresponderé. Ahora quiero hablar de dos cosas contigo. La primera es que necesito que me enseñes a hacer fuego azul, ha surgido algo que lo requiere y eres la única de la que me fio para que me enseñe.

—Podrías contratarme para el trabajo.

—No me fio tanto de ti —me burlo, pero en realidad es que no me gusta la idea de exponerla al peligro.

—Pues que sepas que no es tan fácil aprender y que es probable que quemes tu propio culo, pero allá tú si no quieres pagar para que yo lo haga. Aunque sea jodidamente buena. ¿Y qué es lo segundo?

—Lo segundo es que, como ya has podido darte cuenta, me gustas y quiero follarte tan jodidamente mal que he estado haciéndome pajas en el baño estos días. Ahora la cuestión es ¿cómo te sientes hacia mí?



Capítulo 19

Nella

—Buena pregunta, ni siquiera yo sé cómo contestar a eso.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? —pregunta como si fuéramos amigos y… me gusta.

—La verdad es que me pones cachonda, eso lo he dejado claro en tu mano —suelto, y él se ríe —, pero no termino de entender cómo es eso posible si me tienes aquí en contra de mi voluntad y, además, sin un motivo aparente porque ya establecimos que yo no tuve nada que ver con Alina.

—Buen punto. Ya que estamos mostrando las cartas, te voy a reconocer que simplemente no quería que te fueras.

Su respuesta no la esperaba.

—Eso no sé si es bonito o tóxico —murmuro, y Lev se encoge de hombros.

La verdad es que toda esta situación es extraña. Sí, me secuestraron, pero no fue él, sino Yuri. Además de que no me ha tratado del todo mal mientras estuve en la celda, y desde lo de la infección no puedo tener queja, tan solo me falta poder llamar a mi familia cuando quiera, pero…

—Voy a hablar primero —dice, y se tumba bocarriba en la cama—. Prefiero no mirarte para hacerlo, nunca se me ha dado bien tratar con mis sentimientos.

—Vaya, eso es toda una revelación, no el que no sepas lidiar con ello, más bien que los tengas

—me burlo para aligerar el ambiente, y parece que funciona.

Sin mediar palabra, pasa su brazo por mi cintura y tira de mí hasta que estoy tumbada sobre su pecho.

—Esto se siente muy íntimo, ¿no? —murmura, y no sé si se lo dice a sí mismo o se dirige a mí.

Con la otra mano apaga la luz y la habitación se queda a oscuras salvo por la claridad que entra por la ventana de la luna llena que hay esta noche.

—¿Ya vas a empezar a hablar o esto es una maniobra para darme un pollazo? —pregunto sin ningún tapujo y su pecho vibra de la risa.

—No me tientes, hada de la pólvora, no me tientes —susurra contra mi pelo—. Lo que quiero decirte es que no sé qué siento. Si solo es que quiero darte un pollazo, como tú dices, o si realmente hay algo más. Pero no quiero quedarme con las ganas de averiguarlo.

—Oookeeeyyy.

—Eres una mujer inteligente, fuerte, que sabe defenderse y quemar cosas, eso me pone cachondo a niveles que no sabía. —Es mi turno de reír—. También tengo claro que retenerte no es la mejor forma de empezar nada, así que, si te parece, a partir de hoy puedes decidir si te quedas o te vas con tu familia.

—¿Lo dices en serio?

—Más de lo que me gustaría.

—¿Podré llamarles y decirles dónde estoy?

—Me temo que eso no, pero por el simple hecho de que no quiero que se sepa dónde me encuentro. Tengo muchos enemigos y proteger a Artem es mi prioridad.

—Entonces no estoy retenida, pero sí incomunicada. No suena a mucho avance.

—Eso es lo que me gusta de ti, no aguantas mierda y sueltas lo que piensas. Créeme, esto es un gran avance. Lucía no tuvo tanta suerte.

—Esa parece una historia interesante, ¿me la cuentas?

—Supongo que no quieres contestarme ahora sobre lo que vas a hacer.

—Prefiero oír la historia y pensarme la respuesta.

—Chica lista —murmura, y me vuelve a besar el pelo—. Solo te pido una cosa, que no duermas aquí, si por algún motivo me quedo dormido antes que tú, vete a tu habitación.

—¿Temes no poder retenerte si estoy en tu cama?

—Algo así —contesta, pero su tono me dice que no es el motivo, pero lo dejo pasar por ahora.

—Entonces la idea de pedirte un beso supongo que no es buena.

—Nella, no tienes que pedirlo, quiero dártelo, pero no ahora mismo, en la cama y sin una respuesta… no es buena idea.

Me deprime un poco su contestación, pero lo entiendo. Me quedo con las ganas de saber cómo besa, pero solo hasta mañana, del desayuno no pasa.

—Ahora voy a contarte cómo fue la historia de Zakrone con Lucía, ¿es demasiado para tu mente empezar por cuando ella se despertó en una casa con varios cadáveres sin órganos vitales dentro de una bañera?

Comienza a contarme su historia y no puedo creer que la mujer que he conocido estos días, que es dulce y siempre sonríe, haya pasado por esas mierdas.

No sé en qué momento me duermo, pero me quedo a medias de saber algo de una princesa mexicana, aunque no me importa porque me relajo como nunca he podido, sintiéndome protegida y, de alguna forma, querida.

Alguien se mueve a mi lado, Lev. Se está revolviendo en las sábanas Tiene una pesadilla. Voy a ayudarlo cuando de pronto se lanza sobre mí y comienza a ahogarme. Sus manos aprietan mi cuello y no puedo hablar. Mis uñas se clavan en sus brazos, pero no parece verme. Está todavía dormido.

Mierda, me va a matar.

Me revuelvo, pero el peso de su cuerpo me supera con creces. Estoy a un par de minutos de perder el conocimiento y no volver a despertar. Alargo la mano y toco la mesita. Trato de llegar a la lámpara que sé que está ahí.

La rozo con los dedos…

Un poco más…

Noto el cable y tiro de él. Logro cogerla cuando la visión comienza a oscurecerse en los bordes, y sin pensarlo, la agarro y se la estampo con fuerza en la cabeza.

Eso lo hace soltarme y tambalearse, aprovecho para empujarlo con mis caderas y cae a un lado. Me levanto de un salto y trato de recuperar el aire. Cuando alzo la vista, lo veo mirarme horrorizado.

—Estoy bien, ha sido solo una pesadilla —le digo, avanzando hacia él.

Pero Lev retrocede.

Mira mi cuello y supongo que tengo las marcas de sus dedos.

—Lo digo en serio, está todo bien, ha sido solo un accidente.

Quiero explicarle que a Fiore le he dado algún susto de estos cuando hemos dormido juntas, pero no me da tiempo, él solo niega con la cabeza pidiendo perdón una y otra vez y sale de la habitación.

Me calzo para seguirlo, pero para cuando salgo al pasillo no hay rastro de él ni de dónde puede haber ido. Me quedo esperando a que vuelva, y cuando al amanecer no ha aparecido me voy a mi habitación. Supongo que no es el momento de darle un beso, ¿no?

∞∞∞

Han pasado dos días desde que Lev casi me estrangula en medio de una pesadilla. Dos días. Y no lo he visto desde entonces.

Es curioso como el vacío que deja alguien puede sentirse más pesado que su presencia. Antes siempre estaba aquí. A veces en silencio, otras hablando con Artem o Zakrone, pero siempre cerca. Ahora no está.

Lev solía aparecer a la hora de la cena, como si fuera algo no pactado, pero inevitable. Algunas noches cenábamos solos, otras veces se unían Artem o Zakrone, incluso Lucía. No importaba si la conversación fluía o si pasábamos la mayor parte del tiempo en silencio. La rutina era nuestra, un espacio compartido que, sin darme cuenta, había llegado a esperar con ansias.

Pero ya no.

Me siento a la mesa, observando los platos. Uno para mí, uno para él. Como si fuera estúpido creer que hoy será diferente a las últimas noches.

No va a aparecer.

—Dale tiempo —me signa Artem.

Se lo he contado todo. Él me ha dicho que Lev ha estado durmiendo en casa de Zakrone, pero que va a volver pronto.

El nudo en mi estómago se aprieta mientras empujo la comida con el tenedor. El ruido de los cubiertos parece llenar la habitación vacía, cada golpe metálico retumbando como una señal de mi fracaso. Porque, aunque no lo diga en voz alta, sé por qué está evitando este lugar.

Por lo que pasó esa noche.

Recuerdo el instante exacto en que desperté con sus manos alrededor de mi cuello. La presión, el pánico en sus ojos… pero, sobre todo, el horror cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Lev no me soltó de inmediato. No porque quisiera hacerme daño, sino porque estaba atrapado en algún recuerdo oscuro que lo arrastraba.

Me levanto de la mesa con un suspiro frustrado. No puedo seguir fingiendo que no me importa. Me importa. Más de lo que debería.

Voy a la sala donde hemos estado dando las clases sobre explosivos. Es otro lugar que solía ser nuestro. Le enseñaba a fabricar bombas y yo lo desafiaba cada vez que podía, disfrutando del raro momento en que lograba sacarle una sonrisa, aunque fuera pequeña.

Hoy, la sala estaba vacía. Otra vez.

Recojo los materiales de la mesa con movimientos bruscos, tratando de calmar la rabia que se acumula en mi pecho. No es solo porque esté evitándome. Es porque sé por qué lo hace.

Lev piensa que me rompió esa noche. Que me hizo daño de una manera irreparable. Pero está tan equivocado como siempre.

Lo que en realidad me está rompiendo es su ausencia.

Dejo caer un frasco de productos químicos sobre la mesa, y el sonido seco me saca de mis pensamientos. Me detengo y me obligo a respirar, cerrando los ojos por un momento.

—No puedes huir para siempre —murmuro, aunque no hay nadie que pueda escucharme.

El problema es que tampoco puedo huir yo.

Porque cada vez que me quedo sola, pienso en él. En sus manos, en sus ojos oscuros que siempre parecen ver más de lo que deberían. En la forma en que su voz baja y firme lograba calmar incluso mis pensamientos más ruidosos.

Y, lo peor de todo, pienso en cómo no me dio miedo. No me asustó que me tocara. Me asustó lo que sentí después.

Porque no fue miedo.

Fue algo que no quiero nombrar.

Recojo las últimas cosas de la mesa y me quedo allí, en silencio. Me paso una mano por el cuello, tocando el lugar donde sus dedos dejaron una marca invisible que solo yo puedo sentir. No es dolor físico, sino el peso de lo que sé que hay entre nosotros.

Dejo que mis manos caigan a los costados y me quedo mirando la puerta, esperando algo que no va a pasar. Porque, si he aprendido algo sobre Lev, es que siempre huye cuando las cosas se vuelven personales.

Pero no voy a dejarlo escapar. No esta vez.

Tarde o temprano tendrá que enfrentarme.

Y cuando lo haga, ambos tendremos que aceptar la verdad que ninguno de los dos quiere admitir: esto no es una prisión. No es una lección de supervivencia.

Es algo más.

Algo que puede rompernos.

O salvarnos.



Capítulo 20

Lev

Zakrone es un gilipollas, no sé cómo Lucía lo aguanta. Me ha echado de su casa, me dijo que me dejaba lamentarme dos días y así ha sido. Joder, no quiero volver, no puedo enfrentarla por lo que le hice. Mierda, casi la mato.

La imagen de Nella con las marcas de mis dedos en su cuello es algo que me va a perseguir toda la vida. Artem ha tratado de hacerme entender que no está enfadada, ella mismo se lo ha dicho, pero ese no es el problema, el problema es que yo sí lo estoy. Por permitirme pensar en que podría haber algo normal en mí, por casi romper lo único bueno que he tenido en años en mi vida, por… Da igual.

Entro en la mansión y veo todas las luces apagadas, son casi las dos de la mañana. He estado deambulando por ahí hasta estar seguro de que Nella estaría dormida. Como un acosador he observado su ventana, la luz se apagó hace una hora.

Me tumbo sobre la cama, sé que no voy a poder pegar ojo. Mañana veré si puedo enfrentarme a mi mierda. Sigo mirando el techo una hora más cuando mi teléfono vibra a la vez que una luz roja se enciende en la esquina derecha de mi habitación. Es la alarma silenciosa.

—¿Qué pasa? —pregunto, respondiendo mientras ya estoy cogiendo el arma de la mesita de noche.

—Han entrado en el recinto, pero no sabemos desde dónde, ni cuántos son, ni…

—¿Qué cojones estás diciendo? —gruño sin alzar la voz.

Mi puto jefe de seguridad no tiene idea de dónde están los intrusos, cuántos son ni cómo han entrado.

—Reúne a todos abajo, defenderemos desde dentro. Llevad a Artem a la sala dos —le ordeno, y cuelgo.

Meto el móvil en el bolsillo y vuelvo a calzarme. Salgo con cuidado de no hacer ruido, no sé si podrían estar aquí dentro, no es probable, ya que tengo varias hectáreas, pero no voy a confiarme y acabar con un tiro en mi cabeza.

Llego hasta la puerta de Nella y la abro despacio. Entro y la misma luz roja brilla en el techo. Ella no se ha despertado, está acurrucada en la cama y me doy unos segundos para mirarla antes de acercarme y despertarla.

—Nella —susurro, zarandeándola un poco—, necesito que despiertes, nos están atacando.

Como si mis palabras fueran un resorte en su mente, se levanta de un salto y lista para atacar. Sonrío un instante antes de volver a centrarme.

—¿Qué pasa? —susurra.

—Alguien ha entrado en la propiedad, voy a llevarte a la sala dos, es un lugar seguro, hay armas y comida, y una salida trasera por si acaso y…

—¿Me estás metiendo en una habitación del pánico? —me corta.

—Sí.

—En tus putos sueños, si alguien ha venido a joder no pienso quedarme haciendo punto de cruz mientras te patean el culo.

—Eso me ofende.

—Supéralo y dame un arma.

—No.

—Sí —dice de vuelta.

—No vas a hacerme caso, ¿verdad?

—La duda ofende.

Mi corazón late rápido y tengo claro que esta mujer es…

Escucho pasos fuera y la voz de mis hombres.

—Vamos —le ordeno.

Ella se ha puesto unas zapatillas y hecho una coleta. Joder, no me he dado cuenta de cuándo ha sucedido, es rápida.

Camino por el pasillo y Nella sigue pegada a mí, sus pasos ligeros, pero firmes. La llevo muy cerca, casi puedo sentir su respiración en mi nuca. Mi mano derecha está fija en la pistola que llevo al cinto, mientras con la izquierda la mantengo detrás de mí, asegurándome de que no se quede atrás.

No es la primera vez que la casa está bajo ataque. Pero esta vez es diferente. Esta vez ella está aquí.

Me detengo frente a la puerta de mi despacho, abro y cierro con rapidez tras nosotros. El silencio de la habitación, apenas interrumpido por el centelleo distante de las luces de las alarmas, me da unos segundos para pensar con claridad. Pero no hay tiempo para perder.

Me acerco a la caja de seguridad empotrada en la pared. La abro con una combinación rápida y extraigo las armas que guardo allí. Dos pistolas semiautomáticas, elegantes y letales. Tomo un par de cargadores adicionales y me giro hacia ella.

Nella me observa en silencio, los ojos oscuros y concentrados. No hay miedo en su mirada. Solo determinación.

—Toma. —Le extiendo las armas y las coge sin dudar.

Me sorprende verla revisarlas con una precisión meticulosa, como si esto fuera algo que ha hecho cientos de veces. Saca el cargador, lo revisa, vuelve a colocarlo, y luego desliza la corredera para comprobar que todo está en orden. Una profesional.

Por un momento no puedo apartar la vista de ella. Sus movimientos son precisos, naturales. No hay temblor en sus manos. Lo que veo ante mí no es a una mujer asustada que necesita protección. Lo que veo es a alguien que sabe pelear su propia guerra.

Nella levanta la vista y nuestras miradas se cruzan. Algo pasa entre nosotros, una corriente silenciosa que ninguno de los dos se atreve a nombrar. No es el momento.

Ella lo sabe. Yo lo sé.

La pesadilla de hace dos noches sigue entre nosotros como un muro invisible, pero ahora no importa. Hay una amenaza más urgente allá afuera, y todo lo demás tendrá que esperar.

—Vamos —le digo con un gesto de la cabeza, y ella me sigue sin vacilar.

Bajamos las escaleras con rapidez, mis pasos firmes, los suyos ligeros, pero decididos. El eco de las voces de mis hombres llega desde el salón principal. Están organizándose, preparando la defensa. Cuando llegamos, todos giran la cabeza hacia nosotros por un instante, antes de volver a lo suyo.

—Nada aún —murmura en voz baja, y yo asiento.

No hay señales del enemigo todavía. Pero llegarán. Lo sé.

Miro alrededor y escojo una posición estratégica cerca de una ventana con vista a la entrada principal. Si vienen por allí, tendremos tiempo de responder. Nella se queda a mi lado, pero sé que no es suficiente.

Ella es demasiado valiosa para estar en la línea de fuego.

La tomo del brazo, con más fuerza de la que pretendía, y la llevo un par de pasos hacia atrás.

—Aquí. Quédate detrás de mí.

Sus ojos me desafían, como siempre. No le gusta recibir órdenes. Pero esta vez no discute. Solo asiente y se coloca donde le he dicho.

Me quedo delante de ella, observando el exterior por la ventana. Mi respiración es lenta y controlada, pero por dentro todo arde. El peso del arma en mi mano es familiar, reconfortante. No obstante, la presencia de Nella detrás de mí es un peso diferente. Uno que no sé cómo manejar.

Ella no debería estar aquí.

No debería estar en medio de una guerra que no le pertenece.

Y, sin embargo, no puedo imaginarme un lugar donde prefiera tenerla ahora. Porque, por mucho que quiera protegerla, sé que no es una víctima.

Es mi igual. Una luchadora. Una superviviente.

—Lev —Nella susurra detrás de mí. Su voz es baja, pero la siento como un golpe directo en el pecho.

No me vuelvo. No puedo.

Porque, si lo hago, no seré capaz de mantener la distancia que tanto he luchado por conservar.

—Estoy aquí —dice, y esas dos palabras me retumban en la cabeza.

Sí. Está aquí.

Y no pienso dejar que nadie la toque.

Es entonces cuando ocurre algo muy extraño, una explosión, pero no es cerca, no es en casa, ni siquiera retumban los cristales, son…

—¿Eso son fuegos artificiales? —pregunta uno de mis hombres a mi lado.

Nos quedamos mirando hacia el cielo mientras explotan varios de color azul, como el fuego que hace Nella, pero luego sucede algo extraño.

—¿Eso es una polla gigante? —murmuro, todavía pensando que estoy loco por ver algo así.

—No me jodas —susurra Nella tras de mí.

Normal, debe estar tan alucinada como yo.

Pero cuando me quiero dar cuenta, ella no está detrás de mí, la busco frenético y alcanzo a ver que está saliendo por la puta puerta delantera de la casa sola.

—Que nadie dispare —ordeno y voy tras ella mientras mi corazón se para al ver como un todoterreno negro aparece por el camino de entrada y empieza a bajar las ventanillas.



Capítulo 21

Nella

Salgo fuera de la mansión y tengo a Lev gritándome y siguiéndome un segundo después, pistola en mano. Llega hasta donde estoy y me pone detrás de él mientras un todoterreno negro aparece por el camino.

—Déjame esto a mí —le pido, y me coloco delante.

—¿Qué haces? —pregunta como si estuviera loca.

—Sé quiénes son.

Mi respuesta lo desconcierta y no es para menos. Tengo claro quién es el que va en ese coche, al menos uno de ellos, y cuando para delante de mí lo veo en el asiento del conductor.

—Hola, Roma.

Un montón de rusos salen de todas partes, rodean y apuntan el vehículo y me pongo a la defensiva. Solo que contra ellos. Lev me mira con una mezcla de rabia y decepción que no me gusta, pero no voy a dejar que le hagan daño a nadie de mi familia.

—Oye, cuñada, veníamos a rescatarte y eso, pero nos has chafado el plan —se queja mientras sale como si cincuenta rusos no estuvieran apuntándonos a ambos.

—¿Dónde está el resto? —pregunto, y escucho un ruido en el suelo, debajo del coche, del cual sale Ori con un arma más grande que ella.

—Hermanita —saluda, evaluando la situación.

—Estamos a salvo, ¿no? —pregunto a Lev, y asiente muy despacio tratando de comprender

todavía la situación.

Con un movimiento de su mano todos bajan las armas y yo corro a los brazos de mi hermana.

Un segundo coche aparece y, antes de que se detenga, Seren salta de él con Nico gritando detrás para que tenga cuidado con el bebé.

Se reúne con Ori y conmigo, nos abrazamos y lloramos, como si estuviéramos solas, solo que no lo estamos, ni de lejos.

—Makarov —saluda Nico a Lev antes de venir a abrazarme también.

Él y Roma se han convertido en hermanos para mí y no sabía lo mucho que había echado de menos a todos hasta ahora mismo.

Un coche deportivo aparece derrapando por la grava del camino y de él sale Zakrone, armado hasta los dientes y en ropa interior…

—¿Qué me he perdido? —pregunta desconcertado al ver a los cincuenta rusos rodeándonos y a la cabeza de la mafia italiana teniendo un reencuentro familiar—. Venía a apoyarte en el ataque a tu casa, ni me he vestido.

Se queja, y sonrío.

—Nosotros veníamos a rescatar a mi cuñada y resulta que sale por la puerta alegremente, como si este lugar le perteneciera —agrega Roma.

—Gracias por no aparecer en pelotas —suelta Lev—, vamos dentro, necesito un vodka y tú unos pantalones. Vosotros a la sala, tengo que decidir qué hacer con la mierda que habéis organizado.

Vale, no está contento, pero al menos no nos ha pegado un tiro a ninguno todavía, eso es algo.

Esto no estaba en mis planes.

Estoy en el centro del salón principal de la mansión, flanqueada por Ori, Seren, Roma y Nico. Todos estamos en fila, como si fuéramos niños pillados haciendo una travesura. Y, la verdad, es que parece eso.

Artem nos observa desde la esquina de la habitación, con los brazos cruzados y esa expresión que dice: «¿En serio?». Zakrone está apoyado contra la pared, fumando un cigarro y conteniendo la risa, claramente disfrutando del espectáculo. Y Lev… bueno, Lev todavía no ha aparecido. Gracias a Dios.

No estoy lista para enfrentar su mirada.

—¿Qué se supone que es esto? ¿Un desfile del circo? —gruñe Artem en lengua de signos, sus manos moviéndose rápido.

—Pregunta qué estáis haciendo aquí —traduzco, suavizando el tema.

Seren, que es la descarada del grupo, da un paso adelante y sonríe con una dulzura tan falsa que casi puedo oler el azúcar quemado.

—Solo una visita amistosa —dice, como si no hubiera irrumpido en la propiedad de uno de los mafiosos más peligrosos de Rusia. Y lo peor, estando tan embarazada que dudo que se vea ya los pies.

Ori, mi hermana menor, me mira de reojo y alza una ceja.

—¿Amistosa? Pensábamos que te tenían secuestrada, Nella. ¿Qué querías que hiciéramos? ¿Mandar una postal?

Nico, siempre tranquilo y estoico, permanece en silencio. Pero sus ojos recorren la habitación como si estuviera calculando cuántos hombres armados hay detrás de cada puerta. No me sorprendería que ya tuviera un plan para escapar si las cosas se complican.

—No estoy secuestrada —murmuro, cruzando los brazos.

—Ah, claro —responde Roma, sarcástico—. Porque todo esto grita libertad.

—Idiota —contesto, y le saco la lengua.

Zakrone suelta una carcajada y sacude la cabeza, claramente divertido.

—¿Esto es lo que traes como rescate? —me pregunta Zakrone, señalando a mis amigos—. ¿Un grupo de lunáticos?

—Lunáticos no —responde Seren, sonriendo—. Familia.

La palabra golpea más fuerte de lo que esperaba y mi pecho se aprieta. Porque, aunque sé que no tienen nada que hacer contra Lev y sus hombres, vinieron a por mí. Arriesgaron su vida por sacarme de aquí.

El problema es que no necesito que me saquen. No quiero irme.

Antes de que pueda decir nada, la puerta del salón se abre y allí está él.

Lev.

Su mirada se posa primero en mí, intensa, como siempre. Pero luego se desplaza hacia los demás. Su expresión es indescifrable, fría, calculadora. Se toma su tiempo para evaluar a cada uno de ellos.

—¿Qué hacemos con ellos? —pregunta Zakrone, divertido.

Lev no responde de inmediato. Sus ojos vuelven a encontrar los míos, y por un momento el mundo se detiene. Puedo ver la pregunta en su mirada, aunque no la diga en voz alta: ¿Por qué?

¿Por qué salí a detenerlos? La respuesta es la misma que la de Seren. Son mi familia.

¿Por qué sigo aquí?

Porque no hay lugar al que quiera ir que no sea este. Con él.

Pero no lo digo. No todavía.

Seren se adelanta tocando su abultado vientre y suelta lo que piensa, como siempre.

—Entonces, ¿hacemos las paces o nos pegamos un tiro?

—Ya veo de dónde te viene ser tan directa —me dice Lev—. Voy a reconocerte que no esperaba esto de ti, ¿cómo conseguiste comunicarte con ellos?

—Tú me diste el teléfono.

—Lo dudo, no mientas, lo robaste o usaste a mi hermano de alguna manera o…

—Lo siento, pero tú eres el que me dejó el móvil, yo solo dije las palabras adecuadas.

Lo veo pensar y sé que está recordando la conversación. Puedo decir el momento exacto en que se da cuenta de cómo lo hice.

—No debí subestimar el vínculo entre las Farnese —reconoce.

—Al menos parece listo —interrumpe Ori—, ¿tiene la polla grande?

—¡Ori! —le gritamos todos a la vez mientras ella levanta las manos y deja caer sobre su pecho el colgante de patito con el que estaba jugando hasta hace un minuto.

—¿Eso de ahí es un trono? —pregunta Nico mirando al otro lado del salón, y asiento un poco avergonzada.

—Sí, por lo visto tiene uno de esos en cada casa —le contesta Roma, como si Lev no estuviera presente.

—Oye, yo he leído una escena en un libro de dragones muy interesante que habla de un trono, una reina y un…

—¡Ya basta! —ruge Lev, claramente cabreado—. Confié en ti y me has defraudado.

—¿Qué yo te he defraudado? —le contesto, y ahora la enfadada soy yo—. Me trajeron aquí en contra de mi voluntad, sin saber si mi hermana estaba muerta, me han herido de varias maneras dejándome cicatrices nuevas en mi cuerpo y todavía pretendes que me quede esperando una galletita por buen comportamiento. No, Lev, no, la que estaría defraudada de mí misma sería yo si no lo hubiera intentado.

—Explica lo de cicatrices —sisea Seren a mi lado.

—Eso ya no importa, es agua pasada. Y, ¿sabes una cosa más, Lev?, que podría haberme ido hace mucho tiempo. No soy idiota, me he aprendido los turnos de tus hombres, sé las claves porque adivina: ellos no creen que pueda ser un peligro y no se ocultaban para ponerlas. Ni

siquiera las cambian cada semana, por Dios.

Mi discurso en un tono cabreado ha dejado la sala en silencio.

—¡Fuera, todos! —ordena Lev.

—Si se te ocurre hacerle daño a cualquier miembro de mi familia…

—Están a salvo bajo mi techo, lo prometo —me corta, mirándome de una forma intensa.

—Los llevaré a comer algo a la otra sala —avisa Zakrone.

Lev y yo nos mantenemos la mirada, ambos con rabia.

—Te querías ir —comienza una vez que estamos solos.

—Por supuesto, no soy una mascota para mantenerme encerrada.

—Pero no lo has hecho —prosigue.

—Ya ves, puede que lo que sea es idiota.

Su pecho sube y baja con respiraciones rápidas. Se acerca a mí y reconozco que da miedo, pero no le temo. Alzo más la cara para dejarle claro que no me va a acobardar.

—Tuviste tu oportunidad —murmura, pasando un brazo por mi cintura y anclándome a él—. Ahora eres mía.



Capítulo 22

Nella

Lev estrella su boca contra la mía y permito que lo haga. Abro mis labios para dejar entrar su lengua y un gruñido sale de su garganta, ahogándose contra mí. Me estrecha fuerte contra él, una declaración de intenciones, solo que ahora no es el momento, pero puedo disfrutar un poco más.

No sé el tiempo que pasamos de esta manera, solo que cuando separa su boca de la mía ya lo echo de menos.

—La has jodido, hada de la pólvora —murmura contra mis labios.

—Puedo irme cuando quiera —le aseguro.

—Sí —sonríe—, pero ahora sé que no quieres.

—Idiota —me da tiempo a decir antes de que vuelva a besarme.

Es la tos falsa de Zakrone la que nos separa definitivamente, aunque Lev no deja de rodearme con su brazo.

—A ver, que no quiero interrumpir, pero tengo a unas italianas que me dicen que si no apareces en treinta segundos van a hacer filete ruso.

—¿Te dan miedo los italianos? —se burla Lev.

—No, ellos no, ahora, las Farnese…

—Chico listo —suelto, y me gano que Lev muerda mi oreja, haciéndome reír.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta el que parece que va a ser mi nuevo amigo ruso y yo

asiento.

—Diles que nos den unos minutos, necesito aclarar unas cosas con mi mujer.

La palabra no pasa desapercibida para Zakrone, pero no dice nada, aunque sé que esta se la va a guardar.

—Tengo que ir con mi familia.

—Lo sé, pero necesito que me digas si te vas a quedar.

—Hace un momento has dicho que soy tuya y me has meado encima y todo eso.

Lev se ríe y me besa de nuevo.

—Y mantengo lo de que eres mía y la meada, pero ambos sabemos que nunca te quedarías en un lugar en el que no quieres estar.

—Necesito hablar con ellos primero antes de darte una respuesta. Entiende que desaparecí, que mi padre quería matarme y que para ellas lo estaba, que Fiore lo está.

Digo esto último con un nudo en la garganta, es la primera vez que lo reconozco en voz alta, pero no se siente bien.

—¿De verdad crees que está muerta?

—No, quiero creer que hubiera sentido algo aquí —contesto, tocando mi pecho—, suena a loca, ¿no?

—Para nada, si tú crees que sigue viva, entonces no dejes de buscarla. Yo te ayudaré a ello.

—¿Incluso si decido no quedarme?

—Incluso si lo haces.

Su respuesta me dice más que cualquier palabra en estos momentos y lo abrazo.

—Por cierto, ¿un trono? ¿En serio?

—Me da un toque —contesta.

—Un toque de sociópata.

—Dime que no te gustaría sentarte sobre mi regazo como una reina.

—No te equivoques, Lev. El día que yo me siente en un trono será en uno que me pertenezca. No soy la mascota de nadie.

Dicho esto, le doy una palmadita en el culo y me dirijo hacia el comedor donde está mi familia. Cuando entro veo que solo está Zakrone, no sé si Artem está enfadado o solo se ha ido a dormir porque es casi de día ya.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —pregunto, y mis hermanas vuelven a abrazarme.

Y yo vuelvo a llorar.

Ori es la primera en hablar. Por supuesto que lo es. Mi hermana nunca ha sabido quedarse callada cuando algo la inquieta. Se sienta en la mesa de centro frente a mí, los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, como si también estuviera intentando contenerse.

—Cuando el coche explotó, te buscamos entre los restos. —Sus palabras me golpean como una ráfaga de aire helado.

La imagen me atraviesa de inmediato. El humo. Las llamas. Fiore. La sangre en mis manos y el hecho de que todo se volvió negro.

—No encontramos nada —continúa Ori, su voz temblando un poco—. Nada más que metal retorcido y…

Se detiene, tragando saliva.

Seren le pone una mano en el hombro y toma la palabra.

—Pensamos que estabas muerta, Nella. Que tú y Fiore…

El silencio se prolonga unos segundos. Nadie dice su nombre en voz alta. Fiore. Mi hermana. Mi otra mitad. La que murió en esa calle por culpa de nuestro propio padre.

—Pero algo no cuadraba —interviene Roma, su tono más práctico, como siempre—. Nadie encontró tus restos. Y eso no tenía sentido.

Nico asiente desde su lugar apoyado contra la pared, siempre en silencio, observándolo todo.

—Dijeron que había sido un accidente con una tubería de gas —dice Ori, volviendo a levantar la mirada—. Pero nosotros sabíamos la verdad. Sabíamos que no fue un accidente. Que fue…

—Él —completo la frase por ella.

Mi padre. El hombre que nos enseñó a sobrevivir en un mundo de sangre y poder solo para convertirse en nuestro peor enemigo.

Ori me observa con los ojos vidriosos, pero no derrama una lágrima. Mi hermana ha llorado suficiente por esto.

—Empezamos a buscarte —dice Seren—. Fuimos a todas las casas seguras, sobornamos a todo el que pudo darnos una pista. Nadie hablaba. Pero Nico…

Seren se gira hacia él con una sonrisa suave.

—Nico encontró la primera pista.

Él se limita a asentir, como si no fuera gran cosa.

—Un vídeo que se olvidaron de borrar —dice Nico, con voz baja pero firme—. Se veía el reflejo de cómo tu padre te arrastraba dentro de un coche, solo podrías estar viva.

Mi corazón late con fuerza. Ellos nunca dejaron de buscarme.

—¿Por qué habéis venido hasta aquí sabiendo lo peligroso que era? —pregunto, y mi voz suena más frágil de lo que esperaba.

Ori me mira como si la pregunta fuera absurda.

—Porque eres nuestra familia, Nella. Porque Fiore habría querido que lo hiciéramos.

El nudo en mi garganta se aprieta, pero logro mantener la compostura. No puedo permitirme romperme ahora.

—Cuando entendimos que estabas aquí… —Roma hace un gesto vago hacia la mansión—. Fue un alivio y una maldita sorpresa.

—No te esperábamos en la guarida de un mafioso ruso —añade Seren, sonriendo con esa chispa en los ojos que siempre tiene, incluso en los peores momentos—. Pero supongo que esto es muy de tu estilo.

No puedo evitarlo. Suelto una carcajada amarga. Porque, por más oscuro que sea todo, ellos están aquí. Y, de alguna forma, eso hace que el peso sea más fácil de llevar.

—Fiore estaría orgullosa de ti —dice Ori en un susurro—. No importa lo que pase ahora. Lo sabes, ¿verdad?

Mi pecho se aprieta tanto que casi me cuesta respirar. Pero asiento.

—Por cómo te mira el ruso, supongo que no has estado mal atendida después de todo —suelta Ori, y me río.

—Tengo mucho que contaros.

Y lo hago. Me pongo al día con todos. Me entero de que toda la Cosa Nostra ha estado buscándome. Les hablo de Artem, de Yuri y de que él tiene a nuestro padre. No me queda claro si sigue vivo, pero es algo que voy a averiguar en cuanto tenga a ese desperdicio humano frente a mí.

También hablamos de que el bebé está perfectamente y de que Seren tuvo que pasar un par de días ingresada después del entierro de Fiore. Está junto a nuestra madre. Me guardo para mí que no creo que esa sea Fiore, Lev me va a ayudar a buscarla y no quiero dar esperanzas, ellas ya la han velado. Es mi turno de hacerlo si descubro que ya no está entre nosotros.

Una vez que ellas saben todo lo que yo sé y viceversa, decidimos que es mejor que no se queden. Yo estoy aquí segura, pero mi hermana ya está muy avanzada en su embarazo y no le conviene viajar en avión, además de que Ori está intranquila al saber que mi padre quería ir a por Irina.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunta Seren, levantándose del sofá con ayuda de Nico.

—Ayudaré a Lev con lo que sea que necesita del fuego azul y después veré si hay algo por lo que quedarse.

—¿Crees que te está utilizando para que le enseñes a hacer esa mierda? —pregunta Roma, preocupado de manera genuina.

—No, pero ya sabes que mi cabeza funciona de otra manera, y quizás deje de ser interesante de aquí a un tiempo.

—Es más probable ver pingüinos comprando estufas en Ikea a que tú te vuelvas aburrida, hermanita —se burla Ori.

—Ya sabes que cuando lo necesites vendremos a buscarte —me asegura Nico.

—Gracias.

—Cuídate, y toma este móvil —dice Seren, empujando hacia mí un teléfono que no tengo idea de dónde ha salido—. Y me da igual que el ruso te quiera incomunicada, si no me contestas cuando te mande un mensaje en un tiempo razonable, vendré aquí con mis mejores cuchillos a comprobar el tono de su sangre.

Veo a Artem cuando salimos de la sala y tiene un gesto serio en la cara, me acerco porque no sé si ha pasado algo malo.

—Supongo que esto es un adiós —signa, mirando como mis hermanas están yendo hacia el vestíbulo.

—Sí, para ellas, yo me quedo.

El semblante pasa de triste a feliz en un segundo y me abraza.

—Pensaba que te irías —dice con gestos efusivos.

—Puedo irme, pero de momento me ha salido aquí un trabajo —contesto, guiñándole el ojo —. Voy a salir a decirles adiós y entro.

—Me gusta tu familia —signa al final.

—Y a mí.

Vuelvo con ellos, con los ruidosos de mis cuñados, con mis hermanas discutiendo sobre volver en tren porque el bebé puede nacer antes en el avión y me doy cuenta de que da igual el tiempo que necesite lejos para recomponerme, siempre serán mi hogar y podré volver a su lado sin tener que dar explicaciones.



Capítulo 23

Lev

Camino de un lado a otro en mi despacho sin parar. La alfombra bajo mis pies debería amortiguar el sonido de mis pasos, pero no lo hace. Cada movimiento retumba en mi cabeza como un martilleo constante. Mis manos están cerradas en puños, y cada vez que paso frente al escritorio, me detengo un segundo, como si pensara que eso me calmará.

No lo hace.

Nada lo hace.

Nella se va.

Esa idea me vuelve loco.

Desde que escuché a Ori hablar sobre «llevarla de vuelta a casa», no puedo pensar en otra cosa.

Ahora, después de todo, después de verla de pie junto a mí con un arma en la mano, lista para pelear, se va.

No puedo permitírmelo. Pero tampoco sé cómo detenerla.

La idea de perderla… otra vez. La misma sensación que tuve durante el ataque, cuando me di cuenta de que Nella estaba allí afuera, sola, mientras esperaba que los disparos resonaran en la noche. Pensé que la perdería antes de poder decirle lo que ella significa para mí. Pensé que no llegaría a tiempo.

Y ahora, aunque está viva, siento que la estoy perdiendo de nuevo.

Mis pasos se aceleran mientras la rabia crece en mi interior. Rabia hacia ella, hacia mí mismo, hacia todos los malditos que intentan arrebatármela. Pero, sobre todo, rabia por sentir esto. Por haber dejado que alguien se metiera bajo mi piel de esta manera.

Desde que llegó, mi vida ha sido un caos. Y lo peor es que ya no sé cómo era antes sin ella.

Recuerdo sus ojos desafiantes cuando le di las armas durante el ataque. La forma en que no dudó. Recuerdo cómo sus manos, firmes y seguras, revisaron los cargadores con una precisión que me hizo sonreír en medio del infierno.

Recuerdo como, incluso con el peligro rondando, mi única preocupación era ella.

Porque, por mucho que intente ignorarlo, la necesito.

Mis pasos se detienen frente a la ventana. Afuera, la noche empieza a desaparecer, y la casa está más tranquila de lo que debería. Pero yo no lo estoy. Mis pensamientos son un caos. Mi corazón, una guerra constante que no sé cómo ganar.

Levanto la mano y me paso los dedos por el cabello, frustrado. ¿Qué demonios voy a hacer?

Nella es libre. Siempre lo ha sido. Nunca fue de verdad mi prisionera. Podría haber huido mil veces, pero se quedó. Y ahora quiere irse.

¿Debería dejarla?

La pregunta me golpea como un puñetazo. Mi primer instinto es decir que no. Que no puedo dejarla ir. Pero la otra parte de mí… la parte que siempre ha luchado por controlarlo todo… no sabe qué hacer con esto. No sé cómo retenerla sin romperla.

Porque Nella no es como las demás. No acepta cadenas.

Aprieto los dientes y cierro los ojos por un momento. ¿Y si se va? ¿Y si cruza esa puerta y no vuelve?

La idea me asfixia.

He perdido demasiadas cosas en mi vida. No puedo perderla a ella.

Cuando abro los ojos, el reflejo de la ventana me devuelve mi propia mirada. Oscura. Vacía. Y por primera vez veo algo diferente en mis propios ojos: miedo.

No miedo al enemigo. No miedo a la muerte.

Miedo a que ella se marche y me deje con esta maldita soledad.

Porque ella es lo único que me hace sentir vivo.

Doy otro paso, pero esta vez no es impulsivo. Es más lento. Controlado.

Tengo que hacer algo. No puedo seguir dando vueltas como un maldito animal enjaulado. Necesito hablar con ella. Necesito hacerle entender que no quiero que se vaya.

Pero no puedo darle órdenes. No a Nella. Con ella todo es diferente.

Mis manos se relajan y al fin dejo de caminar. Respiro hondo, intentando calmar el ritmo frenético de mi corazón. Pero la sensación sigue ahí, clavada en mi pecho.

Porque sé que, si no la detengo ahora, no volveré a verla. Y no pienso vivir en un mundo en el que Nella no esté.

La necesito aquí.

Conmigo. Siempre.

—¿Dónde vas? —pregunta Zakrone cuando doy un paso fuera de mi despacho.

—A por ella.

—Vuelve dentro, hazme caso —me pide, y le hago caso porque en momentos de este tipo, cuando mi mente es todo caos, él siempre ha sabido hacer lo correcto.

Regreso a mi despacho y espero a que cierre la puerta. Nos sirvo dos tragos de vodka y lo veo sentarse en el sillón frente a mí con calma.

—¿Qué se supone que debo hacer? —pregunto, irritado ante su parsimonia.

—Lo que estás haciendo.

—¿Nada?

—Exacto. Nella se parece mucho a Lucía en cuanto a carácter, y te aseguro que ella es la que decidirá si se va o si se queda. Como seas tan gilipollas de obligarla a algo la vas a perder para siempre.

Lo miro y sé que tiene razón, pero no soporto el no saber si ella va a elegirme o no por encima de su familia.

Oh, vamos, ¿qué te va a elegir por encima de su familia? Me conoce de hace cinco minutos y la complicidad de las Farnese… Además del capo italiano y su segundo al mando, que parecen haberse integrado en la familia como uno más.

No sé el rato que pasamos hablando de idioteces, me doy perfecta cuenta de que mi amigo trata de distraerme de mis pensamientos y no se hace una idea de lo que le agradezco que esté aquí ahora mismo conmigo.

Cuando el sol ya despunta en el horizonte y mi cuerpo pesa por el bajón de adrenalina, decido que es hora de irme a por una ducha. Da igual dónde esté, ella va a tomar su decisión sin contar conmigo.

El teléfono de Zakrone suena y veo en la pantalla que es el jefe de seguridad. Con él voy a tener unas palabras por ponernos en peligro esta madrugada.

—¿Ya? —pregunta Zakrone, y tras oír un «sí» como respuesta cuelga.

—¿Qué ocurre?

—Los italianos se largan, ya se han subido a los coches y serán escoltados a la pista donde tienen su avión.

Llego en dos zancadas hasta la ventana justo a tiempo para ver la última puerta del segundo coche cerrarse. Ni siquiera se ha despedido, o quizás es que no podía. No tengo claro que la hubiera dejado ir.

—Debería haberle dicho algo —gruño enfadado.

—Ya tuviste tu momento, era decisión de ella.

—Sé que podría haberla convencido de quedarse, tengo una lengua mágica.

—Oh, joder, demasiada información.

—Que sepas que me caes mal ahora mismo.

—Vete a dormir, te hace falta.

No espero a que se levante, salgo de mi despacho y voy a mi habitación. No sé si podré dormir, pero al menos voy a intentarlo y mañana pensaré en cómo actuar respecto a Nella.

Abro la puerta y lo que me encuentro me deja paralizado.

—No puede ser.



Capítulo 24

Nella

—¿Qué es lo que no puede ser? —pregunto.

Lev cierra la puerta tras él y llega a la cama, donde estoy sentada esperando a que llegara después de despedir a mis hermanas y cuñados.

—Pensaba que te habías ido.

—Todavía tengo trabajo aquí, ¿o ya no me quieres contratar para que te enseñe a hacer fuego azul?

No contesta, solo se lanza a mi boca y yo lo recibo con gusto. Mete su mano en mi pelo y tira un poco de él. Solo que al hacerlo hago un pequeño gesto de dolor y se detiene.

—¿Te he hecho daño? —pregunta, asustado.

—No, es solo que Roma aprieta demasiado en sus abrazos y me pilló desprevenida cuando se despidió —le explico, y veo que sus ojos se oscurecen.

—Le puedo pasar el hecho de hacer que en mi jardín exploten fuegos artificiales en forma de polla, pero esto no…

—Oh, sí, el hombre fuerte y grande sale de la cueva a defender a la pobre mujer desvalida —me burlo, y sonríe cuando hago los sonidos de unga unga dignos de los mejores trogloditas.

—Al menos déjame que cuide de ti.

—Dime que eso incluye sexo.

—Lo hace, justo después de darte un masaje de cuerpo entero con aceite —suelta, y ya estoy desnudándome y poniéndome bocabajo en el colchón mientras él se ríe y va en busca de lo que necesita.

No sé si será normal, pero a mí todo esto del ataque, antes de saber que era mi familia, me ha puesto cachonda. Verlo en acción como el *phakan* que es…

Despejo mi mente y me coloco mientras él se sube sobre mí. El colchón bajo mi cuerpo es suave, pero lo único que siento es el peso de sus manos sobre mi piel. Lev.

Estoy bocabajo, con la cabeza apoyada en mis brazos cruzados, mientras sus dedos recorren mi espalda con una lentitud que me desespera. Sus manos son grandes, fuertes, pero se mueven con una delicadeza que no esperaba de él. Cada roce me deja una sensación cálida, como si cada caricia encendiera una chispa que no puedo apagar.

—Relájate —murmura con esa voz baja y grave que me recorre como un escalofrío.

Relajarme. Cómo no. Como si pudiera relajarme cuando es él quien me está tocando.

Su pulgar presiona con firmeza la parte baja de mi espalda y un suspiro escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo. Siento cómo se detiene un segundo, como si estuviera disfrutando de mi reacción, y luego continúa, trazando un camino lento hacia mis hombros.

Mis pensamientos son un caos. No sé cómo hemos llegado hasta aquí, cómo pasamos de evitar mirarnos a esto: su cuerpo tan cerca del mío, sus manos descubriendo cada rincón de mi piel.

Lev no dice nada más. No lo necesita. El silencio entre nosotros está cargado de todo lo que no hemos dicho. Lo que no podemos decir.

Sus dedos se deslizan por mi nuca y cierro los ojos cuando presiona con fuerza los músculos tensos de mi cuello. Dios. Es como si supiera con exactitud dónde tocar para desmontarme poco a poco.

Pero no es solo un masaje. Lo sé. Lo siento.

Sus manos empiezan a bajar de nuevo, trazando la curva de mi espalda con una lentitud que me tortura. Cuando sus dedos llegan a la base de mi columna, una descarga de calor me recorre entera.

Mi respiración se acelera.

Siento el peso de su mirada. Sé que me está observando, que está midiendo cada una de mis reacciones, buscando cada estremecimiento, cada suspiro que no puedo contener.

Y entonces, sus manos se desvían. Dejan mi espalda y bajan hasta mis caderas, acariciándolas con una firmeza que me hace temblar.

—Lev… —su nombre escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo.

Él no responde. Pero sus manos siguen explorando, recorriendo la línea de mis muslos, subiendo con lentitud hasta que sus dedos rozan mis pliegues.

Mi corazón late tan rápido que creo que puede oírlo.

Y luego lo siento inclinarse, su aliento cálido rozando mi cuello, y sus labios apenas tocan mi piel.

—No pares —susurro, sin saber si estoy pidiendo que me toque más o que me rompa por completo.

Porque, en este momento, ya soy suya.

—Lo que ordenes, hada de la pólvora.

Sigue masajeando a la vez que noto cómo, con toques delicados, empieza a construir un orgasmo que se hace esperar, pero que estoy deseando que llegue.

—Por favor —suplico.

Y entiende lo que le pido. Baja su boca y yo subo mis caderas para darle acceso. El primer lametazo me hace gritar, el segundo me tiene llegando al clímax y el tercero simplemente me transporta a otro nivel de placer que ni siquiera sabía que existía.

—¿Preparada? —pregunta un momento después.

Miro por encima de mi hombro y veo que se ha quitado la ropa. ¿Cuándo ha pasado eso?

Asiento porque no me salen las palabras, y cuando noto el roce de la punta de su polla sobre mis pliegues, todavía sensibles por lo que acabo de experimentar, simplemente gimo y él me penetra de una estocada.

—Joder, estás muy apretada.

—Ha pasado un tiempo.

No es momento de reconocer que años. Después de lo ocurrido en mi secuestro no me ha gustado demasiado el sexo. No soy virgen, he tenido varios novios, pero hacerlo no me suponía ningún placer, así que solo dejé de intentarlo y se cansaron de mí. Sin embargo, con Lev, solo el hecho de mirarme con la intensidad que lo hace provoca que me moje.

Sus embestidas son duras, firmes, su mano en mi culo apretando y sus gemidos de placer me llevan a tener dos orgasmos más seguidos. Casi no puedo soportarlo, estoy a punto de pedirle que se detenga, pero no lo hago porque noto como su polla palpita dentro de mí y sé que va a acabar pronto.

Dos estocadas más en mi interior y grita mi nombre mientras se derrama en mi espalda.

Cuando termina se tumba sobre mí, sin importarle mancharse, sosteniendo su peso con los antebrazos y me besa el hombro, el cuello y, al girarme, la boca.

—Creo que necesito una ducha —le digo un rato después, pero él gruñe—. Ni de coña voy a dormir así, no soy la prota de un libro de esos.

—Explícate—me pide, genuinamente interesado.

—En los libros eróticos no sé por qué tienen el extraño pensamiento de que si os corréis sobre nosotras y nos pedís que nos durmamos así, sin limpiar ni nada, pues que es *sexy*.

—En cierto modo lo es.

—No, es una marranada, y ya puedes ir cambiando las sábanas para cuando vuelva —le aviso, y suelta una carcajada.

Entro en la ducha y unos minutos después ya no estoy sola. Agacha su boca hasta mi oreja y me susurra.

—¿Lista para la siguiente ronda?

Vale, creo que Lev tiene superpoderes porque cuando salimos de la ducha, todo arrugados por el rato que hemos pasado, la cama está cambiada.

Me meto desnuda y él hace lo mismo.

—Apaga la luz —le pido.

—Prefiero que no, en cuanto te duermas iré al sofá —suelta, señalando el sillón que hay junto al vestidor.

—Ni se te ocurra hacerlo.

—Ya viste lo bien que terminó la última vez.

—Estabas dormido y apenas tuve alguna marca, eres bueno en no dejar rastro —me burlo tratando de aligerar el tema, pero no lo logro.

—No pienso arriesgarme.

—Entonces me voy.

—¿Dónde?

—A casa, para dormir sola tengo mi propio cuarto.

Lev me mira y evalúa si estoy tratando de ir de farol. No lo hago, y lo ve en mis ojos porque cierra los suyos y respira hondo.

Se gira hacia su lado y abre el cajón de la mesilla, luego vuelve a esta a mi lado y me tiende un aparato pequeño, como un pintalabios, pero con una cinta a su alrededor que se ata con un velcro.

—Esto es un pequeño táser, me dará una descarga para despertarme si vuelve a ocurrir, o al menos me distraerá para poder escapar.

—¿De dónde cojones has sacado tú esto?

—Me lo dio Lucía la primera noche que dormí en su casa después de…

—Ok, es raro, pero voy a decir que me gusta esa mujer.

—No se lo digas a Zakrone —sonríe—, es muy celoso.

Tenemos que cerrar las cortinas porque el sol ya está en lo más alto para cuando nos queremos dormir. Hemos dicho de tomar una siesta para aguantar el día, pero con el sueño que tengo es probable que no pueda despertarme antes de la noche.

—Dime algo que nadie más sepa —le pido medio dormida, rodeada por sus brazos.

Siento un beso en mi sien y como me aprieta más contra él antes de contestar.

—Creo que voy a tener que ir a un especialista porque no solo creo en las hadas, sino que me he enamorado de una de ellas.



Capítulo 25

Lev

Los días pasan, uno tras otro, y Nella sigue aquí. Todavía no sé si cuando le dije que estaba enamorado no me escuchó porque se había dormido o simplemente quiso hacerme pensar eso.

No hablamos de lo que somos. No hay promesas ni palabras grandes. Solo estamos. Compartimos el espacio, el tiempo… y lo que sea esto que hay entre nosotros. No tiene nombre. No lo necesita.

Ella sigue enseñándome a hacer las bombas de fuego azul. Se mueve con precisión mientras mezcla los productos químicos sobre la mesa, sus manos rápidas y seguras, su voz tranquila mientras me explica cada paso. Me sorprende lo mucho que me gusta escucharla hablar. Su tono es práctico, pero hay algo en la forma en que se dirige a mí que me atrapa cada vez. Como si, incluso en medio de explosivos, estuviera hablándole al hombre y no al jefe.

Pero lo que de verdad me pierde es cómo me mira. Esa chispa en sus ojos que me desafía y me provoca, que me deja claro que esto es suyo tanto como mío.

No puedo evitar tocarla.

Al principio intenté contenerme. Dejar que el tiempo hiciera lo suyo, que esto evolucionara de forma natural. Pero no soy un hombre paciente, y ella… ella no es una mujer que me lo ponga fácil.

Hoy, mientras explica cómo ajustar una mecha, mis ojos no están en los productos. Están en ella. En la forma en que sus labios se mueven, en cómo se humedece la boca cuando está

concentrada. En como su cabello cae desordenado sobre sus hombros.

Cuando termina de hablar, me acerco por detrás, rodeándola con mis brazos. Ella no se aparta. Nunca lo hace.

—¿Estás prestando atención? —pregunta, su tono burlón.

—No.

Mi respuesta la hace sonreír. Puedo sentir la curva de sus labios antes de que gire la cabeza para mirarme.

Dejo que mis manos recorran su cintura, despacio, sintiendo cómo su respiración se acelera. La he tocado tantas veces ya, pero cada vez es como la primera. Siempre hay algo nuevo que descubrir, una reacción que me hace querer más.

—Esto es un mal hábito —murmura.

—¿Cuál?

—Tocar en lugar de aprender.

No puedo evitar sonreír.

—¿No es lo mismo?

Ella ríe, ese sonido suave que me hace perder el control. Se gira en mis brazos, y antes de que pueda pensar en otra cosa, su boca está sobre la mía. El beso es lento, firme, una confirmación de que ambos queremos esto. De que no importa cómo lo llamemos mientras siga siendo real.

Mis manos se deslizan por su espalda, tirando de ella hasta que no queda espacio entre nosotros. La sensación de su cuerpo contra el mío es todo lo que necesito para saber que no voy a dejarla ir. No mientras ella quiera quedarse.

Cuando nos separamos, sus ojos brillan con esa mezcla de desafío y deseo que me vuelve loco.

—Tendrás que repetir la lección —dice con una sonrisa perezosa.

—¿Cuál de ellas? —pregunto, mi voz baja.

Nella levanta una ceja, divertida.

—Ambas. La de las bombas… y esta.

Me río entre dientes y la tomo de la cintura, alzándola para sentarla sobre la mesa. Los frascos y herramientas se mueven, pero ninguno de los dos presta atención.

—Esta lección la tengo clara —murmuro antes de besarla de nuevo.

No hablamos de futuro. No ponemos etiquetas. Pero esto es nuestro. Y, aunque no lo digamos en voz alta, ambos sabemos que cada día que pasa solo nos acerca más.

Ella me hace sentir vivo.

Y yo no pienso dejar que eso cambie.

Cuando la dejo con Artem para que vayan a practicar con las estrellas ninja estoy a punto de quedarme para verla lanzarlas. Me pone duro solo el movimiento de cadera, pero sé que si tiene unas buenas tiradas esta noche va a estar feliz de demostrarme ese gesto en privado.

Zakrone aparece, y por la cara que trae sé que lo que me va a decir no me va a gustar ni un poco. El hecho de que Lucía lo acompañe con el mismo semblante me lo confirma.

—Estoy teniendo un buen día, así que paso de vosotros.

Trato de esquivarlos, pero me siguen hasta el salón. Me dejo caer en el trono, sé que a Zakrone no le gusta y por la forma en la que Lucía rueda los ojos, tampoco.

—Venga, decidlo ya.

—Serenella Farnese está ahora mismo de parto, la acaban de llevar al hospital —suelta Zakrone sin rodeos.

—Me tienes que decir quién espía para ti, joder, son buenos —murmuro asombrado.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —interviene Lucía.

—Le mandaré flores, ¿es eso lo que toca? No tengo idea, la verdad.

—No me refiero a eso y lo sabes.

—Nella se tiene que enterar —me aclara mi amigo, que cree que soy gilipollas y no estoy entendiendo a su mujer.

—Si se va es probable que no vuelva.

Dejo salir mis miedos porque con ellos estoy en familia y sé que no me van a juzgar con otra cosa que no sea lealtad y cariño.

—Lev —susurra Lucía—, si no se lo dices entonces se irá sin mirar atrás. Nella ama a sus hermanas, y perderse algo como esto…

—Si fuera a otro país iría con ella, pero en Italia tengo enemigos que están esperando que ponga un pie para atacar.

—Lo sé —interviene Zakrone—, pero si quieres ir con ella yo te cubro, hermano.

Sonrío porque sé que lo haría. Como también sé que no saldríamos ninguno vivos de allí y con la posibilidad de que Nella sea un daño colateral.

—No hay otra manera, ¿verdad? —pregunto a ambos y a ninguno a la vez.

—No, lo siento.

—Bien, organiza el vuelo, yo le aviso —ordeno, y tras darme una mirada triste, Zakrone y Lucía desaparecen por donde han venido, dejándome solo con mi trono y mis pensamientos.

Voy en busca de Nella y la encuentro en la parte de atrás de la casa riéndose con mi hermano. Me detengo un momento para observarlos. Ellos son lo más importante que tengo ahora mismo.

—¡Cuidado! —oigo a Nella gritar, y veo como Artem se agacha justo a tiempo de evitar que una estrella se le clave en la frente.

Nella estalla en carcajadas otra vez y ya no me detengo. Voy a por ella, la giro y la beso, tanto que hasta a mí me asusta todo lo que le estoy diciendo sin hablar.

—¿Ocurre algo? —pregunta aturdida cuando la dejo separarse unos milímetros de mí.

—Te lo dije y te lo vuelvo a repetir, te quiero.

Lo suelto sin más porque quiero que lo sepa.

—¿Qué ha pasado? —pregunta preocupada porque mi comportamiento no es normal.

—Seren está dando a luz en estos momentos, tienes un avión a tu disposición y te llevaré en cuanto hagas una maleta.

—No necesito llevarme nada, vámonos ya. ¡Voy a ser tía!

Y así, con esas palabras, me deja claro que no hay nada aquí que quiera llevarse, aunque, sin darse cuenta, mi corazón se va con ella de polizón.



Capítulo 26

Nella

Corro dentro de la casa y me doy una ducha rápida. Me coloco otro de los conjuntos deportivos que Lev me consiguió para estar aquí y salgo disparada hacia la puerta de la mansión.

—Quiero ir contigo —me signa Artem mientras se pone en mi camino.

—¿Quieres venir a Italia?

—Sí, no tengo muchas oportunidades de viajar y quiero ir contigo.

—Por mí no hay problema, ¿qué dirá tu hermano?

—Ya he hablado con él y no le hace gracia, pero soy mayor de edad.

—Ok, hombrecito, te vienes a Italia entonces.

Salimos de la mansión y Lev nos espera con un sub enorme. Le ordena a Artem que se siente delante y él me arrastra a su regazo cuando nos metemos en la parte trasera.

—Voy a echarte de menos —le digo.

—No tanto como yo a ti.

—Serán unos días.

—Claro.

No está convencido de mis palabras y por un momento algo se me pasa por la cabeza: cree que no voy a volver. De ahí el beso y la declaración. Mierda, me ha dicho que me quiere dos veces y no le he contestado ninguna.

Llegamos al aeropuerto privado y Artem sube al jet. Yo me quedo al pie de las escaleras con Lev unos minutos más.

—Ten cuidado de él, por favor, no le digas a nadie que es mi hermano.

—Tranquilo, lo cuidare como si fuera el mío. En cierto modo lo siento así.

Lev sonríe y lo beso.

—¿Volverás? —pregunta, y confirma mis sospechas.

—Sí, Lev, regresaré.

Me besa de nuevo y yo me meto al avión antes de que diga alguna estupidez de la que luego pueda arrepentirme.

No sé lo que siento, y este viaje creo que me va a venir bien para aclararme las ideas respecto a mi futuro con el ruso.

El zumbido del motor del avión privado llena la cabina, una constante que debería relajarme, pero no lo hace. Estoy demasiado inquieta. Mis dedos tamborilean contra el reposabrazos de mi asiento mientras miro por la ventanilla. Las nubes pasan con lentitud debajo de nosotros, pero el tiempo parece ir demasiado rápido.

Seren va a dar a luz.

Y no estoy allí.

No sé cómo llegamos a esto. Unas semanas atrás estábamos todos juntos, riendo como si el mundo fuera un lugar seguro. Y ahora… ella está a punto de ser madre y yo estoy volando hacia ella sin saber si llegaré a tiempo.

—Deja de moverte tanto —signa Artem desde su asiento frente a mí, levantando una ceja en señal de advertencia.

—No puedo evitarlo —le respondo en lengua de signos, moviendo las manos rápido.

Él suelta un suspiro, apoyándose contra el respaldo. A simple vista, parece tranquilo, como si los nervios no lo afectaran. Pero lo conozco lo suficiente para ver las pequeñas señales: la forma en que tamborilea los dedos contra su muslo, el ligero fruncimiento de su ceño. Artem también está preocupado.

—¿Crees que llegaremos? —pregunto, aunque no estoy segura de si quiero una respuesta.

Artem me observa en silencio durante unos segundos antes de mover las manos con calma.

—Estoy seguro de que sí —signa—, he leído que las primerizas tardan horas en dar a luz.

—No conoces a mi hermana, si ella dice que para afuera te aseguro que el bebé sale de ahí cagando leches.

Cierro los ojos por un momento y respiro hondo, intentando calmarme. Cuando los abro, Artem sigue observándome con esa paciencia que siempre tiene. Él sabe lo que estoy pensando. Lo sabe sin que tenga que decirlo.

—No es lo mismo —signa, sus movimientos lentos y deliberados.

—Lo sé.

Pero no puedo evitarlo.

Mis pensamientos vuelven a la carretera, al ruido ensordecedor de la explosión, al cuerpo de mi hermana entre mis brazos. No quiero volver a perder a nadie.

El avión tiembla ligeramente y me agarro al reposabrazos. Pero esta vez no por miedo al vuelo, sino por la ansiedad que me carcome por dentro.

Artem se inclina hacia adelante, tocándome el brazo para llamar mi atención.

—Serás una tía increíble.

Una sonrisa se escapa antes de que pueda evitarlo.

—Tú también serás un buen tío algún día. —Le hago un gesto burlón—. Aunque deberías practicar tu cara de ternura.

—¿Algo que contar? —insinúa, alzando las cejas.

—Ah, no sabía que te interesaba la vida sexual de tu hermano, yo te cuento, verás, tiene una polla que está deliciosa y …

Artem rueda los ojos y se apoya contra el respaldo, ignorándome, lo que hace que me ría.

El piloto anuncia que estamos a punto de aterrizar. Mi corazón late más rápido. No sé si llegaremos a tiempo, pero tengo toda mi vida para estar junto a esa criatura que hoy verá el mundo por primera vez.

Lo extraño es que cuando pienso en el futuro no me veo sola, como lo he hecho toda la vida, ahora un ruso aparece a mi lado, cogiéndome la mano y mirándome como si fuera el centro de su universo.



Capítulo 27

Nella

Las puertas del hospital se abren con un golpe seco y Artem y yo entramos casi corriendo, sin detenernos ni un segundo. El sonido de nuestros pasos resuena en los pasillos blancos, pero lo que en realidad llama mi atención es el grito que viene desde alguna habitación cercana.

—¡Dios santo, Nico! ¡Si vuelves a decirme que respire, juro que te cortaré en pedacitos y se los daré a tus hombres como aperitivo!

Me muerdo el labio para contener la risa, pero cuando miro a Artem, él ya tiene una sonrisa en el rostro. Sus hombros suben y bajan mientras intenta mantener su habitual aire impasible, pero incluso él no puede evitarlo.

El siguiente grito es más fuerte, y luego la voz grave de Nico llena el aire.

—¡Yo solo trato de ayudarte, Seren! ¡Pero haz lo que quieras, grita lo que quieras! ¿Quieres pegarme? ¡Adelante! ¡Pero por favor, ten al bebé!

El sonido de una carcajada se escapa de alguna habitación cercana. Reconozco la risa. Ori.

—¿De verdad está pidiéndole permiso para pegarle? —le digo a Artem, en lengua de signos.

Él se encoge de hombros, todavía sonriendo.

Seguimos avanzando hasta encontrar la sala de espera. La puerta está abierta, y adentro están todos. Ori, Roma, Irina, la madre de Nico y algunos de sus hombres. La tensión que se siente en el aire está mezclada con una energía caótica que solo mi familia puede aportar.

—¡Nella! —grita Ori al verme, levantándose de su silla.

Antes de que pueda decir algo, corre hacia mí y me envuelve en un abrazo fuerte. Se siente bien, cálido, seguro. Pero cuando se separa, sus ojos brillan de emoción y nerviosismo.

—Seren está adentro —dice, señalando la habitación de al lado—. Todo va bien…, aunque Nico está a punto de perder la cabeza.

—¿Qué está pasando? —pregunto, echando un vistazo al pasillo.

—Seren lleva horas en trabajo de parto y está… digamos que muy expresiva. —Ori sonríe—. Nico está intentando mantener la calma, pero no lo está logrando.

Desde la habitación se escucha otro grito.

—¡No me digas que respire! ¡El aire no va a sacar a este bebé de aquí!

Roma suelta una carcajada, cruzado de brazos junto a la puerta. Su mirada se suaviza al verme y asiente con la cabeza en un saludo silencioso.

—Está siendo un espectáculo —interviene—. Pero Seren lo está haciendo bien.

De pronto, Irina corre hacia mí y me abraza por la cintura.

—Tía Nella, ¡mi hermanita está a punto de llegar!

Me arrodillo frente a ella, acariciando su cabello oscuro.

—¿Estás lista para ser la mejor hermana mayor del mundo?

Irina asiente con tanta seriedad que me hace sonreír. Pero antes de que pueda decir nada más, otro grito atraviesa la pared.

—¡Nico! ¡Te juro que como me toques una vez más te haré tragar esas palabras!

El pobre hombre murmura algo que no llegamos a escuchar, pero la madre de Nico, que está sentada junto a Roma, sacude la cabeza.

—Mi hijo es un idiota. Pero la quiere con locura.

Ori y yo intercambiamos una mirada divertida. Todos lo sabemos. Nico haría cualquier cosa por Seren. Incluso dejar que lo amenace de muerte mientras está a punto de ser padre.

El médico entra en la habitación y la puerta se cierra detrás de él. Por unos segundos, el pasillo queda en silencio. La espera se siente interminable, pero sé que no falta mucho.

Ori toma mi mano y la aprieta.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja.

Asiento. Estoy nerviosa, pero también emocionada. Seren está a punto de ser madre.

—Estoy bien —respondo.

Artem se sienta junto a Roma, cruzando los brazos mientras observa todo con esa calma suya.

Pero incluso él tiene la mirada fija en la puerta, esperando.

Finalmente, el silencio se rompe con un último grito… seguido del sonido más hermoso del mundo. Un llanto de bebé.

La tensión en el aire desaparece de golpe. Todos nos ponemos de pie al mismo tiempo, y Ori me abraza con fuerza. Irina da un salto de alegría, mientras Roma se acerca para abrir la puerta.

Cuando el médico sale, sonríe.

—Todo está bien. Seren y el bebé están perfectos.

—¿Y Nico? —pregunta Ori, divertida.

El médico se ríe.

—Está… conmocionado, pero vivo.

Nos reímos todos al mismo tiempo porque no podría ser de otra manera.

Seren lo logró. Y gracias a Lev estoy aquí para verlo.

—¿Podemos entrar a verlas? —consulta Ori mientras veo a Roma pasar del médico y abrir sin llamar.

—¡Largo! —grita furioso Nico—. Mi mujer tiene la teta fuera, ni se os ocurra entrar a ninguno.

—Nico, voy a darle el pecho esté donde esté, no va a ser el único que me la vea —le suelta Seren a modo de venganza.

Mi hermana es así de retorcida y divertida.

—Sobre mi puto cadáver, *ma perle.*

—Acercarme el bolso, tengo un cuchillo dentro que hará tus sueños realidad.

Todos nos reímos, pero decidimos, por la paz mental de Nico, que los hombres se queden fuera de momento.

Irina es la primera en entrar, Ori y yo la seguimos de cerca, la madre de Nico tras nosotras.

—Os presento a Gia —dice mi hermana, enseñándonos a la bebé más bonita del mundo.

Una lágrima se me escapa mientras veo como la madre de Nico lo abraza, también llorando, e Irina observa curiosa a la nueva integrante de su familia.

—¿Es normal que sea tan pequeña? —pregunta Ori asustada, creo que no se atreve a cogerla.

—¿Qué querías? Mi útero no es tamaño gigante —se burla Seren, y todas nos reímos.

Nadie lo dice para no empañar este momento, pero sé que están pensando en Fiore, ella falta ahora mismo para disfrutar de este instante con nosotras.

∞∞∞

Una semana. Siete días exactos. Eso es lo que llevo aquí, en casa de Seren y Nico, rodeada de mis hermanas, un bebé que parece más fuerte de lo que debería para ser tan pequeña y un Nico que está perdiendo la cabeza a pasos agigantados.

—¿Está respirando? —pregunta Nico por décima vez en los últimos cinco minutos.

—Claro que está respirando —responde Seren, agotada, pero paciente. Demasiado paciente.

Estamos todos en la sala de estar. Ori, Roma y yo sentadas en el sofá, observando el espectáculo mientras Nico, con el bebé en brazos, revisa cada dos por tres si la criatura sigue viva. Pareciera que tiene miedo de que el bebé explote si lo sujeta mal.

—Nico, cariño… si sigues mirándola así vas a asustarla —dice Seren, sonriendo suavemente.

Él la ignora por completo. Su atención está fija en esa pequeña personita envuelta en mantas.

—¿Y si me quedo dormido? ¿Y si se cae? ¿Y si…?

Ori y yo no podemos aguantarlo más y rompemos a reír.

—¿Y si te relajas un poco? —le digo con una sonrisa burlona—. El bebé está bien. Seren está bien. El mundo sigue girando.

Nico me lanza una mirada de advertencia, pero no tiene ningún efecto. Estoy demasiado divertida viendo cómo este hombre, que antes parecía indestructible, se tambalea por completo ahora que tiene una familia que proteger.

Y me encanta.

Seren, por supuesto, está tranquila. Ha tomado las riendas de todo como si hubiera nacido para esto. Pero a veces me mira de reojo, con esa sonrisa cómplice que dice: «Gracias por estar aquí».

Y me alegra estar aquí. De verdad. Pero hay algo… alguien… que no puedo sacarme de la cabeza.

Lev.

Mi ruso.

Me despierto pensando en él y me duermo recordando sus manos, su voz, su mirada. Dios, lo echo de menos. Más de lo que debería. Y eso me asusta un poco. No pensé que esto iba a ser tan fuerte, pero ahora lo sé con certeza. Estoy enamorada de él.

Y cuando vuelva se lo voy a decir.

Claro que, entre tanto, tengo que ocuparme de otras cosas. Como mantener a Seren tranquila,

ayudar a Ori con lo que sea que necesite y —por supuesto— evitar que Nico pierda lo poco que le queda de cordura.

Ah, y no puedo olvidar a Pietro.

El guardaespaldas de Seren y hombre de Nico no se separa de nosotros ni un segundo mientras le muestro a Artem un poco de mi ciudad.

—¿Dónde está Pietro ahora? —pregunta Ori, rodando los ojos mientras abrimos la puerta para salir.

—Probablemente escondido detrás de ese coche, vigilándonos como un halcón paranoico —respondo, señalando con la barbilla.

Y, en efecto, allí está Pietro. Cruzado de brazos, con cara de pocos amigos, vigilando cada movimiento nuestro como si esperara que de repente alguien salte de un arbusto con malas intenciones.

—¿Te lo has llevado hasta al café? —inquiere Artem en lengua de signos mientras caminamos juntos por la plaza.

—Por supuesto —contesto en signos también—. ¿Qué sería de mí sin un guardaespaldas profesional que ni siquiera sonríe?

Artem se ríe, un sonido silencioso, pero genuino. Le he mostrado algunos de mis lugares favoritos de la ciudad, está disfrutando el paseo. Pietro sigue a una distancia prudente, no obstante, no nos quita los ojos de encima.

—¿Has hablado con el ruso desde que te fuiste? —me pregunta Seren, y asiento.

Aunque no reconozco que cada noche me duermo escuchando su voz. No hemos parado de escribirnos y llamarnos como dos adolescentes.

—¿Crees que estaría abierto a entrar en la Élite? —inquiere mi cuñado y miro a Roma.

—Me sigue pareciendo estúpido el nombre. —Él hace un gesto ofendido, lo cual provoca que nos riamos—. ¿Tú qué opinas?

Me dirijo a Artem, que en estos pocos días ha logrado hacerse un hueco en mi familia. Es lo que me gusta de ellos, han confiado en mi criterio para traer a alguien nuevo y lo han aceptado sin dudar.

—Mi hermano cree que es buena idea lo que tenéis montado —comienza a signar mientras yo traduzco en voz alta—, pero es difícil para alguien como él confiar en que todo será como decís y que no trataréis de apuñalarlo y arrebatarle el poder.

—Qué majo es el ruso —se burla Roma.

—Es normal, en su caso el poder no se consigue por herencia, sino tomándolo a la fuerza —explica Nico.

—Creo que podría convencerlo —intervengo.

—Sabemos que podrías hacerlo —me interrumpe Roma alzando las cejas y le tiro un cojín.

—Realmente te gusta, ¿eh? —suelta Ori, y me río.

—Más de lo que quiero aceptar.

—Ya solo por eso le voy a dar un pase al ruso —asegura Seren—, pero déjale claro que si te rompe el corazón la Élite será el menor de sus problemas.

Me río y disfruto de este tiempo en familia, aunque mi mente no para de viajar a kilómetros de aquí. Necesito volver y aclarar qué va a pasar a partir de ahora. Estoy enamorada, pero no es tan fácil, yo no puedo separarme de mi familia y él no puede entrar en Italia sin que traten de matarlo, así que lo nuestro está destinado a fracasar antes de empezar.

Mierda, esto va a ser complicado, y lo peor es que me encanta de esta manera.



Capítulo 28

Lev

Nueve días desde que la vi por última vez. Joder, esto es una puta tortura. Da igual las decenas de mensajes que le escribo, las horas nocturnas de llamadas interminables, me da igual todo. Solo quiero que regrese.

El sonido de los golpes resuena en la sala de entrenamiento. Mis puños se estrellan contra el saco una y otra vez, con tanta fuerza que los nudillos arden bajo las vendas. Pero no me detengo.

No puedo.

Nella sigue aquí. En mi cabeza. En cada maldito rincón de este lugar. Puedo oler su perfume, escuchar su risa, ver esos ojos desafiantes que siempre me miran como si pudieran ver más allá de lo que dejo mostrar.

Y no está.

La casa se siente vacía sin ella.

—Lev, ¿otra ronda? —pregunta uno de mis hombres con la respiración entrecortada.

Levanto la mirada y veo su estado. Está destrozado. El labio partido, la camiseta empapada de sudor y el ojo izquierdo empieza a hincharse. Debería dejarlo marchar. Ya he presionado suficiente.

Pero no lo hago.

—Otra más —gruño.

Los demás intercambian miradas incómodas. Lo noto. Saben que algo está mal, pero ninguno

se atreve a decirlo. No cuando estoy así. Enfadado. Vacío.

Mi oponente se coloca frente a mí con los puños en alto. Intenta aparentar confianza, pero no le sale. Está cansado. Yo también lo estoy, aunque no lo demuestro.

—Vamos —le digo, mi tono seco y frío.

El tipo lanza un golpe y lo esquivo con facilidad. Es lento, torpe. Está agotado. Esto no tiene sentido. Pero sigo. Porque si paro, el silencio me aplastará y no quiero escuchar mis propios pensamientos.

Él intenta otro golpe, y esta vez lo bloqueo con una mano. No me molesto en ser suave. Mi puño se hunde en su estómago y el aire escapa de sus pulmones en un jadeo ahogado. Se tambalea, pero no cae.

—Otra vez —le ordeno.

—Lev… —la voz de Zakrone suena desde un rincón de la sala.

Lo ignoro.

El tipo intenta enderezarse y lanza un golpe desesperado. Lo bloqueo de nuevo y mi puño impacta en su mandíbula con un golpe seco. Esta vez sí cae al suelo, rodando sobre las colchonetas.

—Lev, ya basta —dice Zakrone, acercándose. Su voz es más firme ahora.

El tipo en el suelo gime y se lleva una mano a la cara. No se levanta.

Zakrone se interpone entre nosotros antes de que pueda seguir. Me mira con los ojos entrecerrados, su expresión es la de alguien que está acostumbrado a manejarme cuando pierdo el control.

—Lo vas a mandar al hospital —advierte.

—Se levantará.

—No lo hará.

Respiro hondo, pero el aire no llega a calmarme. Mi pecho sube y baja con fuerza y el peso de todo lo que siento se clava más profundo.

Nella.

Zakrone cruza los brazos, observándome como si pudiera leerme la mente. Y con toda probabilidad pueda. Nos conocemos demasiado bien.

—No es a ellos a quienes quieres golpear —murmura.

Mis puños se tensan a mi lado.

—No.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Porque estoy vacío. Porque desde que ella cruzó esa puerta y se fue con sus hermanas no soy el mismo. Pensé que podría manejarlo. Pensé que podría vivir sin ella durante unos días. Pero no. No puedo.

Zakrone da un paso más hacia mí.

—Admítelo, Lev. La echas de menos.

No digo nada. Pero tampoco lo niego.

—Te jode que se haya ido, ¿verdad? —insiste Zakrone, con una sonrisa apenas perceptible—. Te está matando.

El silencio entre nosotros es pesado. Sé que tiene razón. Me está matando. Cada segundo que pasa sin verla, sin oír su voz, sin tenerla aquí conmigo.

Finalmente, Zakrone suelta un suspiro.

—Deja de descargarlo en los demás. Si estás jodido, haz algo al respecto.

Mis ojos se desvían hacia el saco de boxeo. Pero la verdad es que ya no quiero golpear nada.

Lo único que quiero es que Nella vuelva.

Y, esta vez, cuando lo haga, no voy a dejarla ir.

Me voy a la ducha y paso allí tanto rato que la piel de mis dedos se arruga. Cuando salgo de nuevo, mis hombres me miran con cautela. Caminan a mi alrededor como si esto fuera un campo de minas. Le ordeno a uno de ellos que le dé un extra al hombre al que casi mando al hospital, el doble de su salario y días libres hasta que esté recuperado.

Voy al salón y me dejo caer en mi trono, Zakrone aparece con dos vasos de vodka, me tiende uno y lo bebo de trago.

—¿Por qué no le preguntas cuándo vuelve?

—Porque no quiero que vea lo desesperado que estoy —declaro, y él sonríe.

—Quizás ese sería un incentivo para volver.

—No creo, Artem me ha escrito y por lo visto ese lugar es como el País de las Maravillas. Todo es perfecto y hasta cagan arcoíris.

La carcajada de Zakrone llena el lugar.

—No creo que sea para tanto.

—Me ha dicho que una tal Nona no ha parado de hacer magdalenas caseras, que tienen una máquina de batidos de fresa espectacular y que las mermeladas de Roma son mejores que las

gourmets que compramos. Joder, el puto Roma hace mermelada casera, ¿quién lo hubiera imaginado?

—Yo le hago leche casera a Lucía —suelta el pedazo de cerdo, y me río.

Suspiro y en realidad siento una presión en el pecho.

—Sigue en pie lo de que te acompaño si necesitas ir allí —murmura, y estoy tan cerca de aceptar que da miedo.

Un mensaje me llega al móvil, y cuando lo miro me da un vuelvo al corazón.

—Artem me acaba de decir que mande el avión, que vuelven a casa… Los dos.

—Gracias a Dios, no creo que pudiera soportar tu patético culo un día más *tristeando* por la casa porque Nella no está.

Le tiro el vaso vacío de vodka y él lo esquiva sin problema, dejando que se estrelle contra el suelo.

Dispongo todo para que el avión salga lo más rápido posible, no quiero darle más tiempo a Nella para que se piense el quedarse allí. Me ha mandado fotos del bebé y esa mierda puede hacer que se piense el regresar, es jodidamente adorable esa niña.

El reloj marca las horas con una precisión que me desespera. Cada movimiento de las agujas es un recordatorio de que todavía no está aquí. Todavía no.

He intentado distraerme. Informes, llamadas, trabajo con Zakrone. Pero todo se siente vacío. Mecánico. Mi cabeza no está en el despacho ni en la casa. Está en ella.

Nella.

No sé si está dormida en el avión, si va mirando por la ventana o si está pensando en mí tanto como yo en ella. Pero sé que cada minuto que pasa, la necesidad de verla crece más.

Camino hasta la ventana, cruzando los brazos sobre el pecho con la mirada fija en el cielo gris de Moscú. El sol se está poniendo, pero apenas lo noto. La única imagen que tengo en la cabeza es ella.

Mis pasos me llevan de nuevo hasta el escritorio. La silla rechina cuando la muevo, solo que no me siento. No puedo quedarme quieto.

El teléfono vibra en la mesa. Lo miro, esperando ver alguna confirmación, pero no es más que otro mensaje de rutina. No es lo que quiero. Lo único que quiero es saber que está más cerca.

Suelto un suspiro y me paso una mano por el cabello. No soy un hombre que duda. Nunca lo he sido. Pero ahora mismo la incertidumbre me está carcomiendo.

No sé si se siente igual al volver. No sé si piensa en mí como yo en ella. Y eso me está

matando.

Finalmente, cojo el teléfono y marco a Zakrone.

—¿Alguna novedad? —pregunto seco.

—Todavía no, pero falta poco.

Silencio.

—Prepara el coche.

—Queda casi una hora hasta que llegue.

—Lo sé.

Cuelgo antes de que diga nada más. No tengo ganas de explicaciones. Voy a recogerla. Quiero ser el primero en verla cuando baje del avión. Quiero estar allí en cuanto toque tierra.

Salgo del despacho y me doy de bruces con Zakrone.

—¿Ya está el coche preparado?

—No.

Lo dice serio.

—Me da igual estar allí esperando.

—No es eso.

—¿Entonces?

—Me acaban de avisar de que el piloto se puso en contacto con la torre de control. La tripulación ha secuestrado el avión.

—¿Qué cojones me estás diciendo?

—No es solo eso. Poco después se ha dado aviso de que el aparato caía y se ha estrellado en medio del bosque. Lev, no creo que haya supervivientes.



Capítulo 29

Nella

Las copas de los árboles cada vez se ven más cerca, puedo distinguir el cuerpo de la azafata enredado en unas ramas, bueno, lo que queda de él, por lo visto no sabe volar sin avión.

—Prepárate para el impacto, voy a intentar llegar a ese claro —le signo a Artem, que sigue con los ojos cerrados. Tengo que obligarle a abrirlos para que me entienda.

Los abre solo un momento y asiente, luego vuelve a agarrarse a los arneses delanteros como si fuera el bolso de una madre y no puedo evitar sonreír.

Cuando hemos entrado al avión, pensaba que lo más difícil que iba a hacer hoy era confesarle a Lev que estoy enamorada, pero *nop*, los idiotas de la tripulación han decidido que nos querían secuestrar y, para variar, he tenido que demostrarles que no me apetecía volver a ser secuestrada.

Por suerte, Fiore nos obligó a todas a tomar clases de paracaidismo hasta que no necesitamos instructor para ello. Fiorella siempre ha sido demasiado inteligente y previsora, y ahora gracias a ella es que Artem y yo estamos vivos.

Veo el suelo acercarse y disminuyo la velocidad del paracaídas tirando con suavidad. Artem sigue sin abrir los ojos, menos mal que he podido engancharlo a mí o no creo que hubiera podido manejar un salto él solo.

—Mantén los ojos abiertos, estamos a menos de cinco metros —le signo después de obligarle de nuevo a abrirlos.

Vamos lo bastante lentos como para que el tocar suelo no nos haga daño, pero el nerviosismo

de mi acompañante provoca que ambos acabemos en el suelo tirados y enredados en la enorme tela que nos ha salvado la vida.

Para cuando consigo salir de debajo, ayudo a Artem, que me abraza tan fuerte que podría romperme una o dos costillas.

—Oye, ¿estás bien? —le signo, tomando su cara entre mis manos—. Respira hondo, estamos a salvo.

Asiente frenético y me hace caso. Inhala y exhala varias veces hasta que parece relajarse un poco.

—¿Qué hacemos ahora? —gesticula.

Miro a mi alrededor, todo árboles, y trato de orientarme tal y como Ori me enseñó.

—Hay que caminar uno o dos días en esa dirección —le digo, señalando el norte—, he visto un pueblo pequeño por allí.

—¿Y comer?

—Ahora miro en el móvil si hay algún restaurante en el árbol que podamos visitar… Ay, no, que con eso de que abrimos la compuerta para saltar el teléfono salió volando antes de que el avión se estrellara.

Entrecierra los ojos y le saco la lengua.

—¿Llevas algo que nos sea útil para cortar? —le pregunto, pensando en coger algo de la tela del paracaídas por si en la noche bajan mucho las temperaturas.

No es invierno, pero esto es Rusia.

Después de lograr hacer algunos trozos grandes, guardar algo de las cuerdas y revisar que los cortes que tenemos de la pelea allí arriba no iban a infectarse, empezamos a caminar.

Llevamos horas caminando, y todo lo que puedo pensar es en lo mucho que odio los malditos bosques.

Las ramas crujen bajo mis pies, los árboles se alzan como sombras siniestras a nuestro alrededor y el cielo ya está completamente oscuro. La poca luz que queda se filtra entre las hojas, pero no es suficiente para ver más allá de unos pasos delante de mí. Genial. Perdidos en medio de la nada, sin refugio, sin comida y, lo peor… sin agua.

Miro a Artem, que camina en silencio a mi lado, como si esto fuera lo más normal del mundo. Claro, porque él es ruso. Seguro que esto para él es como un paseo de domingo por el parque.

Le hago una seña para que me mire, moviendo las manos rápido en lengua de signos.

—¿Cuánto crees que falta para que se nos congelen los traseros?

Artem sonríe, pero no responde. Solo niega con la cabeza, divertido. Divertido. Porque claro, todo esto debe parecerle muy gracioso. Yo, en cambio, estoy medio cabreada, medio preocupada y completamente agotada.

—Deberíamos haber caído en un resort con *spa* —murmuro para mí misma—. No en un maldito bosque ruso.

Artem vuelve a sonreír, y me doy cuenta de que está prestando más atención de lo que parece. Genial. Ahora también se ríe de mí.

—Sí, sí, ríete todo lo que quieras —le digo en signos—. Pero si muero aquí de hipotermia será tu culpa.

Él me lanza una mirada que dice con claridad: «Fuiste tú quien decidió saltar del avión en paracaídas».

Vale, sí. La idea fue mía.

Pero, siendo sincera, ¿qué otra opción teníamos?

Por supuesto, no iba a quedarme esperando a ver cómo acababa la historia del intento de secuestro. Así que cogí uno de los paracaídas y salté, llevándome a Artem conmigo antes de que pudiera protestar. Y aquí estamos.

Vivos. Cansados. Y completamente perdidos.

—Creo que el pueblo que vi mientras caíamos estará como a otras diez horas caminando —digo, como si eso fuera a solucionar algo.

Artem asiente. No parece preocupado. Y eso me irrita un poco.

—¿Tienes alguna idea mejor? —pregunto, haciendo gestos amplios.

Él se encoge de hombros y me mira con una expresión que dice con claridad: «Estamos vivos, ¿no? Todo lo demás es secundario».

Respiro hondo, intentando calmarme. Tiene razón. Podría haber salido mucho peor. Podríamos estar en el fondo de algún río o en manos de algún grupo que cree que secuestrar a los asociados de Lev es una buena idea. En cuanto salgamos de este bosque voy a cazarlos a todos.

—Vale —digo, señalando hacia adelante—. Sigamos. Pero si encontramos un oso, tú hablas con él, que yo no sé ruso tan bien.

Artem suelta una risa muda que ilumina la oscuridad por un momento.

El frío empieza a calar en mis huesos, pero no es insoportable. No estamos en invierno, gracias a Dios. Si esto hubiera pasado unos meses más tarde, probablemente estaríamos congelados ya.

Seguimos caminando en silencio, y poco a poco, mis pensamientos vuelven a lo que dejamos atrás. A Lev.

No puedo evitar preguntarme si ya sabe lo que pasó. Si está buscándonos. Si está preocupado. La imagen de su rostro me viene a la mente, con esa mirada intensa que siempre parece verlo todo, incluso lo que intento ocultar.

Lo echo de menos. Mucho más de lo que quiero admitir.

Pero ahora no es el momento para sentimentalismos. Tenemos que salir de este bosque primero.

—¿Tienes hambre? —le pregunto a Artem.

Él asiente.

—¿Y frío?

Otro asentimiento.

—¿Algún plan para sobrevivir?

Artem sonríe y señala hacia adelante.

—Seguir andando —signa.

Genial. Todo un estratega.

—Perfecto. Sigamos andando entonces —murmuro—. Pero como encuentre una cabaña con calefacción, me encierro dentro y no salgo hasta que me vengan a buscar con chófer.

El silencio del bosque es absoluto, excepto por el crujido de nuestras pisadas. A veces, un búho rompe la tranquilidad con su canto lejano y yo me aferro a la esperanza de que, en algún momento, veamos luces a lo lejos.

—¿Crees que Lev estará preocupado? —le pregunto, más para distraerme que por otra cosa.

Artem me mira de reojo y sus labios se curvan en una sonrisa tranquila.

—Mucho.

—Bueno, al menos estará entretenido mientras conseguimos salir de aquí —respondo divertida.

—Desde que llegaste a su vida no ha hecho otra cosa que preocuparse por ti —signa, y oculto la sonrisa que demuestra lo mucho que me gustan esas palabras.

Seguimos caminando, y aunque el cansancio empieza a pesar en mis piernas, hay algo que me mantiene en pie.

La certeza de que vamos a salir de esto.

Porque a pesar de que no están ahora conmigo, las voces de mis hermanas resuenan en mi mente: «las Farnese no se rinden».

Escucho un ruido de lo que parecen pisadas. Joder, lo del oso iba en broma, aquí no hay osos, ¿no?

Miramos a nuestro alrededor con cautela, tratamos de no hacer ruido, pero antes de que pueda darme cuenta un cañón está apuntando mi cabeza y Yuri sale de entre los árboles sonriendo.

—La mejor cacería de mi vida, voy a disfrutar desollando las presas.

Artem se coloca delante de mí, cogiéndome de la mano y poniéndome en su espalda, pero no me suelta.

—Oh, vaya, parece que el discapacitado quiere hacerse el hombre —se burla el imbécil que tengo delante.

Me río y eso parece enfadarlo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta enfadado.

—De que estás tan muerto que ni siquiera lo sabes.

—No soy yo a la que se van a follar todos mis hombres, así que supongo que por eso no entiendo el chiste.

Voy a replicar, pero noto los dedos de Artem moverse sobre los míos. Al principio creo que solo está nervioso, pero de pronto entiendo que está hablándome. Me concentro mientras Yuri y los tres hombres que lo acompañan comienzan a revisar la zona. Creo que se han perdido y no saben por dónde han dejado el coche en el que han venido.

Artem me repite varias veces la misma palabra: Corre.

No entiendo, nos apuntan, si nos movemos nos disparan. Creo que tiene un plan, solo tengo que esperar y confiar en él.

Se lo digo.

—Lo que sea que estés planeando estoy contigo, confío en ti —susurro, y asiente levemente.

No sé cómo lo hace, pero un segundo estamos parados y al siguiente empuja al que tengo delante, le lanza algo que debía llevar en el bolsillo al segundo y se tira hacia donde están Yuri y el tercer hombre.

Comienzo a correr sabiendo que me sigue, aunque para cuando me doy cuenta de que no es así es tarde y ya estoy lejos.

Regreso porque no voy a dejarlo solo. Lo hago con cautela, sin hacer ruido. Escuchando los gritos de Yuri en medio del bosque, que ya casi no deja pasar la luz de la luna.

—Quería matar a esa perra —gruñe—, aunque morir aquí sola devorada por algún animal hambriento también me parece un final adecuado.

Los sigo mientras puedo, tratando de no romperme la cabeza porque no veo por dónde voy. Me caigo varias veces, por suerte, no emito sonido alguno. Estamos yendo de forma oblicua al pueblo que vi desde el paracaídas. Trato de no desorientarme, pero me estoy alejando. Espero que monten un campamento y pueda hacerme con algo de comida.

Estoy agotada.

Llevamos casi una hora caminando y la tensión de la oscuridad me tiene consumida.

Es entonces que escucho un sonido venir del cielo.

—No puede ser —murmuro.

Un helicóptero aparece y desciende en un claro angosto, el piloto debe ser bueno. Artem no deja de mirar hacia todos lados, supongo que buscándome, ¿creerá que lo he abandonado?

Me debato entre atacar o quedarme en mi posición. Si me acerco y me ven soy mujer muerta, joder.

Los veo alejarse en el cielo y dejarme en medio de la fría oscuridad. Voy a admitir que estoy asustada, pero eso no es algo que me haya detenido antes.

Me oriento para dirigirme hacia el pueblo. Sé que me quedan horas de caminata, volverá a amanecer antes de conseguirlo, pero no voy a detenerme. Ni siquiera cuando los fantasmas del pasado quieren entrar en mi mente y traerme recuerdos del lugar en el que me tuvieron encerrada de niña. Tan oscuro como este bosque.

Camino.

Camino.

Camino.

No me detengo.

Me caigo, me levanto.

Me caigo, me levanto.

Me caigo y ya no puedo volver a ponerme en pie. Estoy exhausta. Me acurruco bajo las telas del paracaídas que me até al cuerpo y me duermo deseando dos cosas: que en este bosque no vivan osos y que pueda volver a Lev para decirle que lo amo.

Capítulo 30

Lev

El bosque parece interminable.

Cada paso que doy sobre la maleza cruje bajo mis botas, pero no escucho nada más. Solo el sonido de nuestras respiraciones y el eco sordo de las órdenes que Zakrone da a los hombres que vienen detrás de nosotros. Llevamos horas aquí. Desde que cayó la noche hemos estado buscando. Y ahora, el sol empieza a levantarse entre los árboles, pero todavía no hay rastro de ellos.

Nella y Artem.

No sé dónde están. No sé si están vivos.

Y eso me está matando.

—Avancen más rápido —gruño, mi voz baja, pero cargada de frustración.

Zakrone, a mi lado, asiente sin decir nada. Sabe que estoy al límite. Todos lo saben. No he dormido. No he parado de moverme desde que recibimos la alerta de que el avión privado había sido desviado. Secuestrado. Derribado.

No puedo dejar de imaginar la escena. Nella, con esa mirada desafiante que siempre tiene, plantándose cara a cara con quien sea que haya intentado atraparla. Artem, en silencio, evaluando cada movimiento. Ellos son fuertes. Sé que lo son. Pero también sé que incluso los más fuertes pueden caer.

Y no sé si puedo soportar la idea de perderlos.

—Lev, aquí no hay nada —dice Zakrone, rompiendo el silencio.

Miro a mi alrededor. Los árboles son densos, el suelo está cubierto de hojas y ramas secas. El aire frío del bosque me corta la piel, pero apenas lo siento. Solo pienso en ellos. En si tienen frío. En si tienen miedo.

O en si ya no sienten nada.

Aprieto los dientes y sigo adelante. No puedo pensar en eso. No todavía.

Mis hombres se dispersan, buscando pistas. Huellas, señales… algo. Cualquier cosa que me diga que no estoy demasiado tarde.

Entonces, uno de ellos grita desde un claro.

—¡Aquí!

El sonido atraviesa el bosque como una bala. Mi corazón se acelera y corro hacia la voz, Zakrone pisándome los talones. Mis pies se hunden en el barro y las ramas me golpean la cara, pero no me detengo.

Cuando llego al claro, lo veo.

El paracaídas.

Blanco, desplegado sobre la hierba, como un fantasma abandonado en medio de la nada. Mi respiración se detiene por un segundo.

Uno de ellos saltó.

Una chispa de esperanza se enciende en mi pecho. Si saltaron, hay una posibilidad. Una pequeña, pero suficiente. Podrían estar vivos.

—¿Hay sangre? —pregunto, mi voz más baja de lo que pretendía.

El hombre que encontró el paracaídas niega con la cabeza.

—No que yo haya visto, señor.

Me acerco con lentitud, mis botas aplastando las hojas secas. Mi mirada recorre cada centímetro del paracaídas, buscando una señal. Algo que me diga si fue Nella o Artem quien saltó. Algo que me diga si todavía están aquí, en este maldito bosque.

Pero no hay nada.

Solo el paracaídas, inerte y silencioso. Está roto, pero no es por la caída, esos cortes son hechos a conciencia, también faltan algunas cuerdas.

Mi pecho se aprieta. La esperanza duele tanto como el miedo.

Zakrone se queda a mi lado, en silencio, observando.

—¿Qué piensas? —me pregunta.

—Que están vivos.

—¿Los dos?

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

No lo sé.

Y eso es lo peor. Porque, por un momento, la pregunta cruza mi mente, insidiosa y cruel.

¿Quién prefiero que esté vivo?

Artem. Mi hermano. Mi sangre. El único que siempre ha estado a mi lado, incluso cuando todo se derrumbaba.

O Nella. Mi Nella. La mujer que me ha hecho sentir más vivo en estos últimos meses que en

toda mi maldita vida.

La culpa se enreda en mi garganta. ¿Cómo puedo siquiera pensar en eso? ¿Cómo puedo permitir que esa duda me envenene?

Los quiero a los dos.

Pero una parte de mí sabe que si solo uno de ellos sigue con vida… rezo para que sea ella.

—Vamos —gruño, alejándome del paracaídas.

Zakrone me sigue, pero no dice nada más. Sabe que he tomado mi decisión.

Sigo caminando por el bosque, ahora con más determinación. Ellos están aquí. Puedo sentirlo. Puedo sentirla a ella.

—Nella… —susurro, sin darme cuenta.

Su nombre se escapa de mis labios antes de que pueda evitarlo. La imagen de su rostro se dibuja en mi mente: esos ojos oscuros que siempre me desafían, esa sonrisa que aparece cuando menos lo espero.

Necesito encontrarla.

No sé cuánto tiempo más puedo soportar sin verla. Sin tocarla. Sin saber que está bien.

—Lev.

La voz de Zakrone me saca de mis pensamientos. Miro hacia él y veo que señala hacia adelante.

—¿Lo ves?

Al principio no lo noto. Pero cuando me acerco, mi corazón se acelera.

Huellas.

Dos pares. Caminando juntos.

Mi pecho se llena de una esperanza que no sé si puedo manejar. Siguen juntos. Están caminando. Están vivos. Necesito que sean ellos.

Sin pensarlo, echo a correr.

No importa cuánto me lleve. No importa cuánto me duela. Voy a encontrarlos. Porque ella es mía.

Y no pienso dejar que este maldito bosque me la arrebate.

Deambulo media hora corriendo siguiendo los pasos de los que espero sean Nella y Artem. Mis hombres a mi lado haciendo una batida, a mi izquierda, a un metro está Zakrone que no deja de mirar entre los arbustos, incluso lleva un palo para sacudirlos.

—¡Aquí! —escucho gritar a lo lejos, la voz de una mujer, no, de mi mujer.

—¡Silencio! —ordeno, y de nuevo se escucha.

—¡Aquí!

Sigo la voz y a unos metros de mí, sobre un árbol y atada a una rama está ella: Nella.

—Este hotel tiene peor servicio de habitaciones que el tuyo, ruso —se burla a pesar de que puedo ver el cansancio marcando su cara.

—Supongo que las hadas de la pólvora tienen un alto nivel de exigencia. Déjame que te ayude —le ruego, y la intensidad con la que me mira hace que el mundo a mi alrededor desaparezca.

Se desata y balancea su cuerpo hasta quedar suspendida en la rama, solo sujeta por sus manos, apenas toco sus pies, pero cuando se suelta la agarro antes de que toque el suelo.

—Te tengo —le susurro contra el pelo mientras la abrazo, notando que un gran peso se me ha quitado de encima—. ¿Y Artem? —pregunto, mirando al resto de ramas a la vez que la beso esperando la respuesta.

—Él no está —susurra, y me quedo paralizado.

—Mierda —sisea Zakrone tras de mí, lo ha oído.

—¿Qué le ha pasado? Vimos dos pares de pisadas y pensamos que… ¿Fue rápido? —pregunto, buscando algún tipo de consuelo.

Nella frunce el ceño, no entendiendo mi pregunta, y abre los ojos cuando se da cuenta de lo que le estoy pidiendo que me diga.

—No, no, él no está muerto, al menos no la última vez que lo vi, lo tiene Yuri —explica, y ahora soy yo el confundido.

—¿Cómo que Yuri? —interviene Zakrone.

—¿Puedo beber un poco de agua antes de seguir? Empiezo a sentir que el mundo da vueltas —pide, un poco avergonzada por anteponer sus necesidades.

Soy un imbécil, ni siquiera me he dado cuenta de que debe tener hambre.

—Lo siento, ni siquiera te he preguntado si estás bien —me disculpo.

—Por supuesto que estoy bien, soy una Farnese.

Sonrío porque solo ella podría contestar algo así.

—Toma —le entrega Zakrone una botella de agua fría y ella se la empieza a beber mientras mi amigo continúa hablando—. ¿Se puede saber cómo demonios has sobrevivido a un avión que se ha estrellado?

—Fácil, saltando —contesta sonriendo.

—Llama al helicóptero, que busque un claro para aterrizar —ordeno—. Cuéntanos, por favor.

Nella bien podría haber estado narrando una peli de acción porque lo que nos cuenta incluye machetes, secuestros, paracaídas y un avión explotando.

Una vez que termina, escucho al helicóptero acercándose.

—Bien, te llevaremos a casa para que descanses y saldremos a buscar a Artem, si ese idiota se ha atrevido a hacerle algo va a desear estar muerto para cuando lo encuentre —siseo.

—¿Cómo que me llevas a casa a descansar? ¿Estamos en los Bridgerton y ahora soy una dama en apuros? —pregunta cabreada.

—Has estado vagando horas por el bosque sin comida, y eso sin contar que…

—Que sí, que han pasado cosas. Se llama vida. Pero te aseguro que no voy a darme un baño y dormir mientras Artem está ahí fuera teniendo que aguantar a ese idiota.

La miro y puedo decir que estoy jodidamente enamorado de la princesa guerrera que tengo delante de mí.

—Bien, entonces, ¿qué propones, hada de la pólvora?

—Algo muy sencillo, Yuri va a conocer lo que significa meterse con una de las Farnese.



Capítulo 31

Nella

Estoy nerviosa. Más de lo que quiero admitir. Y eso es raro porque no soy de las que pierden la calma con facilidad. Pero ahora mismo, parada en el centro del salón de Seren y Nico, sintiendo como todas las miradas están puestas en mí, me siento como si estuviera a punto de confesar un crimen.

—¿Vas a contárnoslo ya o seguimos aquí jugando a las adivinanzas? —pregunta Ori, con esa ceja levantada que siempre usa cuando está impaciente—. ¿Qué haces aquí de vuelta y con los dos rusos?

Lev y Zakrone se han quedado fuera, pero es el momento. Me detengo y la miro. Vale. Hora de soltarlo.

—El avión en el que íbamos Artem y yo fue… secuestrado.

Ori frunce el ceño. Seren se acomoda mejor en la butaca, moviendo al bebé en brazos como si nada pudiera alterarla. Roma y Nico, en cambio, se ponen tensos de inmediato. Por supuesto que ellos lo harían. Mafiosos hasta la médula.

—¿Secuestrado? —repite Nico, su tono bajo y grave.

—Sí, bueno… por la tripulación. —Me paso una mano por el cabello, tratando de encontrar la forma correcta de decirlo—. El punto es que saltamos en paracaídas antes de que pudieran llevarnos a donde fuera que pensaban llevarnos.

—¿Saltasteis del avión? —Roma me mira como si acabara de anunciar que me uní a un circo

ambulante.

—Con un paracaídas —aclaro con rapidez, levantando las manos—. No somos idiotas.

Ori se ríe y no puedo evitar sonreír también, aunque el nudo en mi estómago no desaparece.

—¿Y dónde está Artem ahora? —pregunta Seren, calmada como siempre, aunque sus ojos brillan con preocupación.

—Ahí está el problema. —Me muevo de un lado a otro, nerviosa—. No era un secuestro al azar. Yuri, el tipo al que papá me llevó tras el accidente, es quien lo organizó.

Mi voz se quiebra un poco, pero me obligo a recomponerme. No vine aquí a llorar. Vine a pedir ayuda.

Nico y Roma intercambian miradas, de esas que solo los hombres acostumbrados a tomar decisiones rápidas pueden compartir. Sé que están calculando, evaluando. Considerando qué pueden sacar de todo esto.

Porque claro que tienen un precio.

—¿Y tu ruso? —pregunta Roma al fin.

—Artem me ayudó a escapar, si no ahora mismo estaría también secuestrada o muerta, es por eso que quiero que nos unamos para encontrarlo.

Nico se pasa una mano por la mandíbula, pensativo. Luego se endereza y me mira con fijeza.

—Tienes un *hobbie* muy raro, cuñada —se burla Roma—, ¿no hay nada más divertido que dejar que rusos te secuestren?

Ori le da un codazo y casi se cae del asiento.

—Esto es un problema de los Makarov. ¿Por qué deberíamos involucrarnos? —interviene Nico, aunque este no es mi cuñado, es el capo de la mafia italiana el que habla.

—Porque yo estoy dentro y sabes que, por lo tanto, ellas también.

—No me gusta que uses eso en mi contra —se queja.

—Lo sé. Por eso lo hago.

Seren suelta una risa suave desde la butaca y el bebé se remueve entre sus brazos. Ella lo acuna con cuidado, como si todo esto fuera un entretenimiento más.

—Voy a coordinar desde aquí —dice Seren, mirándome con esa calma que siempre logra equilibrar las situaciones tensas—. Pero no puedo salir. Ya sabes… bebé recién nacido y todo eso.

—Gracias —le contesto con sinceridad.

—De nada. Y tú… haz lo que tengas que hacer. —Me mira con esa expresión que solo una

hermana puede poner. Seren siempre sabe más de lo que dice.

Roma se cruza de brazos.

—Si ayudamos a Lev, va a tener que entrar en la Élite.

—¿En serio? —respondo, rodando los ojos—. ¿Esto es una negociación?

—Claro que sí —dice Nico, como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Las cosas tienen que equilibrarse. Si nuestros hombres van a Rusia a buscar a Artem, quiero que Lev se comprometa.

—¿A qué? ¿A que le envíen una cesta de Navidad cada año?

—No, a que sea parte de nosotros. De la Élite.

Ahí está. El precio.

Pero antes de que pueda responder, Roma mira a Nico y añade:

—Aunque apuesto que, si encuentran a Artem, Lev dirá que sí sin pensarlo.

Eso me detiene. Porque sé que tiene razón. Lev haría cualquier cosa por Artem. Incluso si eso significa atarse a una organización como la Élite.

—Voy a hablar con él —digo al fin.

—Hazlo. Pero asegúrate de que entienda que, si acepta, es para siempre. —Nico se inclina hacia mí—. No hay marcha atrás.

—Lo sé.

La conversación se interrumpe cuando Pietro, uno de los hombres de Nico, entra en la sala y asiente hacia él.

—El coche está listo.

—Perfecto —dice Nico, enderezándose—. Haz que pasen los rusos para dejar claros los términos —ordena el capo.

Ori me sonríe mientras se pone de pie y se acerca a mí.

—Sabes que esto va a ser un caos, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé. ¿Cuándo no lo es?

Pero mientras miro a Seren con el bebé en brazos, a Ori y Roma preparándose para salir y a Nico organizándolo todo, me doy cuenta de algo: No estoy sola en esto. Nunca lo he estado.

Y aunque Lev puede no saberlo todavía, tampoco él lo está.

Pietro deja entrar a Lev y Zakrone y enseguida se ponen cada uno a un lado. Lev pasa su mano por mi cintura y solo le falta mearme para marcar territorio.

—¿También te da la patita? —pregunta Ori divertida.

—Solo si le doy una galleta.

Lev gruñe y el resto nos reímos.

—Quiero dejar claro que apreciamos a Artem, estos días nos ha demostrado ser un buen chico y, como agradecimiento por haber ayudado a Nella, te ofrecemos ayuda desde aquí —comienza Nico, y me callo porque ahora son los jefes de la mafia quienes hablan, no son mi cuñado y el hombre del que estoy enamorada.

—Te lo agradezco —contesta Lev—, pero no vamos a perder el tiempo, Baglioni, ¿qué es lo que quieres por tu participación activa en esto?

Nico sonríe y voy a reconocer que la forma en la que Lev habla me está poniendo cachonda.

—Bien, las cartas sobre la mesa. Si quieres que los italianos te respaldemos tendrás que ser parte de la Élite.

—El nombre es mío —interrumpe Roma, y no puedo evitar reírme.

—No te necesitamos para encontrarlo —se encabrona Zakrone, y da un paso hacia mi cuñado.

Pietro tiene un arma apuntando en la nuca de mi nuevo amigo un segundo después.

Seren se levanta en medio de esta tensión, bebé en brazos, llega hasta una cajonera, abre el primero, coge algo, se da la vuelta y lo tira en medio.

—Si vais a empezar una guerra de a ver quién la tiene más grande sacárosla, os la medís y terminamos ya —suelta mi hermana, y todos miramos la regla que hay en el suelo.

Ori y yo nos reímos. Los hombres se miran.

Lev es el primero en romper el silencio mientras le tiende la mano a Nico y este se la estrecha.

—Trato hecho —dice mi ruso—, si encontráis a Artem estoy dentro. De todas maneras, cuando todo esto acabe vamos a ser familia porque voy a hacer que Nella se case conmigo.



Capítulo 32

Lev

Hace una semana que no sé nada de Artem.

Siete días. Cada uno más largo que el anterior. Y cada minuto que pasa, la ira crece en mi interior como una bestia que amenaza con devorarme por completo. Lo quiero de vuelta. Vivo. Y no pienso parar hasta encontrarlo.

Los italianos están ayudando. Roma y Nico han movido sus contactos por toda Europa, y aunque al principio desconfiaba de ellos, debo admitir que están haciendo un buen trabajo. Incluso Zakrone, que siempre es el más escéptico, ha empezado a hacer buenas migas con ellos. Me pregunto si ese vínculo se mantendrá cuando todo esto acabe… si es que acaba bien.

Pero no me importan la política ni las alianzas ahora mismo. Solo me importa Artem.

Volvemos a estar en Rusia. Zakrone, Nella y yo hemos regresado porque todas las pistas apuntan a lo mismo: Yuri está aquí. El traidor. El hombre que me robó a mi hermano. Y si algo sé de Yuri es que le gusta jugar.

Lo que no esperaba era recibir su llamada.

Mi teléfono vibra sobre la mesa, y cuando veo el nombre en la pantalla, mi sangre se hiela.

YURI.

Zakrone me lanza una mirada rápida, pero no digo nada. Cojo el teléfono y lo llevo al oído.

—No pensaba que tendrías huevos para llamarme —respondo, seco.

El silencio del otro lado es breve, pero puedo escuchar la respiración de Yuri antes de que

hable.

—Lev. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Demasiado, ¿no crees?

—Dame una razón para no rastrear esta llamada y matarte ahora mismo.

Yuri se ríe. Esa risa suave y burlona que siempre me ha sacado de quicio.

—Sabes que no será tan fácil. Además… tengo algo que te interesa.

Mis puños se cierran de forma automática. Artem. Sé que se refiere a él y cada músculo de mi cuerpo se tensa.

—Quiero pruebas de vida —gruño.

—Primero, escúchame.

—Pruebas de vida, Yuri. Ahora.

—Tranquilo, Lev. Lo único que quiero es negociar.

Nella entra en la sala en ese momento y nuestros ojos se cruzan. Su mirada está llena de preocupación, pero también de algo más. Determinación. Se acerca con lentitud, sin apartar la vista de mí, como si supiera que algo importante está pasando.

—¿Qué quieres? —pregunto, volviendo mi atención a Yuri.

—Quiero a la puta italiana.

El aire se congela a mi alrededor. Mis ojos se fijan en ella, pero su expresión no cambia. Es fuerte. Más de lo que cualquiera cree. Incluso así puedo ver el leve temblor en sus manos. Cualquiera pensaría que es miedo, solo que no, es rabia pura contenida. Yuri está jodido si mi mujer le pone las manos encima.

—No va a pasar —respondo con firmeza.

—No seas tan rápido en rechazarlo. —La voz de Yuri se vuelve más suave, casi como si estuviera disfrutando del momento—. Entrega a Nella y tendrás a tu hermano de vuelta. Entero. Bueno… casi entero.

Mis dientes rechinan.

—Quiero una prueba de vida. Ahora —insisto.

—Ya la tendrás.

Yuri corta la llamada antes de que pueda responder.

El silencio que sigue es sofocante. Nella se acerca a mí, sus pasos suaves, pero decididos. Cuando llega a mi lado, coloca una mano en mi brazo, sin embargo, yo estoy demasiado tenso para relajarme.

—No voy a cambiarte por nadie —le aseguro, mirándola a los ojos.

—Lev…

—No. —Mi voz es más firme de lo que pretendía, pero no me importa. No voy a perderla. Ni a Artem ni a ella. No voy a elegir entre ellos.

Mi teléfono vibra de nuevo y esta vez es un mensaje. Cuando desbloqueo la pantalla, lo primero que veo es un archivo de vídeo.

Mi corazón se acelera. Es la prueba de vida.

Zakrone se acerca para verlo también, su expresión igual de tensa. Pulso el vídeo y lo pongo en marcha.

La imagen tarda un par de segundos en estabilizarse, pero cuando lo hace, mi pecho se comprime.

Artem.

Está tirado en un colchón viejo, en una habitación que parece un sótano. La luz es tenue y su cuerpo está cubierto de golpes. Su rostro está hinchado, con cortes y moretones que lo hacen casi irreconocible. Pero está respirando.

Lo veo moverse un poco, como si intentara acomodarse, solo que cada movimiento parece dolerle. Aprieta los dientes y cierra los ojos con fuerza, como si estuviera luchando por no perder el control.

Cuando el vídeo termina, dejo el teléfono sobre la mesa y paso una mano por mi rostro.

—Está vivo —dice Zakrone, aunque su voz no suena aliviada. Él también ha visto el estado en el que está Artem.

Nella no dice nada. Solo me mira, esperando.

—No voy a entregarte —repito.

—Lev…

—No. —La corto antes de que pueda seguir—. No importa lo que Yuri diga. No importa lo que quiera. No voy a cambiarte por nadie.

Ella asiente con lentitud, pero puedo ver la lucha interna en sus ojos. Ella piensa diferente. Cree que, si entregándose salva a Artem, debería hacerlo.

—¿Confías en mí? —le pregunto.

—Sí.

—Entonces no vuelvas a pensar en esa posibilidad. Porque no va a pasar.

El silencio se instala de nuevo, pero esta vez no es incómodo. Nella da un paso más cerca y

apoya la cabeza en mi hombro y yo rodeo su cintura con un brazo, sosteniéndola con más fuerza de la que debería.

Mi mirada vuelve al teléfono. Ha llegado otro vídeo.

Lo abro y esta vez Yuri está pidiendo que mire bien cómo se encuentra mi hermano. Amplían el ángulo de la imagen. Ahora puedo ver a la perfección el lugar justo antes de que cuatro tipos se saquen la polla y se orinen sobre mi hermano entre risas.

Las burlas de Yuri me llegan al alma.

De pronto, Nella tiembla a mi lado de una forma que me hace girarme.

—¿Qué ocurre? —le pregunto preocupado.

—Necesito ir a por mi teléfono, ahora vuelvo.

Lo dice y se va de allí, dejándome inquieto. No sé si es el hecho de haber visto esa escena lo que la ha alterado de esa manera o que pueda pensar que tras esto voy a vacilar en mi respuesta a Yuri sobre tenerla.

—Si algo he aprendido con Lucía es que, cuando te dan una orden de este tipo, tú solo asiente y espera.

—¿Crees que duda de que pueda entregarla?

—Ni de puta coña, mírate, eres un cachorro amaestrado cerca de ella. Nadie pensaría que la vas a cambiar por Artem, mucho menos ella.

Lo miro y asiento en agradecimiento por sus palabras.

—Me siento culpable por no querer hacer ese cambio —reconozco—, Artem es mi hermano.

—Él no querría que lo hicieras. Además, sabes que en el momento en que Nella caiga en sus manos estará muerta, o peor, deseará estarlo.

Respiro hondo porque el solo imaginarme la situación provoca que quiera destrozar cosas para calmarme.

Nella regresa, teléfono en mano y una determinación en su mirada que me pone cachondo. Al menos hasta que bajo la vista y veo el arma en su mano.

—¿Qué está pasando, hada de la pólvora? —pregunto, acercándome a ella sin ninguna precaución.

No me va a disparar, confío en ella y ahora mismo necesito besarla. Y lo hago antes de dejar que me conteste.

—He hablado con los míos —comienza, y sé que se refiere a su familia, a los italianos en general—. Nos estarán esperando mañana a primera hora en casa.

—¿Para qué quieres volver? —pregunto confundido.

—¿Lo han encontrado? —interviene Zakrone.

—No, no han sido ellos, soy yo la que sabe dónde están.

Lo suelta como si no fuera relevante y espero a que me cuente cómo demonios lo ha hecho.

—¿Y vas a compartir esa información con nosotros? —inquiere Zakrone.

—Pon el vídeo, el último —me pide, y me separo lo justo de ella para volver a reproducirlo en el móvil. Zakrone se sitúa al otro lado de mi mujer y observa las imágenes de nuevo.

—Justo ahí, páralo —ordena Nella, y lo hago—. ¿Ves esa pared? La del fondo justo detrás de donde está tirado.

—Sí —decimos mi amigo y yo a la vez.

—Fijaos en la esquina inferior.

Lo hacemos y me doy cuenta de que hay un corazón desgastado dibujado con una L al revés sobre él.

—¿Qué significa esa L al revés? —pregunto a Nella, y ella sonríe, pero no de forma divertida, sino con una oscuridad en sus ojos que asusta.

—No es una L, es una F solo que no se aprecia en el vídeo bien.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Zakrone.

—Porque ese corazón lo dibujé yo con mi sangre cuando me secuestraron de niña.



Capítulo 33

Nella

Estoy sentada en el borde de la mesa del despacho de Lev, con los brazos cruzados y la mirada fija en la pantalla del ordenador. Las imágenes están ahí, frente a nosotros, pero sigo sin creérmelo.

El rostro que aparece en la cámara de tráfico es inconfundible. Mi padre.
Tullio Farnese.
El hombre que nos enseñó lo que es la crueldad.

La imagen es borrosa, pero lo reconozco al instante. Va en el asiento del copiloto. Con Yuri al volante.

Mi estómago se revuelve, pero me obligo a mantenerme tranquila. No puedo permitirme un ataque de pánico ahora. No, todavía no.

Zakrone y Lev están detrás de mí, ambos en completo silencio. Puedo sentir la tensión en el aire, como si los tres estuviéramos conteniendo la respiración.

—¿Es él? —pregunta Zakrone al fin, su voz baja y tensa.

Asiento, aunque no aparto la mirada de la pantalla.

—Sí. Es él.

Lev se acerca con lentitud y puedo sentir su mirada fija en mí, como si estuviera evaluando cómo voy a reaccionar. Pero no necesito que me consuele. Lo que necesito es acabar con esto.

—¿Estás segura? —pregunta Lev, aunque ya conoce la respuesta.

Giro la cabeza y lo miro directo a los ojos.

—¿Tú no lo estarías si vieras a tu padre con el hombre que tiene secuestrado a tu hermano?

Lev no dice nada. Su mandíbula se tensa y sus ojos oscuros se oscurecen aún más. Puedo ver la rabia ardiendo en ellos, la misma que siento yo.

Porque esto cambia todo.

Hasta ahora, Yuri era nuestro único enemigo. El hombre que había traicionado a los Makarov y que había secuestrado a Artem para obligar a Lev a entregarme. Pero ahora… mi padre está involucrado.

Y eso me duele más de lo que quiero admitir.

—El lugar que mostró el vídeo de Artem… —empiezo, apartando la vista de Lev para volver a mirar la pantalla.

Zakrone se cruza de brazos.

—¿Dónde es?

Me paso una mano por el pelo, tratando de calmar la tormenta que siento por dentro. Mi mente vuelve a ese lugar. A la última vez que estuve allí.

—Es la misma casa donde me tuvieron secuestrada la primera vez.

El silencio que sigue es tan denso que casi puedo sentirlo. Lev se queda completamente quieto, y cuando vuelve a hablar, su voz es un susurro cargado de furia contenida.

—¿Estás diciendo que Yuri está usando el mismo lugar donde te tuvieron?

—Sí. —Trago saliva, intentando mantener la calma—. Y ese lugar solo lo conocen unos pocos.

—¿Quiénes? —pregunta Zakrone.

—Mi familia. —Mis labios se curvan en una sonrisa amarga—. Mi padre. Seren. Ori. Yo… y ahora Yuri.

Lev da un paso hacia adelante, sus ojos clavados en los míos.

—¿Cómo puede Yuri saber de ese lugar?

La respuesta es tan obvia que me duele decirla en voz alta.

—Porque mi padre se lo dijo.

Zakrone maldice en voz baja, pero yo apenas lo escucho. Mi corazón late con fuerza y siento un nudo en la garganta que no puedo tragar.

Mi padre.

Mi propio padre.

El hombre que intentó venderme, que disparó un lanzacohetes contra el coche en el que iba con Fiore… y ahora el hombre que se ha aliado con Yuri por ¿venganza? La verdad es que no sé qué busca con todo esto.

—¿Estás segura? —pregunta Lev de nuevo, pero esta vez su voz suena más suave.

—¿Quieres que te lo repita hasta que lo creas? —respondo con más sarcasmo del que pretendía.

Lev no se inmuta. Se acerca y coloca una mano en mi hombro, firme, pero reconfortante.

—No es tu culpa, Nella.

Mis ojos se clavan en los suyos, y por un momento todo el peso de la situación me golpea de repente.

—¿No? —Me río sin humor—. ¿Entonces de quién es? Porque Yuri está usando el lugar donde me tuvieron encerrada y mi padre está sentado a su lado en esa imagen. ¿Cómo no voy a sentir que todo esto es mi culpa?

Lev aprieta los dedos sobre mi hombro, pero siento que mi amigo está en peligro porque esos dos hombres me quieren muerta.

—Es culpa de ellos. No tuya.

Quiero creerle. Quiero pensar que esto no es culpa mía, que no tengo la responsabilidad de todo lo que está pasando. Pero es difícil cuando todo apunta a mi familia.

—¿Por qué lo haría? —pregunta Zakrone, más para sí mismo que para nosotros—. ¿Por qué Tullio ayudaría a Yuri?

—Porque es un maldito traidor —responde Lev sin dudar.

—Porque odia que no pueda controlarme —añado yo—. Siempre quiso tenernos bajo su mando, a Seren, a Ori y a mí. Pero nunca lo consiguió. Así que ahora está usando a Yuri para hacer lo que no pudo hacer por sí mismo. Está jodido, lo sabe, es cuestión de tiempo que muera, pero antes de eso quiere llevarse a todas las Farnese que pueda por delante. Fiore…

Lev asiente lentamente, como si cada palabra que digo confirmara lo que ya sospechaba.

—Lo encontraremos —dice al fin—. A Yuri. A Artem. Y a tu padre.

—Sí, los encontraremos —respondo, mi voz más firme—. Tengo que hablar con mis hermanas.

Ambos asienten y me dejan sola sin que tenga que pedírselo. El despacho de Lev es de todo menos acogedor, pero creo que el hecho de que huele a él me reconforta lo suficiente como para

sentirme a gusto aquí.

Lo primero que oigo cuando Seren descuelga es a la pequeña Gia llorando. Cuando la imagen de la videollamada se centra, aparece mi hermana sacando la teta y calmando a la que parece que va a ser la Farnese más tocapelotas de todas.

—Me pillas en el almuerzo —se ríe mientras Ori se conecta.

—Oh, llamada familiar —suelta, dándose cuenta de que estamos todas.

—Tengo algo que contaros —comienzo—. Hemos recibido una llamada de Yuri, ha pedido que me entreguen a cambio de Artem.

—Si a algún ruso se le pasa por la cabeza hacer eso, te juro que…

—Seren, tranquila, nadie lo ha pensado ni por un segundo —la corto.

—Mejor para ellos —farfulla Ori.

—Lo que os quería decir es que Lev le pidió una prueba de vida y nos mandó un vídeo, bueno, dos. El segundo es el que quiero que veáis.

Lo envío y ellas lo reproducen mientras siguen en la llamada. Las voces se entrecruzan, pero sé que Seren se ha dado cuenta. Ori no estaba allí.

—Joder, son unos putos cerdos —se queja Oriana al ver como se mean sobre Artem.

Seren sigue callada.

—Lo has visto, ¿verdad? —pregunto, y asiente.

—¿El qué? —inquiere Ori sin entender nada.

—Hay un dibujo en la pared de atrás, abajo, es pequeño, apenas se ve. Es un corazón pintado con sangre.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque yo lo pinté mientras me tuvieron secuestrada.

La cara de Oriana es un poema. Abre y cierra la boca como un pez fuera del agua y me hace sonreír.

—Joder —logra al fin decir.

—Sí, joder —se suma Seren—. Entonces ya sabéis donde está Artem.

—¿Cómo es posible tanta casualidad? —pregunta Ori.

—No lo es, esto tiene la firma de Tullio por todos lados —agrega Seren, y yo asiento—. Siempre tuve dudas de que él estuviera metido en lo de tu secuestro, creo que en el fondo sabía dónde estabas, pero…

—No sé si en su momento tuvo algo que ver —la corto—, pero ahora tengo unas imágenes que lo sitúan junto con Yuri en un coche. Están allí, en Italia.

—Bien, voy a pedirle a mi suegra que se encargue de Gia. ¿Cuándo llegáis?

—Acabas de dar a luz, Seren, no creo que…

—Si piensas que vas a ir a por nuestro padre tú sola solo porque he dado a luz, es que el ruso te ha metido la polla muy adentro y te ha tocado algo del cerebro —me corta, y Ori se ríe.

—Tienen que hablar con Nico, supongo que tendrá que darles permiso a los rusos para aparecer allí con la caballería.

—Ya lo he hecho —interviene mi cuñado, entrando en la imagen mientras besa la cabeza de mi hermana y la de su hija—. Acabo de colgar la llamada, deben de estar preparándose ahora mismo.

—Siento no haberos dicho la información primero para obligarles a cumplir la promesa de entrar en la Élite —me disculpo.

—Tranquila, cuñada, para eso está la mente privilegiada que tengo —se burla Roma, llegando hasta donde está Ori y sentándola en su regazo—. Les he dicho que técnicamente la hemos encontrado nosotros. Tú sigues siendo una italiana, ¿o el semen ruso transforma la sangre en vodka?

Mi hermana le da un codazo mientras todos nos reímos.

—Para ser sinceros —prosigue Nico—, el ruso ha dicho que quiere ser parte de la Élite para saber que estarás protegida. Creo que es un poco intenso.

—Pero se le ve majete —agrega Roma, divertido—. Aunque desde ya te digo, jovencita, que mientras vivas bajo mi techo dormiréis en habitaciones separadas.

Todos nos reímos y disfrutamos de este último momento antes de enfrentarnos a una realidad: mi padre tiene que morir.

Y yo me enfrento a otra: quiero ser quien le quite la vida.



Capítulo 34

Nella

Creemos que mi padre puede estar vigilando de alguna manera nuestros movimientos, por lo que oficialmente sigo en Rusia y mis hermanas esta noche acuden a una gala benéfica junto a sus maridos y las niñas.

Por supuesto que esto es una tapadera, lo hemos estado haciendo desde hace años para ocuparnos de nuestros objetivos y ahora servirá para ir a por el último. No es que las Farnese nos retiremos de ser asesinas, ni mucho menos, es solo que vamos a hacerlo bien, hemos hablado y queremos crear una escuela en la que las chicas puedan acudir a estudiar y aprender a defenderse para que no tengan que soportar machos alfa solo porque no mean de pie.

—¿Ya está todo listo? —pregunta Nico, ajustándose la pajarita.

—Sí, Yuri cree que mañana por la noche haré el intercambio de Artem por Nella —contesta Lev—. Tengo a uno de mis dobles en casa preparando todo como si fuera yo.

Pietro aparece con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Roma, posicionándose delante de Ori y de Seren.

Está en modo mafioso por la actitud que le veo y la mano cerca de donde guarda su arma.

—Hay una mexicana y un tipo que parece sacado de *Sons of Anarchy* en la puerta trasera diciendo que quieren unirse a la fiesta.

Todos nos miramos desconcertados sin saber quién demonios son, salvo Lev y Zakrone, que desaparecen en la misma dirección en la que Pietro ha llegado.

—¿Quiénes son? —pregunta Seren, palpando el cuchillo debajo de su falda y me encojo de hombros.

Unos segundos después aparecen de nuevo los rusos acompañados de una mujer preciosa, de aspecto latino, y un tipo tatuado que da un poco de miedo y lleva un chaleco de cuero.

—Os presento a mi princesa mexicana, Tessa, y a su marido, Diablo —suelta Zakrone, y Roma no tiene otra cosa que hacer una reverencia.

—Su alteza.

—Me cae bien este *fetuchini* —dice Tessa, y por un momento creo que esto se puede ir a la mierda antes de empezar, pero Roma comienza a reírse y todos con él.

—¿Qué hacéis aquí? —le pregunto.

—Artem es familia de Zakrone, así que por extensión también lo es nuestra, y nunca dejamos a nadie atrás —contesta Tessa, y Diablo asiente.

—Os lo agradezco —interviene Lev.

—No lo hagas —lo corta Diablo—, en realidad es que le tenemos miedo a Lucía. Si tu mujer se entera de que tu culo estaba en peligro y no hemos ayudado, es posible que tome represalias.

Nos reímos todos menos Zakrone, que nos mira con cara de que esto no es una broma.

—Bien, entonces, os explicamos el plan de camino al sitio. Tenemos que salir por los túneles que hay debajo de la casa para no levantar sospechas. Iréis con Zakrone —les confirmo, y ellos asienten dispuestos a escuchar mis órdenes sin rechistar a pesar de que sé que ella es una de las mejores asesinas a sueldo que hay en este puto mundo.

Creo que si Ori supiera quién es ella en realidad, estaría teniendo ahora mismo un momento fan. Quizás, cuando todo esto acabe, podamos aprender algo de ella.

Me despido de mis hermanas y las abrazo. Vamos camino a una misión peligrosa y no quiero que me ocurra como con Fiore, que no pude despedirme.

Me he prometido ir a su tumba cuando todo esto acabe, espero que sea solo de visita.

—Vamos —le indico a Lev mientras entramos en una alacena que hay en la cocina.

No puedo evitar recordar que se parece a la que teníamos en la casa de nuestro padre, solo que esta no es solo un cuarto, sino una antesala a un pasillo que recorre un par de kilómetros debajo de la ciudad.

—¿Estás bien? —me pregunta Lev, cogiéndome la mano para caminar por este sitio miedo iluminado.

—Necesito acabar ya con esto, con él —le declaro, y asiente.

—Lo harás, te prometo que esta noche todo termina.

—Gracias por estar a mi lado.

Lev se detiene, me gira y me besa. No es dulce, no es tierno, es solo Lev siendo Lev. Crudo, peligroso y fuerte.

Gimo contra su boca y él me aprieta más contra su cuerpo. No lo pienso demasiado y bajo mis manos a sus pantalones cargo. Abro el cinturón y todo lo que impide que meta mi mano para agarrar su polla.

—Joder, mi hada, me voy a correr en tu mano como un puto adolescente.

—Quiero que me folles —suplico contra su boca.

No hace falta que se lo pida dos veces, se arrodilla, me baja los pantalones de un tirón y mete su lengua en mi centro haciéndome gritar. Si no fuera porque me sostiene con sus manos me habría caído.

Cuando mi orgasmo se libera se levanta, se limpia con la manga y me gira, poniendo mi cara contra la tierra de la pared del túnel. Sin previo aviso, pasa su mano por mi centro empapado y me empala con su polla tan profundamente que casi me pierdo en un segundo orgasmo.

—Te lo voy a hacer rápido, pero en cuanto volvamos a casa pienso pasar días metido dentro de ti, es mi jodido lugar favorito en el mundo.

Me embiste frenéticamente mientras no paramos ambos de gemir, y cuando se derrama dentro grito por el éxtasis que siento. Joder, ¿siempre será así de bueno el sexo?

—Vas a acabar conmigo, hada de la pólvora —susurra contra mi pelo.

—Espero que no, preferiría no matar al hombre del que me he enamorado —suelto, teniéndolo todavía tras de mí.

Noto que se pone tenso un instante y dudo de si la he cagado. Lev se separa y se viste, luego me ayuda a hacer lo mismo. Todo esto en silencio. Me estoy poniendo nerviosa.

Una vez que ya estamos listos para proseguir el camino al punto de encuentro donde nos esperan los coches y las armas, me coge la mano, tira de mí y me encierra entre sus brazos.

—Dímelo mirándome a los ojos —suplica, y sonrío.

—Te amo, ruso loco.

Me besa y noto su polla dura contra mí de nuevo.

—Te voy a castigar por hacerme esto aquí, donde no puedo desnudarte y obligarte a decírmelo mientras mi polla está dentro de ti.

—Estoy deseando ser castigada.

Lev gime frustrado y me besa, solo que esta vez es despacio, lento, como si quisiera dejar claro lo que él siente. Y lo hace, justo antes de decirlo con palabras.

—Te amo, mi preciosa reina hada de la pólvora.

∞∞∞

Estoy exactamente donde nunca pensé que volvería a estar.

La casa en medio del campo se alza frente a nosotros, tan siniestra como la recuerdo. Vieja, silenciosa, maldita. Cada ladrillo parece cargado con los recuerdos que intenté enterrar durante años.

Esta casa me vio rota.
Pero hoy voy a hacer que arda.

—¿Estás bien? —Lev está a mi lado con la mirada fija en mí.

Asiento, aunque mis manos tiemblan un poco. No sé si es por el frío de la noche o por lo que está a punto de pasar.

—Perfectamente. Vamos a por ellos.

Yuri y mi padre están ahí dentro. Tullio Farnese. Mi propio padre, traidor hasta el final, aliado con el hombre que secuestró a Artem. Mi corazón late con fuerza y, por un segundo, los recuerdos de esta casa empiezan a filtrarse. Las sombras. Los gritos. El miedo.

Pero no soy la misma niña que estuvo aquí la última vez.

Lev me toca el brazo, firme, pero suave.

—Estás conmigo. No vas a volver a pasar por eso sola.

Mi pecho se aprieta, solo que de una forma diferente. Lev es mi ancla. Mi refugio.

—Lo sé.

A nuestro alrededor la operación se pone en marcha. Zakrone está organizando a los hombres rusos mientras Roma, Nico y Pietro hacen lo mismo con los italianos. Tessa y Diablo están listos para entrar. Ori y Seren se quedan en la retaguardia, aunque sé que Seren está controlando todo desde su posición.

—¿Todo listo? —pregunta Zakrone, acercándose.

Lev asiente.

—Entramos en cinco minutos.

—Perfecto —dice Roma, ajustándose el chaleco antibalas—. Vamos a darles una buena

lección.

Nico sonríe de lado.

—Pensaba que los rusos eran más discretos.

—No cuando tocan a uno de los nuestros —responde Lev con frialdad.

Las palabras me llegan directo al pecho. Uno de los nuestros. Artem es su hermano, pero yo también lo soy. Y sé que esto no es solo por Artem. Es por mí. Por lo que me hicieron.

El plan es simple: rodear la casa, cortarles cualquier ruta de escape y acabar con todo.

Los minutos pasan demasiado rápido. De repente, estamos en movimiento, acercándonos a la casa en silencio. El crujido de las ramas bajo mis botas me hace volver al pasado por un segundo.

Recuerdo las veces que intenté escapar de aquí. Recuerdo el miedo.

Pero esta vez soy yo la que va a entrar.

Lev me mira de reojo mientras nos acercamos a la puerta lateral.

—¿Lo tienes?

Asiento, apretando la pistola en mi mano.

—Sí. Lo tengo.

Tessa y Diablo se mueven como sombras, tomando posición en la parte trasera. Ori y Pietro cubren el lado derecho mientras Zakrone y los rusos avanzan por el frente. Roma está a la izquierda, asegurándose de que nadie salga corriendo.

Están atrapados.

Lev me da una última mirada antes de que Zakrone haga la señal.

—¿Lista?

—Lista.

Y entonces todo estalla.

La puerta se abre de golpe con una patada de Lev y entramos. Los primeros disparos rompen el silencio de la noche, pero todo parece ralentizarse para mí. Reconozco cada rincón de esta casa. Cada grieta en las paredes, cada paso chirriante.

Subimos por las escaleras y los recuerdos intentan colarse en mi cabeza, pero no lo permito.

Lev está a mi lado. Estoy aquí por Artem. Estoy aquí para acabar con esto.

Giramos un pasillo y encontramos a los primeros hombres de Yuri. Dos caen con rapidez bajo los disparos de Lev y Zakrone, pero mi objetivo es otro.

Yuri.

Y él está aquí, esperándome.

—Nella. —Su voz es suave, burlona—. Qué sorpresa verte de nuevo.

Me detengo por un segundo, mi respiración acelerada. Solo que no soy esa niña asustada. No más.

—Hoy no sales vivo de aquí.

Él sonríe, pero entonces Lev dispara. La bala roza el hombro de Yuri, haciéndolo retroceder.

—Ella te dio la cortesía de hablar. Yo no.

Yuri maldice, intentando escapar, pero Pietro aparece por detrás, bloqueándole el camino.

Entonces, mi padre sale de la sombra, pistola en mano.

—Nella.

Su voz es calmada, pero sus ojos son los mismos que recuerdo. Fríos. Calculadores.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, como si yo fuera la intrusa.

No imaginaban que atacaríamos un día antes de la supuesta entrega.

—Acabando lo que tú empezaste.

Se acerca un paso, pero Lev me cubre con su cuerpo.

—No te atrevas.

Mi padre sonríe, tranquilo.

—¿Vas a matarme, Nella? ¿A tu propio padre?

Lo pregunta como si tuviera derecho a hacerlo. Y me doy cuenta de que no merece mi tiempo, el desprecio es su mejor castigo.

—No. —Mi voz es firme—. No voy a matarte. Pero tampoco voy a salvarte.

Lev dispara al aire, una advertencia.

—Fin de la conversación.

Los hombres de Yuri y Tullio están siendo reducidos uno a uno por los nuestros. Todo está bajo control. Esto ha terminado.

—Vamos a por Artem —dice Lev, su mano rozando la mía.

Miro a mi padre por última vez y no siento absolutamente nada.

—Espero que ardas en el infierno —le digo, no queriendo mancharme con su sangre, no merece la pena.

Y luego me giro. Porque yo ya no pertenezco a este lugar.

Lev me toma de la cintura mientras salimos al aire libre. La noche sigue fría, pero yo me siento libre.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento, soltando un suspiro largo.

—Sí. Estoy mejor de lo que he estado en años.

Y no es mentira.

Porque todo esto termina aquí.

Seren y Ori llegan a mi lado, nos abrazamos. Entonces me doy cuenta de que falta Fiore. Mi hermana, con su puntería de francotirador, nos hubiera protegido como no supimos hacerlo con ella. Las tres nos miramos y sé que están pensando lo mismo que yo.

—¿Juntas? —pregunto, y ambas contestan a la vez.

—Juntas.

Regreso a donde Roma tiene a mi padre de rodillas. Nos mira pensando que por ser mujeres vamos a rogar por él. El «sexo débil» nos ha llamado toda la vida.

Sin mediar palabra, las tres sacamos el arma y apuntamos a su corazón, al que no debe tener, y él nos mira horrorizado un segundo antes de que las tres disparemos de una forma tan sincronizada que podrías pensar que hemos ensayado.

Su cuerpo cae al suelo y las tres respiramos hondo, notando el peso que nos hemos quitado de encima.

Lev me observa en una esquina, sonriendo con un brillo de orgullo que me dice que para él no soy débil ni cruel ni nada que no sea simplemente yo.

—Ahora sí, recojamos a Artem y volvamos a casa —le pido tendiendo mi mano, y la coge mientras dejamos atrás mi pasado y doy un paso hacia mi futuro.



Capítulo 35

Lev

Si alguien me hubiera dicho que mi vida iba a cambiar tanto en este último año, me hubiera reído a carcajada limpia.

Artem sigue recuperándose de su cautiverio y mi preciosa hada de la pólvora ha decidido ir con él al psicólogo. Soy al único al que le ha dicho todo lo que le pasó de niña, durante su secuestro, y si bien saber que los tipos que lo hicieron llevan años siendo comidos por los gusanos, me gustaría haber sido yo el que les hiciera eso.

—Mi familia ya ha llegado —me avisa Nella, y tiro de ella para sentarla en mi regazo.

—Tengo un regalo para ti.

—Yo también tengo uno, aunque no sé si te va a gustar.

—Todo lo que venga de ti lo hace.

—Ya, bueno —duda, y es tan raro que lo haga que me preocupo—. Tú primero.

Me lo pide y, como siempre, le obedezco.

Saco del primer cajón un estuche azul de terciopelo. Se lo tiendo y ella lo abre. Dentro hay un colgante que no es nada sofisticado, la verdad, pero que es lo que a ella le gusta.

—Es precioso, me encanta —murmura, pasando sus dedos—, ¿me lo pones?

Lo cojo y paso la cadena de oro alrededor de su cuello mientras ella sujeta la bolita que cuelga. Es transparente y dentro hay un montón de estrellas azules. Una vez lo tiene puesto, beso el costado de su cuello.

—Me ha gustado muchísimo, ¿qué son las estrellas? ¿De las que brillan en la oscuridad? —pregunta, y sonrío.

—Brillarán donde tú quieras, para eso eres el hada de la pólvora. Están hechas de kryolitium sólido, así que tú mejor que nadie sabes cómo hacer que esto explote.

La sonrisa en su cara es de pura felicidad. Sé que adora el fuego azul que aún me cuesta hacer a pesar de que es buena maestra, y ahora lleva la cantidad suficiente como para volar un parking si lo necesita, mezclándolo solo con un poco del ácido en polvo que va a llevar su anillo de boda.

Lo dicho, no es sofisticado, pero es jodidamente Nella.

—Te amo un muy mucho. —Sonríe besándome y la abrazo contra mí.

Estamos así un par de minutos y sé que está ganando tiempo.

—Ahora te toca.

Se tensa y se separa un poco para mirarme. La preocupación en sus ojos aprieta mi pecho.

—Hoy vamos a casarnos —comienza.

—Si vas a decirme que no va a pasar no te molestes, al final del día serás mi esposa, aunque el jodido apocalipsis se desate —le advierto

Ella alza las cejas.

—Si no quisiera casarme contigo, ni todo el ego ruso de este país podría obligarme. Y ya no te digo nada de tener que enfrentarte a mi familia, que quemarían este lugar solo con que chasquee los dedos.

—Pruébame —gruño, y ella se limita a rodar los ojos.

—Necesito que nos pongamos serios, lo que tengo que decirte es importante, llevo días pensado en ello y…

—¿Llevas días ocultándome algo? —la interrumpo de nuevo, cabreado.

—Joder, qué difícil debe ser tener polla, relájate, por favor, y déjame hablar.

—Bien, pero te gusta mi polla —contesto, queriendo tener la última palabra.

—Precisamente ella nos ha metido en un lío —susurra—. ¿Te acuerdas del polvo que echamos en el túnel de camino a salvar a Artem?

—Sí. —Sonrío, recordando lo bueno que había sido.

—¿Y recuerdas que unos días después tuve fiebre y acabé con antibióticos?

—Sí.

Supongo que el polvo le hizo coger frío.

—¿Sabes sumar dos más dos? —pregunta, y no tengo idea de a qué se refiere.

Rueda los ojos y saca su móvil, busca algo y me lo tiende. Es una noticia cuyo título es: La efectividad de los anticonceptivos disminuye hasta un sesenta por ciento por el uso de antibióticos.

Me cuesta unos segundos atar cabos. No puede ser, ¿no?, ¿o sí?

—¿Estás embarazada?

—Eso dicen los diez test que me he hecho.

—Joder.

Me quedo callado procesando la idea. Imágenes de ella con mi hijo dentro vienen a mí, también del niño jugando a mi alrededor, aprendiendo a manejar las estrellas ninja y también haciendo fuego azul, la maestra de la guardería enfadada porque quema cosas…

—¿En qué piensas? —pregunta, y me levanto con ella encima.

La coloco sobre la mesa, abro sus piernas y me pongo de rodillas, a la altura de su tripa.

—Bebé, de nada —susurro, y ella me mira confundida, así que le aclaro a lo que me refiero —. Este niño ya me debe mucho por haber elegido a la mejor madre del mundo.

—Entonces, ¿te parece bien? Yo no lo había planeado, no lo habíamos hablado ni siquiera sabía que quería tener hijos, pero…

—Pero lo quieres —termino por ella—. Y yo a vosotros dos, Nella, eres el amor de mi vida y me vas a dar el mejor regalo del mundo.

Los ojos se le llenan de lágrimas y me pongo en pie para besarla de nuevo; después acabo llevándola a nuestra cama para hacerle el amor antes de que un cura oficie nuestra boda.

∞∞∞

No sé cómo me convencieron para esto.

La mansión está llena. Demasiada gente. Y no importa cuántos hombres de seguridad tenga alrededor, el caos es inevitable cuando juntas a italianos y rusos en el mismo lugar… y los haces beber.

Estoy en el despacho, ajustándome los puños de la camisa. Zakrone entra sin llamar, como siempre, con una sonrisa torcida en el rostro.

—No te ves tan mal para un hombre que está a punto de firmar su sentencia de muerte.

—Es un contrato, no una sentencia. —Le lanzo una mirada, pero él solo se ríe.

—Como quieras verlo, jefe. Aunque no sé qué me sorprende más: que estés a punto de casarte o que no hayas salido corriendo aún.

—¿Por qué correría? —pregunto, aunque ambos sabemos la respuesta.

Zakrone levanta una ceja.

—¿Has conocido a Nella? Esa mujer podría manejar cualquier situación… incluso a ti.

No puedo evitar sonreír. Tiene razón. Nella es lo único que he tenido en mi vida que no puedo controlar. Y no quiero hacerlo. No me importa que sea testaruda, impulsiva y completamente impredecible. La quiero así.

—¿Estás listo? —pregunta Zakrone.

—Lo estoy.

Zakrone se ríe por lo bajo.

—Pensé que lo negarías hasta el último segundo.

—No soy idiota.

Salimos del despacho y bajamos al jardín trasero de la mansión. El lugar está irreconocible. Las luces colgadas entre los árboles, las mesas decoradas con flores… incluso hay una alfombra blanca que cruza el césped hasta un pequeño altar.

Nunca pensé que mi casa vería algo así. Nunca pensé que yo haría algo así.

Y entonces la veo.

Nella.

Caminando hacia mí con paso firme, su vestido blanco ondeando ligeramente con la brisa, su cuerpo tatuado poniendo la nota de color. No hay música ni discursos. Solo el sonido de sus pasos sobre la alfombra y mi corazón latiendo como un maldito tambor.

Los italianos están en un lado, susurrando entre ellos. Los rusos en el otro, observándolo todo con seriedad. Seren, Ori y Roma sonríen mientras Nico parece estar evaluando la situación como si esto fuera una negociación más.

Pero yo no veo nada de eso. Solo veo a Nella.

Cuando llega a mi lado, toma mi mano sin dudar. Sus ojos oscuros se clavan en los míos, desafiantes y dulces al mismo tiempo.

—¿Qué? ¿Esperabas que me escapara? —susurra, divertida.

—No. Esperaba que trajeras un arma escondida por si las cosas se complicaban.

Sonríe y levanta ligeramente la falda del vestido. Ahí está. Una pistola bien colocada en la liga.

—Nunca me caso sin estar preparada.

No puedo evitar reírme.

—Por supuesto que no.

El hombre que oficia la ceremonia comienza a hablar, pero apenas escucho sus palabras. Estoy demasiado concentrado en ella. En cómo me mira, en cómo sostiene mi mano, en como todo parece encajar cuando estoy con ella.

Cuando llega el momento de intercambiar los votos, Nella se adelanta.

—Lev, te prometo que voy a hacerte la vida imposible.

Los invitados ríen, y yo también. Porque no espero menos.

—¿Y tú? —pregunta ella, arqueando una ceja.

—Te prometo que voy a dejar que me la hagas.

Los aplausos estallan cuando sellamos el trato con un beso.

Mi Nella. Mi mujer. Mi caos perfecto.

Y no quiero nada diferente.

La fiesta se traslada al interior y no dejo de recibir felicitaciones en varios idiomas. No soporto a tanta gente, y menos si lo único que hacen es separarme de mi mujer, de la madre de mi hijo. Joder, voy a ser padre.

Nella

Artem y yo estamos sentados en el jardín trasero de la mansión. El aire es fresco, pero agradable, y la brisa me revuelve el cabello mientras observo cómo el sol se esconde con lentitud detrás de los árboles. Es un momento de calma rara, casi irreal, después de todo lo que hemos vivido.

—Quiero que sepas algo —signa Artem.

Parpadeo, sorprendida, y me enderezo en la silla, prestando toda mi atención.

—Dime.

Artem mantiene sus ojos fijos en los míos mientras sigue hablando con las manos, sus movimientos firmes y claros.

—Desde que te conocí, pensé que serías un problema.

Me río porque claro que sí. Todo el mundo pensó lo mismo.

—No me sorprende —respondo en lengua de signos, sonriendo.

Pero él no sonríe. Su expresión sigue siendo seria.

—Pensé que harías que Lev se volviera más impulsivo, más peligroso. Que nos traerías problemas. Y lo hiciste.

—Gracias por el cumplido.

Esta vez, una sonrisa ligera asoma en sus labios antes de desaparecer de nuevo.

—Pero también trajiste algo más.

Artem se inclina un poco hacia adelante, como si quisiera asegurarse de que no me pierdo ni un solo signo.

—Trajiste calma para él. Lo hiciste mejor. Más fuerte. Le diste algo que yo nunca pude darle.

Mi corazón se aprieta en el pecho. No esperaba esto. No esperaba que Artem me reconociera de esta manera.

—Lev es todo para mí —continúa—. Mi hermano, mi familia. Siempre he estado a su lado y siempre lo estaré. Pero ahora…

Se detiene por un segundo, buscando las palabras correctas.

—Ahora tú también eres mi familia.

Sus gestos son suaves, pero sus palabras tienen un peso que me golpea con fuerza. Familia. Esa palabra significa todo para los Makarov.

—No tienes que decir esto —respondo, sintiendo como mis manos tiemblan un poco al responder en signos.

Pero él niega con la cabeza.

—Sí, tengo que decirlo.

Vuelve a mover las manos, más despacio esta vez, asegurándose de que cada palabra quede clara.

—Te quiero como a una hermana, Nella. Y no solo porque estás con Lev. Te quiero por lo que eres. Por lo que has hecho por él. Por lo que has hecho por todos nosotros.

Mi garganta se aprieta, y mis ojos empiezan a picar. No quiero llorar, pero las palabras de Artem me tocan más de lo que esperaba.

—También te quiero, Artem.

Él sonríe. Esa sonrisa pequeña, pero genuina, que rara vez muestra.

—Te juro lealtad. Igual que hice con Lev. Pase lo que pase, siempre tendrás un aliado en mí.

Trago saliva y me obligo a sonreír, aunque mis emociones están a flor de piel.

—Eso es lo más serio que te he escuchado decir.

Artem se ríe, sin sonido, pero la risa llega a sus ojos.

—No te acostumbres.

Nos quedamos en silencio por un momento, pero no es incómodo. Es un silencio cómodo, de esos que solo se tienen con la familia.

—Ahora que somos familia, voy a contarte un secreto que solo una persona de los de allí dentro sabe —le signo, señalando la casa donde se celebra el convite de la boda.

—¿Lev? —pregunta, y asiento.

—Dentro de poco la familia va a aumentar.

Sus ojos se amplían y mira mi tripa, no se nota apenas, cualquiera diría que me he cogido un par de kilos por la buena vida, pero ahora está empezando a ser real y este ha sido el primer paso después de contárselo a Lev.

Lev

—Muy bien —les digo, dejándome caer en el trono de mi sala.

Ori, Seren, Roma y Nicola me miran de diferente manera, unos ruedan los ojos y otros parecen divertidos.

—Ahora que eres el marido de mi hermana, tendrás que tomar posesión de uno de los negocios de los Farnese —comienza Seren—, tal y como estipula el testamento.

—No me interesa.

—Mejor, porque no creo que sepas manejarlo —suelta Ori con tanta franqueza que no me enfado, sonrío por lo mucho que me recuerda a Nella.

—¿Os lo queréis quedar? —pregunto, tratando de averiguar si es eso para lo que han querido reunirse a solas conmigo.

—No, eso le pertenece a Brunella —interviene Nicola.

—Si oye que la llamas así te matará —murmura Roma.

—¿Podemos ir al grano? Tengo una mujer a la que encontrar y…

—No sigas, por favor —ruega Roma, y hace el gesto de vomitar—, es como una hermana pequeña para mí, no quiero esa imagen en mi mente.

De pronto, la puerta se abre y aparece la mujer de mi vida. El vestido de novia que usa la hace parecer mi jodida hada y el hecho de que el colgante que lleva es el que le he regalado hoy hace que se me ponga dura.

—¿Reunión familiar y no me invitáis? —pregunta, alzando las cejas.

Pasa y cierra tras de ella.

—No es eso, queríamos aclarar algunas cosas con el nuevo miembro —le contesta Seren.

—No hay nada que no podáis decir delante de ella —les aseguro.

—Iba a tener otra charla contigo, así me la ahorro —suelta la hermana mayor, y Nella rueda los ojos.

Está claro que aún no se han dado cuenta de que ya no es una niña a la que deban proteger.

—Le estaba avisando a tu marido de que el negocio que te pertenece no va a ser de él, por herencia le corresponde, pero esperamos que…

—No hacía falta que me hicierais esta intervención, es de Nella —la corto, y todos se miran complacidos.

—¿Algo más? —pregunta mi mujer, acercándose hasta donde estoy.

Me levanto y la espero de pie junto al trono.

—Pues sí, no me gusta verte como una mascota, pero es lo que me parece cuando él se sienta en esa cosa y tú encima —suelta Ori, y debo reconocer que me gusta la forma en la que defiende a su hermana.

Aunque ya no le corresponde, ahora es mi mujer.

Cojo a Nella de la mano y la siento en el trono, luego yo hago lo mismo, pero en el suelo, a sus pies, y pongo sus dedos sobre mi hombro.

—Creo que no habéis entendido una cosa —comienzo—, ella no es mi mascota, es mi reina, mi dueña y la mujer que decide si la vida merece la pena. Si la siento sobre mí en el trono no es como fetiche, sino para que todo el mundo sepa lo mucho que la amo y que está por encima de cualquiera, incluso de mí.

—Lev —murmura Nella.

—No, déjame acabar. Sé que va a ser difícil hacer que los italianos y los rusos trabajen juntos, pero vamos a lograrlo por el bien común. Y no me refiero al de cualquiera de nosotros.

Me pongo en pie y hago que Nella se levante conmigo, me coloco detrás y la abrazo, poniendo mis manos en su tripa y las de ella sobre las mías. Aspiro el olor a sakura que me llega de ella y siento paz interior.

—Me refiero a Gia y al pequeño que está por llegar.

Mis palabras tardan unos segundos en ser comprendidas por los italianos. Tiempo que aprovecho para girar a Nella y besarla.

—Te amo, hada de la pólvora.

—No más que yo a ti, mi loco ruso.



Epílogo

Lev

El viaje en coche se está haciendo eterno.

No es la distancia lo que me molesta, ni siquiera las carreteras estrechas que parecen serpentear entre colinas verdes interminables. Es Roma.

El hombre lleva dos horas sin callarse. Dos malditas horas.

—¿Sabes cuál es el animal más antiguo? —pregunta con una sonrisa divertida mientras toma una curva demasiado rápido.

—No me interesa.

—La cebra porque está en blanco y negro.

—Podría bajarme aquí mismo.

Roma se ríe, como si no me hubiera oído, y acelera un poco más mientras pasamos por un puente antiguo con un río que serpentea a través de los campos.

El paisaje es hermoso, verde, salvaje. Pero no tengo cabeza para admirarlo. Mi mente está atrapada en un solo pensamiento: Nella.

Le mentí. Bueno, no exactamente. Le dije que tenía que hacer un viaje rápido, que sería algo de negocios. Pero no le di los detalles. No le dije que Roma venía conmigo. No le dije que este viaje tiene un propósito más personal.

Y eso me hace sentir como una mierda.

—¿En qué piensas? —pregunta Roma, echándome un vistazo de reojo.

—En lo mucho que hablas.

—Eso ya lo sé. Pero ¿en qué piensas de verdad?

—En que deberíamos haber volado en lugar de recorrer el país entero en coche.

Roma se ríe de nuevo.

—No entiendes nada, ruso. Esto es una aventura. Hay que disfrutarla. Mira esas colinas, esos campos. Es pura poesía.

—Es pura humedad.

—Tienes el alma de un poeta muerto, Lev.

No respondo. Me limito a mirar por la ventana mientras el coche avanza por otro camino estrecho, rodeado de árboles. El cielo está gris, como siempre en este país, pero de vez en cuando un rayo de sol atraviesa las nubes y hace brillar la hierba mojada.

Finalmente, Roma señala algo a lo lejos.

—Ahí está. Nuestra parada final.

Al fondo del camino aparece una mansión enorme, antigua, rodeada de hectáreas de campos verdes. Parece sacada de otro tiempo, con su fachada de piedra gris y las ventanas altas que miran al paisaje como ojos oscuros.

—¿Es aquí? —pregunto.

—Es aquí.

Roma aparca el coche frente a la entrada principal y se baja antes de que yo pueda decir nada más. Yo lo sigo, cerrando la puerta del coche con más fuerza de la necesaria.

—¿Por qué has insistido tanto en venir conmigo? —le pregunto mientras nos acercamos a la puerta.

Roma sonríe, esa sonrisa que siempre parece esconder un secreto.

—Porque me gusta meterme en problemas contigo.

—Eres un idiota.

—Lo sé. Pero un idiota que disfruta del viaje.

Nos detenemos frente a la puerta y, por un momento, el silencio del campo nos rodea. El aire huele a hierba húmeda y tierra.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Roma, más serio esta vez.

—Ahora lo descubriremos.

Toco la puerta y espero, hay muchas variables que podrían salir mal. Hace tres años que juré ante un cura que no le mentiría a mi mujer y esta es la primera vez que lo hago. Espero que no se cabree demasiado cuando se entere.

Una risa femenina se escucha detrás de la puerta, también unas de lo que creo que es una niña. Un momento después la puerta comienza a abrirse y veo a una impresionante mujer que sonríe con dulzura y a una pequeña junto a ella encaramada a su pierna.

—No me jodas —susurra Roma antes de que yo la salude.

—Hola, Fiorella.

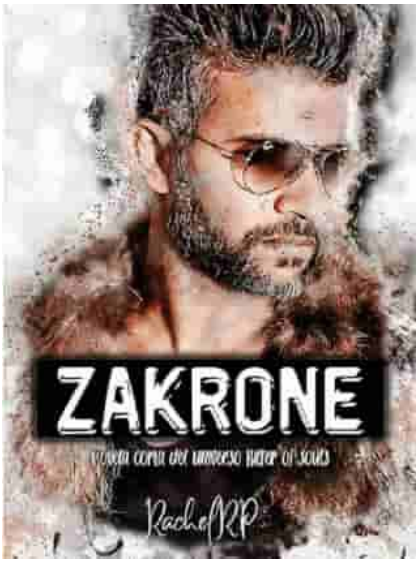
Nota de la autora

Ya tenemos a tres de las cuatro Farnese, ahora toca descubrir por qué Fiorella no regresó a casa después del accidente...

Puedes leer la historia de Tessa y Diablo en Black Souls



y la de Zakrone y Lucía en Zakrone.



Voy a confesar que me empieza a dar pena que esto se acabe, pero también que tengo muchas ganas de que sepáis cómo continúa el Mafiaverso.

Os voy a dar un pequeño adelanto, se avecina un mafia cowboy romance... No sé si conocéis

esté cliché, pero lo podréis leer en el Mafiaverso próximamente.

Y ahora sí, el siguiente libro...



Descubre el final de la serie Herederas de la mafia, que verá la luz en abril.

No te quedes sin tu ejemplar, puedes reservar el tuyo siguiendo el ENLACE y recuerda, es una edición especial LIMITADA.

Si prefieres leer el ebook puedes comprarlo ya en preventa AQUÍ.